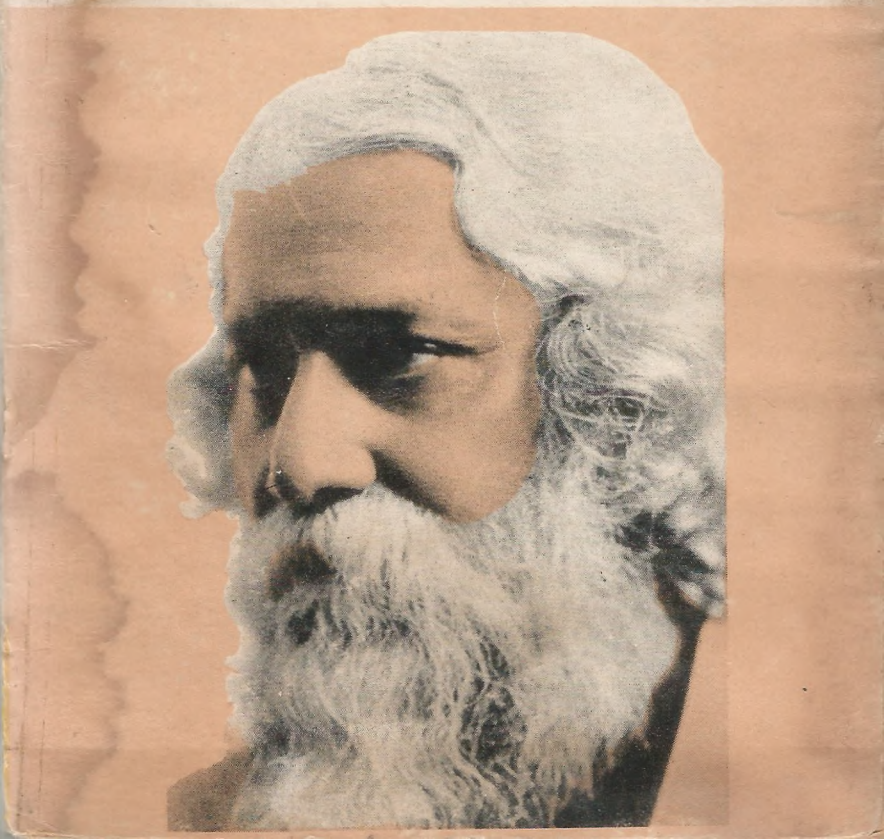
LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

RABINDRANATH TAGORE



CLASICOS Y MAESTROS

RABINDRANATH TAGORE

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

TRADUCCION DE
ZENOBIA CAMPRUBI DE JIMENEZ

EDITORA NACIONAL
MEXICO 7, D. F.

QUEDA HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY
REIMPRESION, 1973

Impreso en México, D.F. en los Talleres de
EDINAL IMPRESORA, S.A. DR. ERAZO No. 42

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

Y OTROS CUENTOS

(Estos cuentos han sido traducidos del bengalí al inglés por autores diversos. La traducción de LA VICTORIA es de Rabindranath Tagore. Las demás, de Mr. C. F. Andrews, Rev. E. J. Thompson, Panna Lal Basu, Prabhat Kumar Mukerji y la Hermana Nivedita, ayudados por Tagore.

Nota de la edición inglesa de LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS.)

El editor español ha respetado la ortografía habitual de la traductora.

1

LAS PIEDRAS HAMBRIENTAS

VOLVIAMOS mi pariente y yo a Calcuta, de nuestra escursión a Puya, cuando encontramos en el tren a aquel hombre. Por su traje y sus maneras lo tomamos al principio por un mahometano del interior, pero su modo de hablar nos dejó perplejos. Hablaba de todo, y con tal seguridad, que era cosa de creer que El-que-todo-lo-dispone le consultaba a cada instante.

Hasta aquel día, habíamos sido completamente felices, sin saber qué poder secreto y desconocido nos gobernaba, ni que los rusos habían avanzado hasta cerca de nosotros, ni que los ingleses llevaban una política oculta y oscura, ni que entre los jefes indíjenas reinaba la mayor confusión. Pero nuestro nuevo amigo decía con una sonrisita ladina: "¡Otras cosas pasan en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que dicen nuestros periódicos!" Como nunca antes habíamos sa-

lido de nuestras casas, aquel hombre nos dejaba estupefactos. Por insignificante que fuera la cosa de que se hablaba, citaba de ciencia, comentaba sobre los Vedas, o sacaba a relucir estrofas de poetas persas; y como nosotros no teníamos pretensiones científicas, ni de los Vedas, ni del persa, crecíamos en admiración por él a cada instante. Mi pariente, que era teósofo, aseguraba que algo sobrenatural inspiraba a nuestro compañero de viaje, un estraño magnetismo, algún poder oculto, cuerpo astral, o cosa por el estilo; y oía arrobado las palabras que caían de sus labios redichos, apuntando con disimulo esto o lo otro; lo que el hombre estraordinario creo que veía con cierta complacencia.

Llegó el tren al empalme, y nos fuimos todos a la sala de espera. Serían las diez de la noche, y como el tren, según dijeron, no llegaría hasta bastante tarde, por no sé qué entorpecimiento de la línea, tendí mi colchón sobre la mesa, y me disponía a echar un sueñecito; pero el hombre estraordinario empezó, con toda cachaza, a contar la historia que sigue, dejándome sin dormir aquella noche.

Cuando, por disensiones sobre ciertos asuntos administrativos, dejé mi destino en

Junagarh, entré al servicio del Nizan de Hyderabad, que me nombró en el acto, como hombre joven y fuerte, recaudador de contribuciones sobre algodón, en Barich.

Barich es un sitio encantador. El Susta "va por caminos pedregosos, charlando entre los guijarros", punteando, como una hábil bailarina, entre los bosques que hay al pie de las colinas desiertas. Una escalinata de ciento cincuenta escalones sube del río, y arriba, en la orilla, se levanta, bajo los montes, un solitario palacio de mármol. Nadie vive por allí, y la aldea y el mercado de algodón de Barich quedan bastante lejos.

El Emperador Mahmud Sha II levantó, hará unos doscientos cincuenta años, este palacio solitario, para su lujo y regalo. En aquellos días brotaban sus fuentes surtidores de agua de rosas, y jóvenes doncellas persas, antes del baño, se sentaban a abrirse el pelo sobre el mármol frío que los surtidores refrescaban, y chapoteando con sus pies desnudos las aguas claras de las pilas cantaban, a la guitarra, gacelas de sus viñas... Las fuentes están ya secas y las canciones se fueron para siempre. Ya los pies blancos como la nieve no llenan de gracia el mármol blanco como la nieve. Ahora el palacio es holgado albergue de recaudadores

como yo, que la soledad ahoga y no tratan con mujeres... Pues bien; Karim Khan, el viejo empleado en mi oficina, me había advertido muchas veces que no me quedara a dormir en el palacio. "De día, bueno, si quiere", me dijo; "pero no se quede usted allí por la noche". Yo tomé a broma la advertencia. Los criados me dijeron que estarían hasta el anochecer, pero que luego se irían, cosa que les concedí en el acto. Tan mala fama tenía el palacio, que los mismos ladrones no se atreverían a acercarse por allí después de oscurecido.

Al principio, la soledad del palacio abandonado me oprimía como una pesadilla; pero como durante el día trabajaba por los alrededores todas las horas que podía, llegaba por la noche rendido, y me dormía en el momento de acostarme.

No había pasado una semana cuando el paraje empezó a ejercer no sé qué fascinación estraña sobre mí. Es difícil describir lo que yo sentía, y más que lo crea nadie. Era algo así como si la casa entera fuese un organismo vivo, que me iba dijiriendo, lenta e imperceptiblemente, con la acción de algún embrutecedor jugo gástrico. Es posible que aquello comenzara desde que puse el pie

en el palacio; pero yo recuerdo claramente el día en que me di cuenta por vez primera.

Venía el verano. El mercado estaba aburrido y mi trabajo era poco. Un rato antes de ponerse el sol, me había yo sentado en un sillón, cerca del río, al pie de los escalones. El Susta iba bajo. Un ancho manchón de arena ardía del otro lado, con los colores del atardecer. Los guijarros del río brillaban en el fondo de las escasas aguas transparentes. No corría la brisa más leve, y el aire quieto estaba cargado con la esencia sofocante de los arbustos de olor de los montes vecinos.

El sol se puso tras las cimas lejanas, y un gran telón oscuro cayó sobre el escenario del día, cuyo crepúsculo acortaron las colinas. Estaba yo pensando en cojer mi caballo y dar un paseo, cuando oí pasos por las escaleras, detrás de mí. Mire hacia arriba, pero no vi a nadie.

Iba a sentarme otra vez, con la idea de que aquello había sido ilusión, cuando oí muchos pasos más, como si una innumerable muchedumbre bajara corriendo los escalones. Un estraño escalofrío de encanto, tocado lijeramente de miedo, me recorrió. Aunque no había nadie ante mis ojos, me pareció ver un tropel de alegres muchachas que

bajaban al Susta por la escalinata, a bañarse en el anochecer de estío. El más completo silencio reinaba en el valle, en el río y en el palacio; pero yo oía claramente, como el murmullo de una fuente que irrumpiera en cien cascadas, el alegre reír de las muchachas que pasaban ante mí, persiguiéndose juguetonas, hacia el río, sin hacerme el menor caso; pues de igual modo que ellas me eran invisibles, yo debía serlo para ellas.

El agua parecía tranquila, mas yo sentí que sus bajas aguas claras se alborotaban de pronto con el jugueteo de mil brazos tintineantes de brazaletes. Y las bellas nadadoras reían, y se echaban agua con las manos, y sus pies lanzaban al aire olas diminutas, en chubascos de perlas.

Mi corazón se estremeció de nuevo. No puedo decir si la emoción era miedo, delicia o curiosidad. Deseaba vivamente ver claro, pero nada veía. Me imajinaba que con aguzar un poco mi oído, podría oír cuanto las muchachas decían; pero, por más que escuchaba, sólo oía el chirriar de las cigarras del bosque. Era como si una oscura cortina de doscientos cincuenta años colgara ante mí. ¡Cómo me hubiera gustado levantarla un poquito y asomarme cuidadoso! Por más que, del otro lado, todo estaba en sombra.

Un viento repentino rompió la asfixiante cerrazón del anochecer, ondeando y rizando el Susta, como la cabellera de una ninfa. De los bosques, sumidos en la sombra, surjieron murmullos simultáneos, como si despertaran a la par de un sueño negro. Realidad o desvarío, la momentánea aparición de aquel miraje invisible que un mundo lejano de doscientos cincuenta años me traía, se desvaneció. Las formas místicas que bajaron, rozándome con rápido pie incorpóreo, y, riéndose sonoramente sin sonido, se echaron al río, no volvieron ya, retorciendo sus bañadores mojados. Como una fragancia que se va en el viento, las dispersó un soplo de la primavera.

Entonces sospeché que la Musa, aprovechando mi soledad, me había poseído. Sí, no cabía duda de que había venido a embrujarme y a fastidiarme a mí, pobre diablo que me ganaba la vida cobrando impuestos de algodones. Decidí, pues, cenar bien, que un estógamo vacío es buen consejero de enfermedades incurables. Llamé a mi cocinero y le pedí una rica y apetitosa comida moghlai, sabrosa de ghi y de especias.

Por la mañana, todo lo ocurrido me pareció una fantasía. Lijero el corazón, me puse un sombrero sola como los sahebs, y me

fuí, guiando mi coche, a mi negocio. Pensaba volver tarde aquel día, porque me tocaba escribir mi informe trimestral; pero no había oscurecido aún cuando me sentí estrañamente atraído hacia mi casa, sin saber por qué. Creía que todos me esperaban, que no podía entretenerme más. Dejé sin terminar mi informe, me puse mi sombrero sola, y alarmando el oscuro sendero fresco y desolado con el traqueteo de mi coche, llegué al vasto palacio silencioso que se elevaba en la ladera tenebrosa de los montes.

Sus escaleras llevaban, en el primer piso, a un salón inmenso, cuyo ancho techo, tendido sobre arcos ornamentales, descansaba en tres filas de macizos pilares, jimiendo día y noche con el agobio de su honda soledad. Era ya tarde, y las lámparas no habían sido aún encendidas. Al empujar la puerta me pareció oír una gran algazara dentro, igual que si un gran jentío, en terrible confusión, se precipitase por puertas y ventanas, por corredores, galerías y salas, huyendo loco.

Como no veía a nadie, me detuve vacilante, con mis cabellos erizados en no sé qué éxtasis de gusto. Un tenue olor de attar y de ungüentos desvanecidos por los siglos me llegaba. De pie en la sombra del vasto salón de-

solado, escuchaba, entre las filas de pilares centenarios, el palabreo de unas fuentes que estrellaban sus chorros en el suelo de mármol, la rara melodía de una guitarra, un repiqueteo de ornamentos y un tintinear de ajorcas, el din-don de unas campanas que doblaban la hora, la nota lejana del nahabat, una melodía de colgantes de candelabros de cristal movidos por el aire, el canto de los bulbules en sus jaulas de oro de los corredores, el castañeteo de las cigüeñas por los jardines... Y todo se unía en torno mío como una májica música de otro mundo.

Caí de tal modo en el hechizo, que aquella impalpable visión, inaccesible y ultraterrena, me parecía la sola realidad posible, y todo lo otro un sueño vano. ¿No era una ridícula y sorprendente necedad que yo, digo, Sriyut de Tal y Cual, hijo mayor de Fulano, de bienaventurada memoria, estuviese cobrando un sueldo mensual de 450 rupias, como recaudador de impuestos sobre algodón; que fuese cada día en mi cochecillo a mi oficina, vestido a la europea y con sombrero sola? Y rompí en una burda risotada, allí de pie en la oscuridad del gran salón silencioso.

En aquel momento entraba mi criado con una lámpara de petróleo encendida. No sé si él me tomó por loco. Yo pensé en el acto que

en realidad yo era Sriyut de Tal y Cual, hijo de Fulano, de feliz memoria, y que nuestros poetas grandes y chicos podían discutir si en la tierra o fuera de ella había una rejión donde fuentes invisibles saltaban perpetuamente, donde guitarras ilusorias tañidas por dedos no vistos suspiraban melodías eternas; pero que una cosa era cierta en todo caso: que yo recaudaba impuestos en el mercado de algodón de Barich, y que ello me daba 450 rupias al mes. Y mientras me sentaba con mi periódico junto a mi mesita de campo, iluminada por la lámpara, me reía como un tonto de mi ilusión extravagante.

Leí el periódico, terminé mi cena moghlai, apagué la lámpara y me acosté en mi cama, que estaba en un cuartito cercano. Sobre los montes de Avalí, cuyas laderas ennegrecían los bosques, una alta estrella brillante, desde millones de millones de leguas celestes, miraban insistentemente por la ventana abierta al Señor Recaudador, en su modesta cama de campo. Divertido con tal pensamiento, me quedé dormido sin darme cuenta, y no sé qué tiempo habría estado, cuando, de pronto, desperté con sobresalto. No oía nada ni veía a nadie. La brillante estrella se había puesto tras la cima de un monte, y la luz vaga de

la luna nueva entraba tímidamente por la ventana, como avergonzada.

A nadie vi, repito; pero sentía como si alguien me empujara suavemente. Al despertar yo, ella no dijo nada; sólo me llamaba con sus cinco dedos ensortijados, que la siguiera despacio. Me levanté sin hacer ruido; y aunque por las innumerables habitaciones del palacio abandonado, lleno de ruidos dormidos y despiertos ecos, no había nadie más que yo, temía a cada paso no despertara alguno. Casi todos aquellos cuartos estaban siempre cerrados, y yo nunca había entrado en ellos.

Iba yo, sin saber dónde, conteniendo la respiración y cuidadoso de mis pisadas, tras mi invisible guía. ¡No sé cuántas oscuras galerías, cuántos estrechos pasadizos, qué interminables corredores, qué mudas y solemnes salas de audiencia, qué cerradas celdas secretas pasé!

Yo no podía ver a mi guía jentil, pero su forma era visible a mi pensamiento. Era una muchacha árabe. Sus duros brazos, lisos como mármol, se le veían entre las mangas sueltas. Un velo delgado le caía sobre la cara, del borde de su gorro, y un puñal curvo colgaba de su cintura. Pensaba yo que una de Las Mil y una Noches había venido volando

hasta mí de su mundo romántico; que perdido en su sombra profunda, yo iba por los estrechos callejones oscuros de una Bagdad dormida, a alguna cita peligrosa.

En fin, mi bella guía se detuvo bruscamente ante un cortinón azul oscuro, señalando algo que, al parecer, estaba en el suelo. En realidad no había nada; pero un repentino espanto me heló la sangre en el corazón. Creí ver al pie del cortinón un terrible eunuco negro, vestido ricamente de brocado, quien, sentado en el suelo y tendidas las piernas, dormitaba, con una espada desnuda en la falda. Mi jentil guía pasó lijera por encima de sus piernas y levantó la cortina por un extremo. Pude ver momentáneamente una parte de un salón alfombrado con un tapiz persa. Debía haber en él alguna mujer sentada en una cama, pues aunque yo no podía verla, tuve la ilusión de unos pies finísimos en zapatillas de oro, que salían de un suelto pantalón color de azafrán y descansaban ociosos sobre la alfombra de terciopelo naranja. Había en un lado un azafate de cristal celeste, con manzanas, peras, naranjas y uvas, dos tacitas y una jarra dorada, esperando, sin duda, al huésped. Y un aroma embriagador de no sé qué raro incienso que dentro ardía, me dejó medio desvanecido.

Al intentar yo, con ajitado corazón, pasar sobre las piernas tendidas del eunuco, se despertó sobresaltado; y su espada cayó resonando agudamente en el suelo de mármol.

Un grito de horror me hizo saltar. Y me encontré sentado en mi cama de campo, sudando pesadamente. La luna creciente palidecía en la luz de la mañana, como un cansado enfermo insomne, al amanecer. Y Mejer Alí, el loco, andaba por la carretera solitaria, gritando como todos los días: "¡Atrás! ¡Atrás!"

Así acabaron mis "Mil y Una Noches". Pero todavía quedaban otras mil.

Sobrevino una terrible disconformidad entre mis noches y mis días. De día me iba a mi trabajo, pesado y rendido, maldiciendo la noche embaucadora y sus vanos sueños; pero cuando la noche llegaba, mi vida diaria, tan limitada, tan atada al trabajo, me parecía una ridícula falsedad.

Con el anochecer, me amodorraba el encanto de una estraña borrachera. Me volvía un desconocido personaje de otros tiempos, que representaba su papel en la historia no escrita, y ¡qué mal me sentaban mi chaqueta inglesa y mis pantalones ajustados! La ilusión me ponía entonces un complicado atavío, compuesto de un gorro de terciopelo

rojo, un amplio pantalón, un chaleco bordado, una bata larga y flotante de seda, y pañuelos de seda de colores, perfumados de attar; y así vestido, me sentaba en un sillón de blandos cojines, reemplazando mi cigarrillo por un enroscado narguilé, lleno de agua de rosas; como si esperara ansioso un misterioso encuentro con mi amada.

Me sería imposible describir los incidentes maravillosos que iban sucediéndose a medida que entraba la noche. Era como si por los raros aposentos de aquel vasto palacio volaran a mi alrededor, en un soplo repentino de la brisa de primavera, pedacitos de un cuento bello que yo medio comprendía, pero del cual nunca podía saber el desenlace; y me pasaba la noche de salón en salón, persiguiéndolos.

En el torbellino de aquellos pedazos de sueño, entre un perfume de henna y un rasgueo de guitarra, veía, por las ondas del aire cargado de fragantes pulverizaciones, y como en el fogonazo instantáneo de un relámpago, una bella muchacha, que no era otra sino la del pantalón azafranado, la de aquellos blancos pies, blancos y rosas, en sus áureas zapatillas de puntas curvas. La ceñía un corpiño bordado de oro, y un gorro grana la to-

caba, del que caía un velo dorado sobre la frente y las mejillas de nieve.

Yo me había vuelto loco por ella. La perseguía de cuarto en cuarto, de camino en camino, por entre el desconcertante laberinto de callejas encantadas del mundo subterráneo del sueño.

A veces, cuando, al anochecer, me estaba vistiendo prolijamente, como convenía a un príncipe de sangre real, ante mi gran espejo que una vela iluminaba de cada parte, la bella persa se reflejaba repentinamente al lado mío. No era más que un rápido volverse de su cuello, una voladera mirada ansiosa, de honda pasión, llameando dolor en su oscuridad inmensa, una sospecha de palabra en sus nítidos labios rojos, la jentileza y gracilidad de su figura, coronada de juventud como una enredadera en flor, rápidamente huída en gracioso andar incierto, un relámpago cegador de pena, de deseo, de arrobo, un sonreír con los ojos, un deslumbramiento de joyas y sedas..., y todo al punto se desvanecía. El soplo loco del viento, cargado de toda la fragancia de los montes y los bosques, apagaba las velas; y entonces yo me quitaba mi vestido y me echaba en mi cama, cerrando los ojos todo estremecido de placer. En torno mío, con el perfume de los bos-

ques y las colinas, flotaban en la brisa sombría y silenciosa caricias y besos, un tocarse infinitos de manos, un suave murmurar en mi oído y un alentar oloroso en mi frente; o un pañuelo, dulcemente perfumado, me abanicaba, sin fin, las mejillas. Luego despacio, una culebra misteriosa se me enroscaba atolondrándome, hasta que, ya insensible, con un gran suspiro, me dormía profundamente.

Una noche decidí salir a caballo. Alguien me suplicó que no lo hiciera, pero yo no estaba aquel día para súplicas. Iba ya a cojer de la percha mi chaqueta y mi sombrero ingleses, cuando un súbito viento huracanado lleno de arenas del Susta y hojas secas de los montes de Avalí, los arrebató en su torbellino; y en él daban vueltas y vueltas, mientras una desenfrenada explosión de risa regocijada iba creciendo, pasando por todas las notas de la algazara hasta morirse en la tierra del sol poniente.

Tuve que renunciar a mi paseo; y al otro deseché mi chaqueta y mi sombrero ingleses, tan absurdos, para siempre.

En lo más cerrado de aquella noche oí, otra vez, unos ahogados sollozos que partían el alma, como si alguien estuviese llorando bajo mi cama, bajo el suelo, bajo los cimientos del jigantesco palacio, en el fondo de

una oscura y húmeda tumba. Y la voz lastimera me imploraba: "¡Sálvame! ¡Echa abajo estas duras puertas ilusorias, de sueño de muerte, de sueños sin fruto; súbeme contigo a tu caballo, y llévame a galope por montes y selvas, y ríos, apretada contra tu corazón, hasta llegar, allá arriba, al albergue radiante de tus moradas de sol!"

¿Quién soy yo? ¿Cómo podré salvarte? ¿Qué hermosura casi ahogada, qué encarnada pasión arrastraré a la orilla del remolino loco de los sueños? Hermosa, etérea aparición, dime, ¿dónde floreciste y cuándo? ¿Junto a qué fresca fuente, a la sombra de qué palmeral, en el regazo de qué ser del desierto, errabundo y sin hogar, naciste? Capullo entreabierto de una selvática enredadera, ¿qué beduíno te arrancó de los brazos de tu madre, y te llevó, en el relámpago de su potro, por la arena abrasadora, al mercado de esclavas de qué ciudad real? Y allí, ¿qué enviado del Bajá, fascinado por la gloria de tu tímida juventud floreciente, te cambió por oro y te condujo en su dorado palanquín, como regalo para el serrallo de su señor? Y ¡ay, la historia de todo aquello! La música del sáreugin *, el retintín de las ajorcas, el fulgurar súbito de los puñales,

* Especie de violín.

el ardiente vino venenoso de Xiraz, el penetrante rayo de la mirada momentánea... ¡la infinita grandeza y la prisión infinita! Doncellas esclavas mecían a tus lados el chamar, con el brillo de sus pulseras de diamantes; el Bajá, Rey de reyes, estaba de rodillas a tus pies de nieve, guardados en las zapatillas enjoyadas; y fuera, el terrible eunuco de Abisinia, como un mensajero de la muerte vestido de ánjel, vijilaba, erguido, con la espada desnuda en la mano. Y luego, flor del arenal, ¿qué mar deslumbradora de grandezas sangrientas, espumeante de envidia, rocosa de escollos de intriga, te arrojó a qué costa de muerte cruel, a qué tierra más esplendorosa y más cruenta todavía?

De pronto, Mejer Alí, el loco, salió chillando: "¡Atrás! ¡Atrás! ¡Todo es falso! ¡Todo es falso!" Abrí los ojos, y vi que era ya el día. Mi chaprasi llegaba con el correo, y el cocinero esperaba reverente mis órdenes.

Les dije: "No puedo seguir aquí más tiempo." Y el mismo día hice mi equipaje y me mudé a mi oficina. El viejo Karim Khan se sonrió al verme. Yo me sentí picado, pero no dije nada, y me puse a trabajar.

Al anochecer, comencé a distraerme. Me parecía que una cita urjente me reclamaba,

y mi tarea de repasar las cuentas del algodón, me parecía inútil por completo. El mismo Nizamat * del Nizam lo tuve por cosa sin valor. Todo lo presente, cuanto se movía y trabajaba por pan, lo consideré banal, sin sentido, despreciable.

Tiré la pluma, cerré los libros de cuentas, cojí mi cochecillo y salí guiando. El caballo, con sorpresa mía, se paró solo ante el palacio de mármol. Anochecía, Subí rápido las escaleras y entré en el aposento.

Un profundo silencio reinaba dentro. Los oscuros salones estaban ceñudos, como si yo los hubiese ofendido. Tenía mi corazón contrito, pero a nadie podía confesarme ni pedirle perdón; y vagué por los cuartos tenebrosos, sin pensar en nada. Hubiera deseado tener allí una guitarra para cantar a lo Desconocido: "¡Fuego, aquí tienes a tu pobre polilla, que quiso en vano escapar volando de ti! ¡Perdónala esta vez, quema sus alas, consúmela en tu llama!"

Dos lágrimas cayeron de lo alto sobre mi frente. Negros montones de nubes pendían sobre las cimas de los montes del Avalí. Los bosques tristes y las hollinosas aguas del Susta, aguardaban terribles no sé qué, en una calma amenazante. De pronto, tierra,

* Tributo.

agua y cielo temblaron, y la boca furibunda del huracán desencadenado rujió por los lejanos bosques sin camino, mostrando sus dientes relampagueantes, como un loco en delirio que hubiese roto sus grillos. Las puertas golpeaban en todos los salones del palacio abandonado, que se lamentaban con amarga angustia.

La noche venía torva y sin luna. Todos los criados estaban ya en la oficina, y no había quien encendiera las lámparas. En la honda oscuridad de mi cuarto, yo sentía claramente que una mujer estaba echada contra la alfombra, debajo de mi cama, mesándose sus largos cabellos y arrancándoselos desesperadamente. De su frente hermosa goteaba sangre; a ratos se reía con una risa dura, áspera y sin alegría, o bien estallaba en violentos sollozos lastimeros; y se rajaba el corpiño, golpeando su pecho desnudo. El viento seguía rujiendo por la ventana abierta, y la lluvia entraba a raudales calando a la infeliz hasta los huesos.

Toda la noche duró la tempestad y el lamento de la mujer. Yo iba y venía por los cuartos oscuros, con inútil pena. ¿A quién consolaría si no veía a nadie? ¿Quién agonizaba así de dolor? De qué sería aquella tristeza sin consuelo?

Y el loco gritó: "¡Atrás! ¡Atrás! ¡Todo es mentira! ¡Todo es mentira!"

Vi que amanecía. Mejer Alí, a pesar del temporal horrible, daba vueltas por los alrededores del palacio, como de costumbre. Pensé, de pronto, que quizá también él habría vivido una vez en el palacio, y que ya loco, como estaba, venía a cada día a dar vueltas, fascinado por el estraño hechizo del demonio de mármol.

Sin hacer caso de la tormenta ni del aguacero, corrí a él y le pregunté: "Mejer Alí, ¿qué es mentira?"

No me respondió. Se echó a un lado y siguió dando vueltas y vueltas, gritando frenético, como un pajarillo que volara fascinado alrededor de la boca de una serpiente. Y con un desesperado esfuerzo, como para advertirse a sí mismo, repitió: "¡Atrás! ¡Atrás! ¡Todo es mentira! ¡Todo es mentira!"

Corrí como un loco a la oficina, bajo la lluvia abrumadora, y fuí a preguntarle a Karim Khan: "Dime, ¿qué quiere decir todo esto?"

Lo que pude sacar en claro del cuento del viejo fué lo que sigue: Que en tiempo lejano, aquel palacio fué teatro de innumerables pasiones no correspondidas, de infinitos anhelos no satisfechos; y cárdenas llamas, rabia de placeres de fuego, se desbordaron por él. Y

que la maldición de todos los corazones dolientes y desesperados, había puesto hambrienta y sedienta cada piedra del palacio, ansiosa de tragarse, como una ogra famélica, a los hombres que por allí se acercaban. Nadie que hubiera pasado tres noches seguidas en el palacio escapó de las bocas espantosas, menos Mejer Alí, que había escapado loco.

Le pregunté: "¿Y no hay manera de que yo me salve?" Contestó el viejo: "No hay más que una, muy difícil, y te la diré; pero antes oye la historia de una muchacha persa que vivió una vez bajo esa cúpula de placeres. Nunca vió la tierra una trajedia más extraordinaria, más amarga, ni más desgarradora."

Llegando aquí el hombre estraño, los mozos anunciaron que venía el tren. ¡Tan pronto! Arreglamos de prisa nuestros equipajes, y ya el tren entraba jadeando. Un caballero inglés, que parecía recién despierto, se asomaba a la ventanilla de un coche de primera, intentando leer el nombre de la estación. Al ver a nuestro compañero de viaje, le gritó llamándolo, y lo hizo entrar en su departamento. Nosotros íbamos en segunda, y no pudimos ya averiguar quién era él, ni cómo acababa su historia.

Yo dije: "No cabe duda de que este hom-

bre nos ha tomado por tontos y se ha estado burlando de nosotros. Todo su cuento es pura fantasía." Nos pusimos a discutir, y la disputa terminó disgustándonos mi pariente el teósofo y yo, para siempre.

2
LA VICTORIA

LA Princesa se llamaba Ayita. Y el poeta de la corte del Rey Naráyan, no la había visto nunca. Cuando él recitaba algún nuevo poema ante el Rey, alzaba la voz, a fin de que pudieran oírlo los invisibles espectadores de la celosía que daba, allá en lo alto, al salón. Sus canciones iban siempre más allá del país de las estrellas, donde, circundado de luz y fuera del pensamiento, lucía el planeta ignoto que regía su destino.

Veía moverse una sombra tras la cortina, y le llegaba de lejos un tintineo que le hacía soñar en los tobillos cuyas campanitas de oro cantaban andando. ¡Ay, tiernos pies rosados y rojos, por el polvo del mundo, como la misericordia de Dios entre los caídos! El poeta les había levantado un altar en su corazón, donde tejía sus canciones al son de las campanitas de oro. Nunca abrigó la menor duda acerca de quién fuese la sombra que se movía tras

el transparente, ni de quién las ajorcas que cantaban al compás de su conmovido corazón.

Mañerí, la doncella de la Princesa, tenía que pasar, para ir al río, por la casa del poeta, y no dejaba un solo día de hablar con él un poquito, a hurtadillas. Si ya caía la sombra de la tarde y el camino estaba solitario, entraba, atrevida, en su cuarto y se sentaba en un extremo de la alfombra. Un cuidado especial presidía siempre la elección del color de su velo y el modo de ponerse la flor de su cabeza.

La jente murmuraba sonriendo de todo esto. Pero nadie los culpaba, porque Sékar, el poeta, jamás se molestó en disimular que tales entrevistas eran un verdadero encanto para él.

El nombre de ella quería decir "Ramito de Flores". Para cualquiera, la dulzura de este nombre hubiera sido suficiente, pero Sékar lo añadió por su cuenta así: "Ramito de Flores de Primavera." Y todos sacudían las cabezas diciendo: ¡Ay, ay!

Las canciones primaverales que cantaba el poeta en alabanza del ramito de flores, reiteraban siempre el deleite de su amor, y el Rey le guiñaba el ojo sonriendo cuando las decía, y el poeta le contestaba, a su vez, sonriente.

Le preguntaba el Rey: "¿La abeja no tiene otra obligación que zumbar en la corte de la primavera?" Y el poeta respondía: "No, que

debe también libar la miel del Ramito de Flores de Primavera."

Y todo el salón se reía. Se hablaba además que la Princesa Ayita sonreía también de que su doncella aceptase el nombre que le daba el poeta; y a Mañerí, por su parte, se le llenaba el corazón de dicha.

Así verdad y mentira se mezclan en la vida. Y a lo que Dios fabrica, le añade el hombre su propio ornato.

Lo que cantaba el poeta era la pura verdad. Su tema era Krisna, el Dios amante, y Radha, la amada; El Hombre Eterno y La Mujer Eterna; la pena que tiene su origen en el principio, y la alegría infinita. Todos, desde el pordiosero hasta el Rey, comprobaban la verdad de los cantos del poeta en el fondo de sus corazones, y todos los cantaban. Al más leve resplandor de la luna, con el suspiro más suave de la brisa del verano, estallaban las canciones en el reino de las ventanas y los patios, de los barcos de vela, de los frondosos caminos, con dejos innumerables.

Los días pasaban felices. Cantaba Sékar, el Rey lo oía, y aplaudían los circunstantes. Mañerí pasaba y volvía a pasar por la casa del poeta, camino del río. La sombra aparecía, un instante, en el balcón tapado y, lejos, tintineaban las campanitas de oro.

Por aquel entonces, salió de su hogar un poeta del sur, afanoso de conquistas. Y vino ante Naráyan, Rey de Amarápur, y de pie ante el trono, recitó unos versos en su alabanza. En su peregrinación había desafiado a los poetas de todas las cortes por donde pasara, y nadie había detenido su carrera triunfal.

El Rey le recibió con todo honor y le dijo: "Poeta, sé bienvenido."

Púndarik, que así se llamaba el poeta del sur, respondió orgulloso: "Señor, pido lucha."

Sékar, el poeta de la corte del Rey, perdió el sueño pensando en la lidia de la Musa. La poderosa presencia del famoso Púndarik, su corva nariz, aguda como una cimitarra, su soberbia cabeza echada atrás, le perseguían los ojos en la sombra.

Cuando Sékar entró, la mañana de la justa, en el teatro, que llenaba la multitud, le iba temblando el corazón. Saludó a su rival sonriéndole reverente, y Púndarik le contestó con un brusco movimiento de cabeza mientras miraba a sus secuaces con una risita de inteligencia.

Sékar alzó los ojos al alto balcón tapado, y saludó a su dama con el pensamiento, diciéndole: "Si venzo en el combate hoy, señora, tu nombre victorioso será glorificado."

Sonó la trompeta. La muchedumbre, de pie, aclamaba al Rey, que vestido con una amplia túnica blanca, entraba despacioso en el salón, como una nube errante de otoño, y se sentaba en el trono.

Púndarik se levantó en medio de un silencio absoluto. Alta la frente y dilatado el pecho, empezó, con voz atronadora, la alabanza del Rey Naráyan. Sus palabras estallaban contra los muros, como un mar en las rompientes, y se dijera que chasqueaban contra las mismas costillas de la concurrencia. La habilidad con que desentrañó los posibles sentidos del nombre Naráyan, y con que combinó sus letras en toda suerte de acrósticos, tenía sin respiración al estático auditorio.

Un rato después de volver a su asiento, todavía su voz vibraba entre los pilares innumerables del salón y los miles de mudos corazones. Los sabios doctores que habían venido al acto, de tierras lejanas, levantaron sus diestras gritando: "¡Bravo!"

Miró el Rey a Sékar. Este alzó un instante los ojos dolorosos a su señor, y luego se levantó lo mismo que un ciervo herido que se vuelve a sus enemigos al encontrarse cercado. Iba pálido, con timidez casi de mujer, y su fina figura juvenil de contorno delicado parecía una

vina, cuyas tirantes cuerdas iban a prorrumpir en música al más leve roce.

Cuando comenzó, tenía baja la cabeza, y su voz era tan débil que apenas se oyeron los primeros versos. Luego, lentamente, su cabeza fué irguiéndose, y su dulce voz clara se alzó al cielo igual que una llama estremecida. Cantó, primero, la antigua leyenda de la rejia estirpe perdida en la piebla del pasado; después siguió su larga descendencia de heroísmo y jenerosidad sin iguales, y llegó hasta lo presente. Sus ojos estaban fijos en el rostro del Rey, y todo el vasto amor inexpresado del pueblo hacia la dinastía, perfumaba como un incienso en su canción y esguirnaldaba el trono por todas partes. Sus últimas palabras fueron éstas: "Rey mío, podré ser vencido en juegos de palabras, pero nunca en amor a ti." Y fué a sentarse tembloroso.

Todos los presentes lloraban, y las piedras de los muros se estremecían de gritos de victoria.

Mofándose de esta esplosión de sentimiento popular, con una augusta cabeza puesta y una risa de desdén burlón, se levantó Púndarik, y arrojó esta pregunta al auditorio: "¿Y qué hay superior a las palabras?" El salón se había quedado mudo nuevamente.

Entonces Púndarik, en un maravilloso alar-

de de sabiduría, y tras un largo citar de las Escrituras, demostró que en el principio era la Palabra y que la palabra es Dios; y le alzó un altar mayor para que ella se sentara por encima de cuanto existe en el cielo y tierra. Y con voz poderosa repitió al final de la pregunta: "¿Y qué hay superior a las palabras?"

Miró soberbio en torno. Nadie se atrevía a aceptar el reto. Y Púndarik volvió a su sitio lentamente, como un león que acaba de engullirse a su víctima. Los doctores gritaban: "¡Bravo!" El Rey estaba maravillado y mudo. Sékar se sentía desvalido ante el estupendo saber del poeta del sur. Y la asamblea se levantó por aquel día.

Al siguiente, comenzó Sékar. Cantó el tiempo aquel en que el silbo de la flauta del amor sobresaltó, la vez primera, el aire callado del bosque de Vrinda. Las pastoras ignoraban quién era el que tocaba y de dónde venía su música. A veces parecía sonar del corazón del viento del sur; otras, de las nubes errantes de las cimas. Era un mensaje de cita de la tierra del sol naciente, y era, desde el confín del poniente, un flotante suspiro de dolor. Las estrellas parecían los rejistros de la flauta, que ahogaba en su melodía los sueños de la noche. Por todas partes estallaba la música repentinamente, por valles y bosques, por los senderos

sombríos y los caminos solitarios, en el azul derretido del cielo y en el verde luciente de la hierba movida. Nadie entendía su sentido ni tenía palabras para espresar el deseo de sus corazones. Las lágrimas llenaban los ojos de las pastoras, y su vida parecía anhelar una muerte perfecta.

Sékar se olvidó del auditorio y de que estaba luchando con su rival. Sólo con sus pensamientos, que se rozaban y se estremecían a su alrededor, como las hojas en la brisa del verano, cantaba la Canción de la Flauta. En su mente flotaba una imajen que había tomado forma de una sombra y el eco del débil tintineo de una pisada lejana.

Se sentó. El auditorio, con la pena de un deleite indefinible, inmenso y vago, que le sobrecojía el corazón, se olvidaba de aplaudir. Cuando este sentimiento se había estinguido, Púndarik fué ante el trono y desafió a Sékar a que definiese quién era el Amante y quién la Amada. Miró en torno arrogante, sonrió a los suyos, y volvió a hacer la pregunta: "¿Quién es Krisna, el Amante, y quién Radha, la Amada?"

Y se puso a analizar la raíz de ambos nombres y a deducir sus significados. Con extraordinaria habilidad expuso al auditorio perplejo, una por una, el intrincado laberinto de

todas las escuelas metafísicas. Separó unas de otras las letras de ambos nombres, y las perseguía con implacable lójica, hasta sumirlas en el polvo de la confusión. Y luego las recojió de él y las animó de un sentido nunca antes sospechado por el más sutil de los mercachifles de palabras.

Los doctores oían estáticos o aplaudían como energúmenos. La multitud, ilusa, creía aquello hasta tal punto, que pensaba haber presenciado aquel día el rajado del último jirón de la cortina de la Verdad por un prodijio del intelecto. Y de tal modo les deleitó la tremenda hazaña, que se olvidaron de preguntarse si, después de todo, había verdad alguna detrás de la cortina.

El Rey estaba anonadado, estupefacto. Se había limpiado el aire de toda ilusión melodiosa, y lo circundante parecía haber trocado su frescura verde y tierna en la solidez de una carretera nivelada y apretada con pisones.

A la asamblea, su propio poeta le parecía un niño, comparado con aquel jigantón que con tal facilidad se abría paso a través de todos los obstáculos del mundo de las palabras y de los pensamientos. Vieron claro, por vez primera, que los cantos que escribía Sékar eran absurdamente sencillos, y que, en realidad, si ellos se pusieran a escribirlos, podrían hacerlo

como él. No eran nuevos, ni difíciles, ni instructivos, ni necesarios.

El Rey hacía lo posible por sonsacar a su poeta, incitándolo en silencio, con vivas miradas, a una última prueba. Pero Sékar no le hizo caso y siguió quieto en su asiento.

Furioso, el Rey bajó del trono, se quitó su cadena de perlas y la puso en los cabellos de Púndarik. Un viva unánime resonó. Del balcón alto llegaba un murmullo tenue de sedas rozadas que se iban y de cinturones de campanillas de oro.

Sékar se levantó y salió del salón.

Era una noche oscura, de luna menguante. Sékar cojió de sus estantes sus manuscritos y los tiró al suelo. Algunos eran de sus primeros versos, que había casi olvidado. Pasó sus pájinas, leyendo aquí y allá. Todo le parecía pobre y banal; sólo palabras y rimas infantiles.

Los hizo pedazos uno a uno y los echó a un brasero, diciendo: "¡Para ti, para ti, bello fuego mío, que has estado ardiendo en mi corazón todo este tiempo vano! ¡Si mi vida fuese oro, saldría más brillante de la prueba; pero no es más que un terrón hierbajoso y pisado, y sólo queda de ella un puñado de ceniza!"

La noche se pasaba. Sékar abrió sus ventanas de par en par, cubrió su lecho con las flo-

res blancas que más amaba, jazmines, nardos y crisantemos, trajo a su alcoba todas las lámparas de la casa y las encendió. Luego mezcló con miel el jugo de una raíz venenosa, bebió el brebaje y se tendió en el lecho.

Ajorcas de oro tintinearon por el corredor, y un olor sutil entró en su cuarto con la brisa.

Sékar, cerrados los ojos, dijo: "Señora mía, ¿te has apiadado al fin de tu siervo, y has venido a verle, verdad?"

Una voz dulce le contestó: "Sí, poeta mío, aquí estoy."

Sékar abrió los ojos y vió que había con él una mujer.

Su sentido estaba ya vago y borroso, y le pareció que la imajen de la sombra que él había llevado siempre entronizada en el santuario secreto de su corazón, salía al mundo, cuando él se iba, para mirarle a los ojos.

La mujer dijo: "Soy la Princesa Ayita."

El poeta, haciendo un último esfuerzo, se incorporó en el lecho. Y la Princesa suspiró en su oído: "El Rey no te hizo justicia, Sékar. Tú fuiste el vencedor, y yo vengo a coronarte con la corona de la victoria, poeta mío."

Se quitó la guirnalda de flores de su cuello y la puso en los cabellos de Sékar. Y el poeta cayó herido por la muerte.

3
HUBO UNA VEZ UN REY

UNA vez hubo un Rey..."

Cuando niños, no nos hacía falta saber quién era el Rey de los cuentos de hadas. Poco importaba que se llamase Shiladitya o Shalibán, que viviera en Kashi o en Kanuya. Lo que hacía palpitar, gozoso, el corazón del niño de siete años, era esta sola verdad soberana, esta realidad de realidades: "Una vez hubo un Rey..."

Pero los lectores son hoy más escrupulosos y exijentes. Si algún cuento se comienza ahora de este modo, se ponen en el acto críticos y suspicaces, y enfocando con su ciencia la neblina lejendaria, preguntan: "¿Qué Rey?"

A su vez, los cuentistas se han hecho mucho más precisos. No se contentan ya con el viejo e indefinido "Una vez hubo un Rey...", sino que tomando un aire sabihondo, comienzan: "Una vez hubo un Rey llamado Ayátsatru..."

Sin embargo, la curiosidad del lector moderno no queda satisfecha con esto. Pestañae al cuentista tras sus espejuelos científicos, y le pregunta: "¿Cuál Ayátsatru?"

"No hay niño de escuela que no sepa", sigue el cuentista, "que tubo tres Ayátsatrus. El primero nació en el siglo veinte, antes de Cristo, y murió a la temprana edad de dos años y ocho meses. Deploro profundamente que sea imposible encontrar, de fuente fidedigna, un relato preciso de su reinado. El segundo Ayátsatru es bastante mejor conocido por los historiadores. Si consulta usted la nueva Enciclopedia Histórica..."

Llegando aquí, las sospechas del lector moderno han desaparecido. Siente que puede confiar en su autor; y se dice a sí mismo: "¡Vamos a oír un cuento edificante e instructivo a un tiempo!"

¡Ay, cómo nos gusta que nos engañen! Por un secreto temor de que se nos crea ignorantes, acabamos por ser ignorantes después de todo, sólo que lo hemos conseguido de un modo prolijo e intrincado.

Dice un proverbio inglés: "No me preguntes y no te engañaré". Todo niño de siete años que oye un cuento de hadas, comprende esto perfectamente, y no pregunta mientras el cuento dura. Así la pura y bella falsedad sigue

inocentemente desnuda como un recién nacido, transparente como la verdad misma, límpida como una fresca fuente borbotante. Mas la pesada y copiosa mentira de los modernos no puede perder su verdadero carácter velado y envuelto. Y si en cualquier instante la más leve sombra le decepciona, el lector deja el cuento con una repugnancia mojigata, y el cuentista queda desacreditado.

De jóvenes, comprendíamos todas las cosas dulces, y podíamos discernir la dulzura de un cuento de hadas con infalible intuición. Nada nos daba de esa cosa inútil que se llama la sabiduría. Nos bastaba con la verdad. Y nuestros corazoncillos sin sofisma sabían bien dónde estaba el Palacio de Cristal de la Verdad y por dónde se iba a él. Hoy nos piden que escribamos cosas sucedidas, pero la verdad es sencillamente ésta: "Una vez un Rey..."

¡Qué bien recuerdo aquel anochecer de Calcuta en que comenzó el cuento de hadas! La lluvia y la tormenta habían sido tales, que toda la ciudad estaba inundada, y por el camino el agua llegaba a las rodillas. Yo tenía la esperanza, casi la seguridad, de que mi maestro no podría venir aquella noche. Sentado en la banqueta del último rincón de la galería, miraba sendero abajo, inquieto de corazón. Observaba sin parar la lluvia, y cuando flojea-

ba un poco, rezaba a Dios con toda mi alma: "¡Te suplico, Señor, que llueva más, hasta que hayan pasado las siete y media!" Porque yo estaba segurísimo de que el agua caía solamente para protejer aquella noche a un niño indefenso, en su rincón de Calcuta, de las garras de su maestro.

No sé si en respuesta a mi plegaria; por lo menos, de acuerdo con alguna más burda ley de la naturaleza, la lluvia no faltó; pero, ¡ay, tampoco faltó mi maestro!

Con la exactitud de siempre, vi en la vuelta del sendero su paraguas que venía. La gran pompa de mi esperanza estalló en mi pecho, y mi corazón se vino abajo. Si hay castigo, después de la muerte, para el crimen, mi maestro volverá a nacer hecho yo, y yo hecho mi maestro.

En cuanto vi su paraguas, corrí todo lo de prisa que pude al cuarto de mi madre. Mi madre y mi abuela estaban sentadas frente a frente, jugando a las cartas, a la luz de la lámpara. Yo entré corriendo y me tiré sobre la cama, que estaba al lado de mi madre, gritando: "¡Madre, ahí viene el maestro; y me duele más la cabeza! ¿No podría hoy dejar la lección?"

Espero que no se le permita leer este cuento a ningún niño, y confío sinceramente en que

no se usará como "libro primero" de las escuelas. Porque lo que yo hice estaba muy mal; y no me castigaron, sino que mi perversidad fué coronada por el éxito más completo.

Me dijo mi madre: "Bueno." Y a la criada: "Dile al maestro que puede irse."

Era evidente que mi madre no creyó grave mi mal, porque siguió jugando sin pensar más en el asunto. Yo, metiendo mi cabeza en la almohada, me reía con toda mi alma. ¡Qué bien nos entendíamos mi madre y yo!

Pero todos sabemos lo difícil que le es a un niño de siete años sostener el engaño de una enfermedad por mucho tiempo. Después de un rato, me eché en los brazos de mi abuela y le dije: "¡Cuéntame un cuento, abuelita!"

Mi abuela y mi madre jugaban sin hacerme caso, y tuve que repetir mi súplica muchas veces. Por fin, mi madre me riñó: "¡No seas fastidioso, hijo! ¡Espera que terminemos este juego!" Pero yo seguía: "Anda, abuelita, cuéntame un cuento." Y a mi madre le dije que el juego podía terminarse al día siguiente, que dejara a abuelita contarme al instantito el cuento.

Mi madre acabó por tirar las cartas, y le dijo a abuelita: "¡Más vale que le cuentes el cuento! ¡No puedo con este niño!" Quizá estaba pensando que ella no tendría ningún maes-

tro cargante al día siguiente, mientras que mi obligación era volver a las estúpidas lecciones.

En cuanto mi madre dijo que sí, me abracé de nuevo a mi abuelita. Y la cojí por la mano y, bailando de alegría, la llevé hasta meterla debajo del mosquitero de mi cama. Me agarré con las dos manos al rodillo, y me puse a saltar, patas arriba, como un loco, en un frenesí de júbilo. Luego, ya más tranquilo, dije a mi abuelita: "Anda, abuelita, cuéntamelo ya."

La abuelita siguió: "... Y este Rey tenía una Reina." El cuento empezaba bien; porque el Rey no tenía más que una Reina.

Es costumbre que los Reyes de los cuentos de hadas se permitan un gran lujo en materia de reinas. En cuanto oímos que hay dos reinas, nos da un vuelco el corazón, porque es seguro que una de las dos será desgraciada. En el cuento de mi abuela no existía ese peligro. El Rey no tenía más que una Reina.

Supe, punto seguido, que el Rey no tenía ningún hijo. A los siete años no creo que valga la pena de preocuparse porque un hombre no tenga un hijo, que a lo mejor, sólo habría servido de estorbo. Tampoco me interesó mucho oír que el Rey se había ido a una selva a practicar la austeridad, con el fin de tener

un hijo. ¡Sólo una cosa me hubiera hecho a mí irme a la selva: esconderme de mi maestro!

Pero el Rey había dejado con su Reina a una niña, la cual llegó a ser bellísima Princesa.

Pasan doce años. El Rey sigue en la práctica de sus virtudes, sin pensar nunca en su hermosa hija. La Princesa está ya en plena flor de juventud, y se le pasa la edad de casarse. Pero el Rey no vuelve. La Reina se mustia de pena, y dice: "¿Mi niñita de oro ha de morir soltera? ¡Ay, qué destino el mío!"

Y manda hombres al Rey, que le rueguen hasta que vuelva, siquiera por una noche, y coma una sola vez en el palacio. En lo que consiente el Rey.

La Reina guisó por su propia mano y con el mayor esmero sesenta y cuatro platos, le levantó al Rey un sitial de sándalo y le sirvió la comida en fuentes de oro y tazas de plata. La Princesa estaba en pie detrás del trono, con su abanico de plumas de pavo real en la mano. Entró el Rey en su casa, que hacía doce años que no veía, y la Princesa meció su abanico, iluminando todo el salón de hermosura. Y el Rey, mirando la cara de su hija, olvidaba su comida.

Al fin, preguntó a la Reina: "¿Puedes de-

cirme quién es esta doncella, cuya hermosura reluce como la imajen de oro de la Diosa? ¿Quién es su padre?"

La Reina se golpeaba la frente y decía: "¡Ay, qué triste destino el mío! ¿No conoces a tu hija?"

Y el Rey se quedó pasmado. Luego dijo: "¡Mi niña pequeñita hecha una mujer!"

"¿Pues qué querías que fuera?", replicó la Reina suspirando. "¿No sabes que hace doce años que te fuiste?"

"¿Pero cómo no la has casado?", preguntó el Rey.

"Tú no estabas", contestó la Reina. "¿Cómo iba yo a buscarla marido digno de ella!"

El Rey gritó colérico: "¡El primer hombre que me encuentre mañana cuando salga del palacio, será su marido!"

La Princesa seguía abanicándose con su abanico de plumas de pavo real, y el Rey acabó su cena.

A la mañana siguiente, saliendo el Rey, vió al hijo de un bramín, que estaba cojiendo leña en el bosque, fuera de los muros de palacio. Tendría siete u ocho años. Y el Rey se dijo: "¡Casaré a mi hija con él!"

¿Quién podrá contrariar los designios de un Rey? El niño fué llamado en el acto, y se

cambiaron las guirnaldas nupciales entre él y la Princesa.

Al llegar aquí el cuento me arrimé más a mi sabihonda abuelita y le pregunté ansioso: "¿Y qué pasó entonces?"

Yo sentía en el fondo de mi corazón un ardiente anhelo de ser aquel afortunado leñador de siete años. La noche seguía lloviendo, y el agua golpeaba sonora. Junto a mi cama, la lámpara de barro ardía mortecina. Mi abuela contaba y contaba, con voz monótona el cuento. Y todo esto iba filtrando en el fondo de mi corazón crédulo la idea de que yo, en la aurora de un tiempo infinito, había estado cojiendo leña por el reino de algún Rey desconocido. Y en un momento, las guirnaldas habían sido cambiadas entre mí y la Princesa, bella como la Diosa de la Gracia. Ella llevaba un cupido de oro en el pelo, pendientes de oro en las orejas, un collar de oro en la garganta, brazaletes de oro, una cadena de oro alrededor de la cintura y dos ajorcas de oro repicando en los tobillos.

Si mi abuela hubiese sido un escritor, ¡cuántas explicaciones habría tenido que dar por este cuentecito! Ante todo, le preguntarían por qué estuvo el Rey doce años en la selva; luego, por qué se quedó tanto tiempo

sin casar la Princesa, una cosa tan absurda. Y si hubiese podido llegar hasta aquí sin tropiezo, con lo de la boda se hubiese armado una buena: primero, porque nunca ocurrió; segundo, porque ¿cómo podía casarse una Princesa de la Casta Guerrera con un niño de la Casta Braman Sacerdotal? Los lectores se hubiesen figurado al momento que el cuentista predicaba contra nuestras costumbres sociales de una manera solapada, y escribirían cartas a los periódicos.

Por todo esto, pido a Dios con toda mi alma que mi abuela pueda volver a nacer abuela otra vez, y que no permita un funesto destino que torne al mundo en la forma de su desdichado nieto.

Bueno; pues, anhelante de alegría y encanto, pregunté a mi abuelita: "¿Y qué pasó entonces?" Mi abuelita siguió: "Entonces la Princesa se llevó aflijidísima a su maridito, y fabricó un gran palacio de siete naves, y se puso a quererlo allí con todo esmero."

Yo echaba mis pies por lo alto en la cama, apretando el almohadón, más loco que nunca. Y dije otra vez: "¿Y qué pasó entonces?"

La abuelita continuó: "El niño empezó a ir a la escuela, y aprendió muchas lecciones con sus maestros. Y cuando iba siendo mayor, sus compañeros de clase empezaron a

preguntarle: "¿Quién es esa señora tan hermosa que vive contigo en el palacio de las siete naves?"

El hijo del bramín ardía en ansias de saber quién era. Sólo recordaba que, un día, había ido a buscar leña al bosque, y que se armó un gran escándalo. Pero hacía ya tanto tiempo de todo aquello, que apenas si podía recordarlo.

Pasaron así cuatro o cinco años. Sus compañeros no dejaban de preguntarle: "¿Quién es esa señora tan hermosa del palacio de las siete naves?" Y cuando volvía de la escuela el hijo del bramín, le contaba tristemente a la Princesa: "Mis compañeros me preguntan todos los días que quién es esa señora tan hermosa del palacio de las siete naves, y yo no sé qué contestarles. ¡Dime, anda, dime quién eres!"

La Princesa respondía: "¡Hoy no, ya te lo diré mañana!" Y al otro día el hijo del bramín le preguntaba: "¿Quién eres?", y la Princesa volvía a contestarle: "¡Hoy, no, ya te lo diré mañana!" Y así se pasaron cuatro o cinco años más.

Ya el hijo del bramín comenzó a impacientarse, y un día le dijo a la Princesa: "¡Si no me dices hoy mismo quién eres, hermosa señora, me iré del palacio de las siete na-

ves!" Entonces, la Princesa le respondió: "Mañana te lo diré sin falta."

Al otro día, apenas volvió de la escuela, el hijo del bramín le dijo a la Princesa: "¡Ahora, dime quién eres!" La Princesa le contestó: "Te lo diré esta noche, después de cenar, cuando estés acostado."

El hijo del bramín contestó: "Bueno." Y se puso a contar las horas que faltaban para la noche. La Princesa, por su parte, esparció flores blancas sobre la cama de oro, encendió una lámpara de oro con aceite perfumado, se adornó el cabello y se vistió un precioso vestido azul. Y se puso a contar las horas que faltaban para la noche.

Anocheciendo, su esposo, el hijo del bramín, cuando había terminado de cenar, tan emocionado que no comió casi, y se había ido a su cama de oro en su alcoba regada de flores, se dijo: "¡Esta noche sin falta sabré quién es la hermosa señora del palacio de las siete naves!"

La Princesa comió la comida que había dejado su marido, y se fué despacito a la alcoba de él, porque aquella noche tenía que responder a la pregunta suya: "¿Quién es la hermosa señora que vive en el palacio de las siete naves?" Y al acercarse al lecho para decírselo, vió que una serpiente, que había

salido de las flores, había picado al hijo del bramín. Y su esposo niño yacía sobre el lecho florido, muy blanco, porque estaba muerto.

Mi corazón se paró de repente. Y pregunté a mi abuela con voz ahogada: "¿Y qué pasó entonces?"

La abuelita dijo: "Entonces..."

Pero ¿a qué seguir más adelante, de imposible en imposible? El niño de siete años no ignoraba que si había algún "¿y qué pasó entonces?", después de la muerte, ninguna abuela de abuelas podría contárnoslo.

Mas la fe de un niño no admite derrotas, y se cojería al manto de la misma muerte para que se volviera atrás. Sería un ultraje para él que este cuento de una velada sin maestro pudiera terminar tan repentinamente. La abuela tuvo que sacar su cuento de la sala siempre cerrada del gran Fin. ¡Y lo hizo tan sencillamente! Sólo con echar el cuerpo muerto río abajo, en una rama de plátano, y con hacer que un mago le leyera encantamientos, estuvo todo arreglado.

Pero aquella noche lluviosa, a la luz vaga de la lámpara, la muerte perdió todo su horror en el pensamiento del niño, y no era más que el sueño profundo de una noche. Cuando el cuento acabó, sus ojos cansados se cerraban ya de sueño...

Así es como echamos a flotar el cuerpecito del niño a espaldas del sueño, por las aguas quietas del tiempo. Y en la mañana, con unos versillos mágicos, le volvemos al mundo de la vida y de la luz.

4
LA VUELTA AL HOGAR

FATIK Chakravarti era el cabecilla de la chiquillería de la aldea. Aquel día se le había metido en la chorla una nueva travesura. En la marisma del río había un troncón, que esperaba allí ser convertido en palo de barco. Y él decidió que entre todos empujaran el tronco y lo echaran al agua. El amo del tronco se pondría indignado al encontrarse sin él, y ellos se divertirían con la bromita. Su proposición fué aprobada por unanimidad.

Pero en el mismo instante en que iba a comenzar la fiesta, Makan, el hermano menor de Fátik, vino por allí vagando y se sentó en el tronco, ante toda la pandilla, sin chistar. Los muchachos se quedaron dudosos un momento. Uno lo empujó tímidamente, y le dijo que a ver si se levantaba; pero él siguió imperturbable. Parecía un joven filósofo meditando sobre la vanidad de los juegos. Fátik

se puso furioso y le gritó: "¡Makan, si no te quitas de ahí ahora mismo, verás la tunda que te doy!"

Makan se movió un poquito, pero fué para ponerse más cómodo.

Ahora bien; si Fátik había de conservar su dignidad real ante los suyos, claro estaba que tenía el deber de llevar a cabo su amenaza. Mas le faltó el valor en el instante supremo. Sin embargo, su majín encontró en el acto una nueva treta que desconcertara a su hermano y ofreciera a sus secuaces nueva diversión. Así, pues, dió las órdenes necesarias para que echaran a rodar el tronco con Makan encima. Makan lo oyó e hizo puntillo de honor el quedarse en su sitio, aunque sin reparar, como tantos que buscan fama terrena en otras cosas, el peligro que corría.

Los chiquillos empezaron a empujar el tronco, con toda su fuerza, gritando: "¡A la una, a las dos, a las tres, va!" Al decir ¡va!, el tronco rodó y con él la filosofía de Makan, su gloria y lo demás.

Todos clamaban de júbilo hasta enronquecer. Fátik estaba un poco asustado porque sabía la que le esperaba. Makan, por su parte, se levantó de la Madre Tierra, ciego como el Destino y berreando como las Furias,

se arrojó contra Fátik, le arañó la cara, le pegó con las manos y con los pies, y luego se fué a casa llorando. Con lo que había terminado el primer acto del drama.

Fátik se secó la cara, se sentó en el borde de una barcaza hundida en la orilla del río y se puso a buscar un hierbajo. En esto atracó un bote al muelle, y un hombre de mediana edad, con el pelo cano y el bigote negro, saltó a tierra. Vió al chico allí, sin hacer nada, y le preguntó dónde vivían los Chakravarti. Fátik, sin dejar de mascar, dijo: "¡Allí!", pero no era posible saber a dónde señalaba. El desconocido volvió a preguntarle. Fátik se puso a golpear la barcaza con los talones, y replicó: "¡Averígüelo usted!", y siguió mascando su hierbajo.

Pero en aquel instante llegó un criado de su casa y le dijo a Fátik que su madre lo llamaba. Fátik se negó a moverse. Mas en esta ocasión el criado era el amo, y cojiendo rudamente a Fátik, se lo llevó pataleando y forcejeando con impotente coraje.

Cuando Fátik entró en la casa, su madre le increpó enfadada: "¿Ya le has pegado otra vez a Makan?"

Fátik, indignado, contestó: "¡Eso no es verdad! ¿Quién te lo ha dicho?"

Su madre le replicó: "¡No mientas, ya sabes que es verdad!"

Fátik dijo: "¡Te digo que no es verdad, y si no, pregúntaselo a Makan!" Makan tuvo a bien aferrarse a su primera acusación, y afirmó: "¡Sí, madre, Fátik me ha pegado!"

A Fátik se le acabó la paciencia. No podía soportar tal injusticia. Se echó sobre Makan y le golpeó fuerte, gritándole: "¡Toma, toma, toma, para que otra vez no digas embustes!"

La madre se puso de parte de Makan y se llevó de allí a Fátik, dándole en las manos. Entonces Fátik la empujó, y ella le dijo: "¡Asquerosillo!, ¿a tu madre?"

En este crítico momento entraba el desconocido del pelo cano, preguntando qué pasaba. Fátik estaba encojido y vergonzoso.

La madre dió un paso atrás al ver al extranjero, y su ira se trocó, al punto, en sorpresa. Era su hermano el que llegaba. Le gritó: "Dada, ¿de dónde vienes?" Y al decirlo se inclinaba al suelo, hasta tocar los pies de su hermano.

El se había marchado, a poco de ella casarse, a trabajar en Bombay. Mientras, ella se había quedado viuda. Luego Bisamber había vuelto a Calcuta y se puso a averiguar el

paradero de su hermana. En cuanto lo supo, se apresuró a venir a verla.

Los días siguientes fueron de regocijo. Bisamber preguntaba sobre la educación de los dos niños. Ella le dijo que Fátik era un desastre: perezoso, loco, desobediente; pero que Makan era bueno como el oro, sumiso como una oveja y aficionadísimo a la lectura. Entonces Bisamber le ofreció bondadosamente cargar con Fátik y educarlo con sus hijos en Calcuta, a lo que la viuda accedió gustosa. Cuando su tío le preguntó a Fátik si quería irse con él a Calcuta, el niño se volvió loco de alegría y le contestó: "¡Ya lo creo, tío!", y de un modo, que se veía claro que lo decía de veras.

Fué un alivio grandísimo para la madre el quedarse sin Fátik. Le había tomado manía al muchacho, y nada se perdía con separar a los dos hermanos, que no se llevaban bien. Temía que el día menos pensado Fátik ahogara a Makan en el río, que le abriera la cabeza en una pedrea, o alguna otra cosa por el estilo; pero, al mismo tiempo, le daba pena ver la impaciencia terrible de Fátik por irse.

Fátik, en cuanto se hubo resuelto lo de su marcha, preguntaba a su tío a cada instante cuándo se iban. Se pasaba el día nervioso y despierto la noche. Le regaló a Makan, para

siempre, su caña de pescar, su barrilete grande y sus bolas. Hay que confesar que en esto no pudo ser más generoso con su hermano.

Cuando llegaron a Calcuta, Fátik conoció a su tía, la cual no estaba muy contenta con este innecesario aumento de la familia. Le parecía que con sus tres hijos tenía más que sobrado; y traer ahora un zanganote de pueblo a la casa era un trastorno terrible. ¡Verdaderamente que Bisamber debió haber pensado mejor en todo, antes de cometer semejante tontería!

En este mundo humano, no hay estorbo mayor que un muchacho de catorce años. No es decorativo ni útil, no se le puede querer como a un niño chico, y siempre está molestando. Si habla infantilmente, se le dice criatura; si contesta como un hombrecillo, impertinente. Diga lo que diga, fastidia. Además, está en el momento poco atractivo del desarrollo; crece demasiado para su ropa, con prisa indecorosa; la voz se le vuelve ronca, y gallea y se le quiebra; la cara se le pone de pronto angulosa y desagradable. Los defectos de la niñez se disculpan fácilmente, pero ¡qué difícil es tolerar los deslices inevitables de un muchacho de catorce años! El mismo se da dolorosa cuenta de lo que es, y cuando habla con los mayores, es tan excesi-

vamente atrevido o tan exajeradamente tímido, que parece avergonzado de su propia existencia.

Y, sin embargo, en esta edad es cuando el corazón de corazones de un adolescente anhela más que se reconozca lo que vale y se le ame, y el muchacho se vuelve esclavo ferviente de quien le muestra consideración. Pero nadie se decide a quererlo con franqueza, pues esto se tomaría como exceso de indulgencia, malo para el muchacho. Conque, entre réplicas y regaños, se le convierte en algo parecido a un perro vagabundo que ha perdido a su amo.

El único paraíso para un niño de catorce años es su propia casa. Estar, como estraño, en casa estraña, es su peor martirio, mientras que lo más alto de su felicidad es ser mirado bondadosamente por las mujeres y no ser nunca desairado por ellas.

Para Fátik era una verdadera angustia sentirse huésped mal recibido de su tía, despreciado por esta señora ya de cierta edad, y lleno a cada instante de desaires. Si ella le pedía alguna vez que hiciese algo, se regocijaba el pobre de tal manera, que siempre se escedía; y su tía le tenía que decir que no fuese tan estúpido y que a ver si adelantaba más en las lecciones.

La asfixiante atmósfera de abandono de casa de su tía, ahogaba a Fátik de tal manera, que sentía como si en realidad no pudiese respirar. El querría salir al campo y llenarse los pulmones respirando abiertamente. Pero no tenía campo adonde ir. ¡Por todas partes las casas y las murallas de Calcuta! Y soñaba todas las noches en su casa de la aldea, y anhelaba volver a ella. Se acordaba del hermoso prado donde se pasaba el día remontando su barrilete; de las anchas orillas del río, por donde todo el día vagaba, cantando y gritando de alegría; del riachuelo donde se bañaba y nadaba cuando le daba la gana; de sus compañeros, de los cuales era déspota; y, sobre todo, se acordaba, día y noche, de aquella madre tirana que la tenía tomada con él. Era una especie de celo como el de los animales, un afán de estar ante un ser amado, una nostaljia indefinible de ausencia, un grito silencioso del fondo del corazón a su madre, como el berrido de un ternerillo en el crepúsculo. Un amor casi animal ajitaba al muchacho tímido, nervioso, delgaducho, desgarbado, feo. Nadie lo podía comprender; pero aquéllo le iba minando el pensamiento sin parar.

En la escuela no había niño más atrasado que Fátik. Cuando el maestro le hacía algu-

na pregunta, abría la boca y se quedaba así, mudo, y como un burro demasiado cargado, sufría paciente todos los golpes que le caían sobre la espalda. Mientras los demás niños jugaban fuera, él se ponía triste junto a la ventana a mirar y a mirar los tejados de las casas lejanas. Y si veía niños jugando en alguna azotea abierta, su corazón le dolía de afán.

Un día reunió todo su valor y preguntó a su tío: "Tío, ¿cuándo podré irme a mi casa?"

Su tío le contestó: "Espera que lleguen las vacaciones". Pero las vacaciones no eran hasta noviembre, ¡y faltaba tanto todavía!

Una vez Fátik perdió su libro. Con el libro mismo le era difícil preparar su lección, pero sin él, le era imposible. Y día tras día el maestro le pegaba sin compasión. Su estado llegó a ser tan lamentable, que sus mismos primos se avergonzaban de confesar su parentesco con él, y le motejaban y le hacían burla más que los otros niños. Al fin se decidió a decirle a su tía que había perdido el libro.

Ella plegó su boca con desprecio, y le dijo: "Pedazo de estúpido, ¿tú crees que puedo estarte comprando, con este familión, un libro cada semana?"

Aquella noche, al volver de la escuela, Fá-

tik sintió mucho dolor de cabeza y escalofríos. Comprendió que iba a caer con calentura, y su único espanto era ser un estorbo para su tía.

Por la mañana, no se encontró a Fátik por ninguna parte. Las buscas por el vecindario fueron inútiles. Había estado lloviendo a cántaros toda la noche, y los que salieron buscando al niño volvían calados hasta los huesos. Por fin, Bisamber dió parte a la policía.

Al anochecer, se detuvo a la puerta de la casa un furgón. Todavía estaba lloviendo y las calles iban como ríos. Dos alguaciles sacaron a Fátik en brazos y se lo dieron a Bisamber. Estaba el niño mojado hasta los tuétanos, sucio de fango de los pies a la cabeza; su cara y sus ojos ardían de fiebre, y temblaba todo. Bisamber lo cojió en brazos y lo llevó adentro. Cuando su mujer lo vió, salió vociferando: "¡Valiente carga de niño! ¿No sería mejor que lo mandaras de una vez a su casa?"

Fátik oyó lo que decía ella y sollozó alto: "¡Tío, yo me iba a mi casa, pero me cojieron!"

La fiebre subió mucho, y toda la noche estuvo el niño delirando. Bisamber llamó al médico. Fátik abría mucho los ojos, sangrientos por la fiebre, los fijaba en el techo

y decía confusamente: "Tío, ¿todavía no han llegado las vacaciones? ¿No puedo irme ya a casa?"

Bisamber se secó las lágrimas, cojió en sus manos las manitas delgadas y ardientes de Fátik, y estuvo sentado a su lado toda la noche. El niño comenzó de nuevo a hablar entre dientes. Luego su voz se escitó, y gritaba: "¡Madre, no me pegues más! ¡Te estoy diciendo la verdad, madre!"

Al otro día, Fátik recobró el sentido un ratito. Miraba por todo el cuarto, como si esperase que llegara alguien. Al fin, desengañado, hundió de nuevo la cabeza en la almohada y, dando un hondo suspiro, volvió la cara contra la pared.

Bisamber sabía bien lo que quería, e inclinándose sobre él, le dijo bajito: "Fátik, tu madre va a venir."

Pasó aquel día. El médico se mostró preocupado y dijo que el niño estaba muy mal.

Fátik comenzó a gritar: "¡Tres brazas por la marca! ¡Cuatro brazas por la marca! ¡Por la marca...!" Era lo que había oído al marinero del vapor del río, cuando gritaba la señal de la sonda. Y ahora él estaba sondando un mar sin fondo.

La madre de Fátik llegó al caer aquella

tarde. Entró como un torbellino en el cuarto y comenzó a tirarse de un lado a otro, y a jemir y a gritar como una loca.

Bisamber procuraba tranquilizarla. Ella, sin hacer caso, se echaba sobre la cama del niño, gritando: "¡Fátik, hijo mío, hijo mío!"

Fátik se calmó un momento. Sus manos dejaron de dar golpes a un lado y otro. Y dijo: ¿Qué?"

La madre gritó de nuevo: "Fátik, hijo mío, hijo mío!"

Fátik volvió despacito la cabeza, y sin ver, dijo: "Madre, ya son las vacaciones."

5
MI SEÑOR EL NIÑO

I

RAICHARAN tenía doce años cuando entró a servir en casa de su amo. Pertenecía a la misma casta que él, y le fué confiado el niño para que lo cuidara. Pasando el tiempo, el niño tuvo que abandonar los brazos de Ráicharan para ir a la escuela; de la escuela pasó a la Universidad, y de la Universidad a la carrera judicial. Pero siempre, hasta que se casó, Ráicharan fué su único servidor.

Vino a la casa un ama, y Ráicharan se encontró con dos señores en vez de uno. Y toda su influencia de antes sobre su amo pasó ahora a la nueva ama. Lo que halló su compensación con un nuevo llegado. Anukul tuvo un hijo, y Ráicharan, con su mimo constante, logró predominio completo sobre la criatura. Lo echaba al aire en sus brazos, le ha-

blaba en el lenguaje absurdo de los pequeñuelos, ponía su cara contra la del niño, y luego, de pronto, la apartaba, con una risa burda.

El niño supo pronto gatear y pasar el umbral. Si Ráicharan iba a cojerlo, le entraba un reír travieso y se escapaba de él. Ráicharan estaba asombrado de la habilidad suma y la intelijencia extraordinaria que demostraba el niño cuando él lo perseguía. Y solía decir a su señora, con una mirada recojida y misteriosa: "Tu hijo será juez algún día."

Poco a poco, las maravillas se iban sucediendo. Los primeros pasos torpes del niño señalaron para Ráicharan una época en la historia humana. Cuando llamó Pa-pa a su padre, Ma-ma a su madre y Chán-na a él, su arrobo no tuvo fin y pregonó la noticia a los cuatro vientos.

Más tarde, Ráicharan necesitó aguzar su injenio de mil maneras. Tenía, por ejemplo, que hacer de caballo, y ponerse las riendas entre los dientes y dar cabriolas con los pies. O bien hacía como peleaba con el niño, que era su amo; y si no se las arreglaba, con maña de luchador, para caer de espaldas derrotado al final de la lucha, era seguro que se armaba el gran escándalo.

Por entonces, Anukul fué trasladado a un distrito, orillas del Padma. Al pasar por Calcuta, compró a su hijo un andador, un corpiño de raso amarillo, un gorro bordado de oro y brazaletes y ajorcas, de oro también. Y Ráicharan le ponía todo esto a su niño cuando quiera que salían de paseo, con un orgullo ceremonioso.

Vino la época de las lluvias, y día tras día cayó el agua a torrentes. El río, como una serpiente jigantesca, se tragaba insaciable terrenos, aldeas y maíces, ahogando las más altas hierbas y las casuarinas de los arenales. De vez en cuando, un ruido profundo y sordo anunciaba que se habían hundido por alguna parte de las márjenes del río. El rujir incesante del agua engrosada se oía desde muy lejos, y las masas de espuma que pasaban veloces, decían a los ojos lo impetuoso de la corriente. Una tarde, aclaró un poco. El cielo estaba nublado, pero fresco y alegre. Y el pequeño déspota de Ráicharan no se resignaba a estarse encerrado con una tarde tan hermosa. Se metió Su Señoría en las andaderas, y Ráicharan, poniéndose entre las lanzas del tiro, lo fué llevando despacito hasta los arrozales de la orilla del Padma. Por los campos no había nadie, ni barca alguna en el agua. De la otra parte del río,

las nubes estaban rajadas en el ocaso, y el silencioso rito del sol poniente se manifestaba en todo su ardoroso esplendor. En medio de aquella inmensa quietud, el niño, de repente, señaló con un dedito y gritó: "¡Chan-na, pesiosa fo!"

Allí junto, en la marisma, había un gran árbol de kadamba, todo florido. Mi señor el niño lo miraba con ojos codiciosos, que Ráicharan sabía bien lo que estaban queriendo decir. Hacía poco tiempo, él le había hecho con estos mismos racimos de flor un carrito, y esto le dió tal felicidad a la criatura, que se estuvo todo un día arrastrándolo con una cuerda, sin obligar a Ráicharan a ponerse un solo instante las bridas, ascendido, en un punto de caballo a lacayo.

Pero Ráicharan no tenía aquella tarde ganas de meterse en fango hasta las rodillas para cojer las flores. Conque, de pronto, señaló en la dirección contraria, exclamando: "¡Ay, mira qué pajarito va ahí!" Y con todo género de ruidos extraños, arrastró, rápidamente, las andaderas lejos del árbol.

Un niño llamado a ser juez no puede engañarse tan fácilmente. Además, nada había en realidad en aquel momento que lo distrajera; y la mentira de un pájaro imajinario no puede sostenerse por largo tiempo.

El amito era voluntarioso, y Ráicharan no sabía ya qué hacer para disuadirlo. "Bueno", le dijo al fin, "estate quietecito aquí en el andador, que yo voy a cojerte esas flores tan preciosas. Pero ten cuidado ¿eh? no te vayas a acercar al agua."

Y diciendo esto se desnudó las piernas y se metió por el fangal brillante, camino del árbol.

En el mismo instante en que Ráicharan se fué, su amito salió a todo correr hacia el agua prohibida. El niño contempló el río, que corría presuroso, con fragor y espuma. Parecía como si las onditas desobedientes fueran huyendo también de algún Ráicharan más grande, con la risa de mil niños; y ante el espectáculo de su travesura, el corazón del niño humano se puso inquieto y ansioso. Se bajó cautelosamente de las andaderas y se fué con torpe andar hacia el río. Ya en la orilla, se inclinaba, y con un palito que había cojido, jugaba a pescar. Las traviesas hadas del río parecían invitarle con sus voces misteriosas a que entrara en su casa de juguetes.

Ráicharan, con un manojo de flores en su delantal, volvía todo sonriente. Llegó a las andaderas y no vió al niño. Miró a todas par-

tes. Todo estaba desierto. Volvió a mirar a las andaderas. Nada.

En aquel primer momento terrible, la sangre se le heló en las venas. El mundo todo jiraba ante sus ojos como una niebla oscura. De lo más hondo de su corazón partido, llamó lastimero: "¡Amo,! ¡Amo! ¡Amito!"

Ninguna voz le contestó: "Chan-na". Ningún niño se rió tras él, travieso. Ningún grito de infantil alegría le acojió a su vuelta. Sólo el río seguía corriendo, ruidoso y dilatado, como antes, como si no supiese nada, ni tuviera tiempo de reparar en un acontecimiento humano tan insignificante como la muerte de un niño.

Anochecía, y el ama de Ráicharan estaba desasosegada. Mandó hombres que buscaran por todas partes. Iban con linternas y llegaron a las mismas orillas del Padma. Allí encontraron a Ráicharan, corriendo enloquecido por los campos, como un vendaval y gritando desesperadamente: "¡Amo! ¡Amo! ¡Amito!"

Cuando al fin pudieron traerlo a casa, cayó prosternado a los pies de su señora. Lo sacudían, preguntándole ansiosos dónde había dejado al niño, pero lo único que dijo fué que no sabía nada.

Aunque todos pensaban que el Padma se

habría llevado al niño, una duda quedaba rondando en los pensamientos. Aquella tarde había sido vista por los alrededores de la aldea una cuadrilla de jitanos, y se sospechó de ellos. La madre llegó, en la locura de su dolor, a creer que el mismo Ráicharan hubiese secuestrado al niño. Lo llamó aparte, y con súplica desgarradora le decía: "¡Ráicharan, dame a mi niño! ¡Devuélveme a mi niño! ¡Yo te daré todo el dinero que tú quieras, pero devuélveme a mi niño!"

Ráicharan, por toda respuesta, se daba golpes en la frente. Su ama lo echó de la casa.

Anukul intentaba convencerla de que su sospecha era completamente injusta. "¿Qué en el mundo", dijo, "iba a hacerle cometer un crimen semejante?"

La madre no hacía más que decir: "¿Quién sabe? ¡Como el niño llevaba joyas de oro!"

Y no era posible hacerla razonar.

II

Ráicharan volvió a su aldea. Hasta entonces no había tenido hijos, y no le quedaba esperanza de tenerlos. Porque sucedió que an-

tes de un año su mujer dió a luz un niño, y murió.

Un resentimiento avasallador crecía en el corazón de Ráicharan ante el niño nuevo. Allá, en el fondo de su pensamiento, una amargada sospecha le decía que este niño había venido a usurpar el lugar del Amito. Pensaba también que sería una grave ofensa ser feliz con un hijo propio, después de lo ocurrido con el hijito de su amo. Si no hubiera sido por una hermana suya viuda que acojió como una madre al recién nacido, no hubiera éste vivido mucho tiempo.

Pero poco a poco fué cambiando Ráicharan de pensamiento. Ocurrió una cosa maravillosa. El niño nuevo empezó también a gatear de un lado a otro y a pasar el umbral con cara traviesa. También demostró una inventiva regocijadora escondiéndose en sitios seguros. Su voz, sus dejos de risa y llanto, sus gestos todos eran iguales a los del Amito. A veces, cuando Ráicharan lo oía llorar, el corazón le empezaba de pronto a golpear loco contra sus costillas; le parecía que su Amito antiguo estaba llorando en alguna parte de la tierra ignorada de la muerte, porque se había quedado sin su Chan-na.

Failna, que éste era el nombre que la hermana de Ráicharan dió al recién nacido, co-

menzó pronto a hablar, y aprendió a decir Pa-pa y Ma-ma con voz torpe. Cuando Ráicharan oyó estas palabras familiares, el misterio se le aclaró repentinamente. Su Amito no había podido librarse del hechizo de su Chan-na y renacía en su propia casa.

Las razones que Ráicharan se daba en favor de esta idea eran concluyentes. Primero: el niño nuevo nació poco después de la muerte de su Amito. Segundo: su mujer no era posible que hubiese contraído méritos suficientes para dar a luz un hijo en una edad ya marchita. Tercero: el nuevo niño andaba torpemente y gritaba Pa-pa y Ma-ma. ¿Qué otra señal faltaba para indicar que era el futuro juez?

Entonces Ráicharan recordó de repente la terrible acusación de la madre: "Sí", se dijo atónito, "a la madre no le engañaba su corazón. Ella sabía bien que yo había robado al niño". Al llegar a este extremo, le entró un gran remordimiento por su pasada negligencia, y desde entonces, se entregó en cuerpo y alma al recién nacido, convirtiéndose en su abnegado servidor. Comenzó a criarlo como si fuese hijo de rico; le compró unas andaderas, un corpiño de raso amarillo y un gorro bordado en oro; fundió las alhajas de oro de su mujer muerta y le hizo brazaletes y

ajorcas de oro; no dejaba que el niño jugara con los otros chiquillos de la vecindad, y era, día y noche, su único compañero. Cuando el niño fué muchacho, estaba tan echado a perder, tan mimoso, y se vestía con tales primores, que los chiquillos de la aldea le llamaban "El Señorito" y se burlaban de él. La gente mayor pensaba que Ráicharan estaba loco perdido por el niño.

Por fin, llegó el momento de que el niño fuese a la escuela. Ráicharan vendió una tierrecilla que tenía, y se fué a Calcuta. Allí, después de mucho buscar, consiguió trabajo y puso a Failna en la escuela. No perdonaba sacrificio para darle la más esmerada educación, la mejor ropa y la mejor comida. El se conformaba con un poquillo de arroz, y se decía: "Amo, Amito mío, como me querías tanto, volviste a mi casa, ¿verdad? ¡Nada te faltará, que yo tenga la culpa!

Pasaron doce años. El muchacho sabía ya leer y escribir perfectamente. Era alegre, sanote y bien parecido. Se extremaba en su persona y tenía un cuidado especial al hacerse la raya. Le gustaba derrochar y tener trajes caros; y podía gastar el dinero. No se acostumbraba a mirar a Ráicharan del todo como padre, pues aunque su cariño era paternal, tenía modales de criado. Ráicharan también

pecaba con ocultar a todo el mundo que él era el padre del niño.

Los estudiantes de la posada donde Failna era huésped, se divertían de lo lindo de las maneras rudas de Ráicharan; y hay que confesar que Failna, a espaldas de su padre, se les unía en las bromas. Pero en el fondo, todos querían a aquel viejo cándido y dulce, y Failna también, aunque, como he dicho antes, él lo quería con cierta condescendencia.

Ráicharan envejecía, y cada vez le encontraban más faltas a su trabajo. Se había estado matando de hambre por amor a su niño, y esto le debilitó tanto, que no podía cumplir con su obligación. Las cosas se le olvidaban. Estaba cada vez más torpe y más ledo. Y en donde ganaba, querían de él trabajo cumplido y no se ablandaban con excusas. El dinero que Ráicharan trajo de la venta de su tierra, se le había acabado. Y el muchacho regañaba constantemente por ropa y por dinero.

III

Ráicharan se determinó. Dejó su empleo, le dió algún dinero a Failna y le dijo: "Ten-

go que hacer en mi casa de la aldea. Volveré pronto."

Y se fué a Baráset, donde Anukul estaba de juez. La mujer de Anukul seguía aún abatida por el dolor, y no había vuelto a tener hijos.

Anukul descansaba, una tarde, de un largo y fatigoso día de tribunal. Su mujer estaba comprando a un mendigo curandero una hierba carísima, que él aseguraba que tenía la virtud de dar hijos. Alguien saludó en el patio, y Anukul salió a ver quién era. Era Ráicharan. El corazón de Anukul se ablandó viendo a su viejo criado; le hizo muchas preguntas y le dijo que se quedara de nuevo a su servicio.

Ráicharan sonrió levemente y contestó: "Querría saludar a mi señora."

Entró Anukul en la casa con Ráicharan, a quien la señora no acogió tan cordialmente como su antiguo amo. Pero Ráicharan no se molestó por ello y, juntando las manos, dijo: "¡No fué el Padma quien robó a tu hijo, sino yo!"

Anukul exclamó: "¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está el niño?"

Ráicharan dijo: "Está conmigo. Lo traeré pasado mañana."

Era domingo aquel día y no había juzga-

do. Marido y mujer se pusieron, impacientes en el camino, desde muy de mañana, esperando a Ráicharan. A las diez llegó Ráicharan con Failna de la mano.

La mujer de Anukul se sentó al niño en la falda, y sin preguntar nada, reía y lloraba tocándolo, llena de emoción; y lo besaba en el pelo y en la frente, comiéndoselo con los ojos. El muchacho era muy guapo y estaba vestido como el hijo de un caballero. Y el corazón de Anukul se desbordó en una explosión súbita de cariño.

Sin embargo, el juez le preguntó a Ráicharan: "¿Y qué pruebas tienes para decir lo que dices?"

Dijo Ráicharan: "¿Qué más pruebas quieres? ¡Dios sabe que yo robé a tu hijo y sólo Dios!"

Viendo el ansia con que su mujer abrazaba al muchacho, Anukul comprendió la inutilidad de las pruebas. ¡Cuánto más valía creer! Y la verdad era que ¿de dónde iba a sacar el viejo Ráicharan un muchacho como aquél? ¿Y para qué iba su fiel criado a engañarle?

Pero añadió severamente: "Ráicharan, tú no puedes quedarte aquí."

"¿Y a dónde voy yo ya, amo?", dijo Ráicharan ahogándose, suplicando con las ma-

nos. "¿Quién me va a querer ya tan viejo?"

La mujer dijo: "Déjalo que se quede. El niño estará contento y yo le perdono."

Pero la conciencia profesional de Anukul no lo permitía. "No", dijo, "no puede ser perdonado".

Ráicharan se echó al suelo y se abrazó a los pies de Anukul. "¡Amo!", gritó, "déjame que me quede, que no fuí yo quien lo hizo, sino Dios!"

Esto nubló más el entendimiento de Anukul. ¡Echar la culpa a Dios!

"¡No!", repitió. "¡No puedo permitirlo!" ¡Ya no podría tener confianza en ti! ¡Tú has cometido una traición!"

Ráicharan se levantó y dijo: "No fuí yo."

"¿Pues quién fué entonces?", preguntó Anukul.

Replicó Ráicharan: "Mi destino."

Pero un hombre de carrera no podía aceptar tal excusa, y Anukul no cedía.

Cuando Failna vió que era hijo de un juez rico y no de Ráicharan, se enfadó, al principio, pensando en el tiempo que había estado despojado de su patrimonio; pero viendo la amargura de Ráicharan, dijo generosamente a su padre: "Padre, perdónalo. Si no quieres, que no se quede con nosotros; pero pásale alguna cosilla para que viva."

Oyendo esto, Ráicharan no replicó ya. Miró por última vez la cara de su hijo, y saludó reverente a sus antiguos amos. Luego salió y se perdió entre la muchedumbre inumerable del mundo.

A fin de mes, Anukul le mandó algún dinero a la aldea. Pero el dinero vino devuelto. No había nadie allí que se llamara Ráicharan.

6
EL REINO DE LAS CARTAS

I

UNA vez existió, en un mar lejano, una isla solitaria, donde vivían los Reyes y las Reinas, los Ases y las Sotas; el Reino de las Cartas. Los Dieces y los Nueves, los Doses y los Treses y todos los demás miembros de la baraja, también se habían afincado allí hacía tiempo. Pero esta jente no era tan bien nacida como las famosas Cartas Cortesanas.

El As, el Rey y la Sota representaban las tres castas principales; la cuarta casta estaba compuesta de una mezcla de las Cartas Menores. Los más bajos de todos eran los Doses y los Treses, y jamás se permitía a estas Cartas ínfimas sentarse en la misma fila de las Cartas Grandes.

Los códigos y los reglamentos de aquel Reino isleño eran, en verdad, maravillosos. El rango propio de cada individuo había sido de-

cidido desde tiempo inmemorial. Cada uno trabajaba en lo que le estaba encomendado y nada más. Una mano invisible parecía estarles rijiendo dondequiera que fuesen, de acuerdo con las Leyes.

Nadie, en este Reino de las Cartas, tenía ocasión de pensar; nadie necesitaba decidir cosa alguna; nadie era llamado a discutir ningún nuevo asunto. Los ciudadanos se movían como tornillos, indiferentes y mudos. Si caían, no hacían ruido, y se quedaban de espaldas mirando al cielo, con las serias facciones firmemente fijas para siempre.

Una paz estraordinaria reinaba en el Reino de las Cartas. La satisfacción y la alegría eran completas en toda su redondez. Jamás había el menor tumulto, ni la más lijera violencia. Nadie se escitaba y nadie se entusiasmaba.

El mar inmenso, con un interminable arrullo melodioso, acariciaba la Isla y la adormía al infinito roce suave de las manos blancas de las olas. El vasto cielo, como con las azules alas abiertas de la madre en el nido, cubría la Isla de suaves plumas. En el lejano horizonte, una oscura raya azul señalaba otra tierra; pero a la Isla de las Cartas ningún eco de disputa o lucha podía llegar que interrumpiera el bien de su reposo.

II

En la lejana tierra estraña del otro lado del mar, vivía un Joven Príncipe, hijo de una Reina Pesarosa. La Reina había caído en el disfavor y vivía, sola con su hijo único, en la costa. El Príncipe pasó su infancia en soledad y abandono, tejiendo, sentado con su madre solitaria, la red de sus deseos infinitos. Ansiaba salir en busca del Caballo Alado, de la Joya del Capuchón de la Serpiente, de la Rosa del Cielo, de los Caminos Encantados; salvar la Princesa Bella que dormía en el Castillo del Ogro, más allá de los trece ríos y de los siete mares.

El Hijo del Mercader le había contado al Príncipe, en el colejio, historias de países distantes. El Hijo del Gobernador, las aventuras de los Dos Jenios de la Lámpara. Y cuando caía la lluvia resonante y las nubes cegaban el cielo, el Príncipe se sentaba en el umbral, mirando al mar, y decía a su madre Pesarosa: "¡Madre, cuénteme un cuento de algún país lejano!"

Su madre se ponía a contarle un cuento sin fin que había oído en su niñez, de un maravilloso país más allá del mar, donde vivía

la Princesa Bella. Y el corazón se le enfermaba de nostaljia al Joven Príncipe, sentado en el umbral de su puerta, mirando al mar, mientras la lluvia caía fuera resonante y las nubes negras cubrían el cielo.

Un día, el Hijo del Mercader vino a ver al Príncipe, y le dijo decidido: "Vengo a despedirme de ti, amigo. Mis estudios han terminado, y me voy de viaje a buscar fortuna más allá del mar."

Le dijo el Príncipe: "Yo me voy contigo."

El Hijo del Gobernador dijo también: "Leales y verdaderos amigos, yo no quiero quedarme solo. También yo me voy con vosotros."

Y el Joven Príncipe dijo a su madre Pesarosa: "Madre, me voy de viaje a buscar fortuna. Estoy seguro de que cuando vuelva, se ha de acabar tu pena."

Y los Tres Amigos se fueron juntos. En el puerto esperaban anclados los doce barcos del Mercader, y los Tres Amigos subieron a bordo. Soplaba el viento sur, y los doce barcos se hicieron a la vela, lijeros como los afanes del pecho del Príncipe.

En la Isla de las Conchas llenaron un barco de conchas; en la Isla de la Madera de Sándalo, llenaron otro barco de madera de sándalo, y en la Isla del Coral, llenaron otro barco de coral.

Pasaron cuatro años navegando, y llenaron cuatro barcos más: uno de marfil, otro de almizcle, otro de clavo y otro de nuez moscada.

Pero cuando los barcos estuvieron todos cargados, se levantó una terrible tempestad, y se hundieron con su clavo, su nuez moscada, su almizcle y su marfil, con su coral, su madera de sándalo y sus conchas. El barco que llevaba a los Tres Amigos encalló en una isla, los arrojó, sanos y salvos, a la playa y se despedazó en las rocas.

La isla era la famosa Isla de las Cartas, donde vivían el As, el Rey, la Reina y la Sota, los Nueves y los Dieces y todas las demás, de acuerdo con las Leyes.

III

Hasta aquel momento, nada había turbado la paz de la Isla. Nada nuevo había nunca ocurrido; nunca cosa alguna había sido discutida.

Y de repente, los Tres Amigos aparecieron, arrojados por el mar, y comenzó la Gran Disputa.

Los puntos principales de la discusión eran tres. Primero: ¿a qué casta pertenecían los

tres extranjeros no clasificados? ¿Estaba su rango entre las Cartas Cortesanas, o era jente de poco más o menos, que debía estar entre los Nueves y los Dieces? No podía citarse precedente alguno que decidiera la grave cuestión.

En segundo lugar: ¿de qué raza eran? ¿Rojos y brillantes como los Corazones, o morenos como los Bastos? Sobre este punto la disputa se hizo interminable. Como que todo el sistema matrimonial de la Isla, con sus complicados reglamentos, dependía de su solución.

Y tercero: ¿qué comerían? ¿Con quiénes habían de vivir y dormir? Y sus cabezas, ¿deberían mirar al sudoeste, al noroeste, o sólo al noreste? Jamás en la Isla de las Cartas se habían suscitado una serie de problemas de tan vital y crítico interés.

Pero los Tres Amigos se morían de hambre; y fuese todo aquello lo que fuese, era preciso que comieran. Conque mientras se celebraba el debate, con sus interminables pausas y silencios, mientras los Ases convocaban su propia Asamblea y nombraban Comité para ver de hallar alguna clave arcaica que resolviera el conflicto, los Tres Amigos se comían lo que encontraban a mano, bebían de todos los vasos y quebrantaban todas las Leyes.

Hasta los Doses y los Treses estaban escandalizados de su incalificable conducta. Decían

los Treses: "Hermanos Doses, ¡valiente jentecilla tan desvergonzada!" Y los Doses: "¡No hay duda de que son de una casta aún más baja que la nuestra, hermanos Treses!"

Cuando se cansaron de comer los Tres Amigos, decidieron dar un paseíto por la ciudad.

Viendo aquella jente cachazuda que iba y venía en triste procesión, con caras rectas y solemnes, el Príncipe se volvió al Hijo del Mercader y al Hijo del Gobernador, echó la cabeza atrás, y soltó una estupenda carcajada.

Calle Real abajo, por la Plaza de los Ases y el Terraplén de las Sotas, aquella estraña y nunca oída risa vibradora lo estremeció todo, hasta que asustada de sí misma, espiró en el vasto caos del silencio.

El Hijo del Gobernador y el Hijo del Mercader se sentían helados hasta los huesos de aquel mutismo espectral que les rodeaba, y le dijeron al Príncipe: "Compañerito, vámonos de aquí. No debemos seguir un momento más en esta horrible tierra de fantasmas."

Pero el Príncipe replicó: "Estos seres parecen hombres; de modo, Compañeros, que voy a sacudirlos y a volverlos de dentro a fuera, a ver si les queda una gotita de sangre viva y caliente en sus venas.

IV

Los días se iban pasando, y ni una onda turbaba la plácida existencia de la Isla. Los Tres Amigos no hacían caso de ley ni reglamento alguno. Nunca se portaban correctamente al sentarse ni al ponerse en pie, ni al dar la vuelta, ni al caerse de espaldas. Por el contrario, si veían que estas cosas se llevaban a cabo rigurosa y seriamente, de acuerdo con las Leyes, se echaban a reír con estrépito. La eterna seriedad de los códigos eternos les dejaba perfectamente impertérritos.

Un día, las grandes Cartas Cortesanas vinieron a ver al Hijo del Gobernador, al Hijo del Mercader y al Príncipe. "¿Por qué?", les preguntaron despaciosas, "no os conducís de acuerdo con las Leyes?"

Los Tres Amigos respondieron: "Porque no nos da la Real Gana."

Las Grandes Cartas Cortesanas, con hueca voz cavernosa, que parecía salir lentamente de un sueño milenario, dijeron a la vez: "¡Real Gana! ¿Y quién es Real Gana?"

No podían comprender entonces quién era Real Gana, pero toda la Isla había de comprenderlo luego.

La primera chispa de luz les alumbró el entendimiento cuando descubrieron, a fuerza de observar las acciones del Príncipe, que él se movía en una línea recta perfectamente opuesta a aquella en que ellas se habían siempre movido. Luego vino un descubrimiento, que les llenó de sobresalto, y fué que vieron que las Cartas tenían revés, cosa en que nunca antes habían reparado. Y con esto empezó todo a cambiar.

Una vez comenzado el cambio, los Tres Amigos pudieron ya iniciarles más profundamente en los misterios de la Real Gana. Poco a poco se iban dando cuenta las Cartas de que la vida no estaba atada a regla alguna, y empezaron a sentir una íntima satisfacción con el rejio poder de escojer por sí mismas.

Pero a este primer choque con la Real Gana, las Cartas se tambalearon lentamente, hasta que toda la Baraja vino al suelo. Era algo así como si un pitón jigantesco fuese despertando, todo estremecido, de un largo sueño, en un lento desenredarse de sus vueltas infinitas.

V

Hasta aquel día, las Reinas de Espadas y de Bastos, de Diamantes y de Corazones, ha-

bían estado entre cortinas, con sus ojos ausentes errantes por el espacio o clavados en el suelo.

De repente, una tarde de primavera, la Reina de Corazones, que estaba en el balcón, levantó un momento sus ojos negros del suelo y miró rápidamente al Príncipe por el rabillo.

"¡Gracias a Dios!", exclamó el Príncipe; "¡creía que eran todas estampas pintadas! ¡Ya veo que me equivocaba y que se trata de mujeres!"

Y el joven Príncipe llamó a sus dos Amigos y les dijo pensativo: "Amigos, no me había dado cuenta de lo encantadoras que son estas Damas. Cuando los luminosos ojos negros de la Reina me miraron, creí ver, en el brillo de su nueva emoción, el primer rayo suave de la aurora en un mundo nuevo."

Los dos Amigos sonrieron comprendiendo: "¿De veras, Príncipe?"

Y la pobre Reina de Corazones fué desde aquel día de mal en peor. Olvidaba todas las Leyes de la manera más escandalosa. Si le correspondía en la fila ponerse al lado de la Sota, por ejemplo, sin que nadie supiera cómo, se la encontraba de pronto al lado del Príncipe. La Sota, con cara inmóvil y grave, le decía: "Reina, te has equivocado."

Y las mejillas coloradas de la pobre Reina

de Corazones se ponían más coloradas todavía. El Príncipe acudía galantemente en su socorro: "No, no hay tal equivocación. Desde hoy, yo voy a ser Sota."

Bueno; pues ocurrió que mientras cada uno se ocupaba en correjir las faltas de la culpable Reina de Corazones, todos comenzaron a equivocarse. Los Ases se vieron echados a codazos por los Reyes; los Reyes se confundían con las Sotas; los Dieces y los Nueves se daban aires de grandes Cartas Cortesanas; los Doses y los Treses fueron sorprendidos usurpando ladinamente el lugar de los Cuatros y de los Cincos. Nunca el enredo había estado antes tan enredado.

Las primaveras se habían sucedido en la Isla de las Cartas. El cuco, pájaro de la estación florida, gorjeó su trino año tras año, pero nunca había removido la sangre como ahora. Antiguamente el mar cantaba con infatigable melodía, pero sólo entonces proclamó el inflexible aburrimiento de la Ley. Y sus olas se pusieron repentinamente a cantar con toda su luz centelleante, con toda su luciente sombra, con su voz innumerable, los más profundos anhelos del corazón del amor.

VI

¿Dónde se fueron las caras redondas, inmóviles, exactas, complacientes? Ved esos ojos, radiantes del ansia del mal de amores; ved ese corazón, que late loco de pena; ved esa frente nublada de dudas. Músicas, suspiros, sonrisas y lágrimas llenan el aire. Está palpitando la vida, se están abriendo los corazones, las pasiones inflamándose.

Todos se ocupan ahora en parecer bien, y se comparan con los otros. El As de Bastos piensa, para su capote, que puede que el Rey de Espadas sea guapo. "Pero", sigue, "cuando yo voy por la calle, no hay ojos que no me miren." El Rey de Espadas dice: "¿Qué tendrá ese endemoniado As de Bastos, que no hace más que estirar el cuello y fanfarronearse arriba y abajo como un pavo real? ¿Se creerá que todas las Reinas se mueren por él? Yo, en cambio..." Y se para y se mira la cara en el espejo.

Pero las peores eran las Reinas. No pensaban más que en vestirse tan bien como las Nueves, que, en su comparación, se quedaban convertidas en unas abyectas y desesperadas

esclavas. Y las envidias e inquinas entre ellas mismas, eran más chocantes todavía.

Los jóvenes se sentaban distraídos sobre las hojas, y holgaban, estirándose, a la sombra de los árboles del bosque. Y las jóvenes, vestidas de celeste, se encontraban casualmente en las mismas sombras de los mismos árboles del mismo bosque. Y sus ojos se distraían como si a nadie vieran por allí, y para hacer creer que ningún motivo les había hecho venir. Solía suceder que un muchacho, más atrevido que los otros, osaba acercarse en un rapto de locura, a una doncella de las celestes. Pero, al acercarse, se le trababa la lengua y allí se quedaba, de pie, como un santo, sin decir nada. Y se pasaba el momento favorable.

Los cucos cantaban en lo alto de las ramas. El viento juguetón del sur alborotaba los cabellos, suspiraba en los oídos y encendía la música de la sangre. Las hojas de los árboles se rozaban con rumoroso deleite. Y el ruido incesante del mar mecía las mudas ansias de los corazones de hombres y mujeres, como en una marejada de la primavera del amor.

Los Tres Amigos habían colmado los secos cauces del Reino de las Cartas con la pleamar de una vida nueva.

VII

Aunque la marea era alta, todo permanecía estático, como si las aguas que subían no hubiesen de romper en espuma, sino quedarse suspensas para siempre. No se hablaba con resolución; sólo un cauteloso adelantar un paso y retroceder dos. Todos parecían estar atareados en amontonar sus deseos no satisfechos, como castillos en el aire, o torres de arena. Andaban todos pálidos y mudos, con ojos ardientes, con labios trémulos de secretos.

El Príncipe comprendió que aquello no podía durar. Llamó a todos los habitantes de la Isla: "Traed las flautas y los platillos, los tambores y las gaitas, y tocad todos a un tiempo, y atronadlo todo con vuestra locura. Porque la Reina de Corazones va esta noche a escojer compañero."

Los Dieces y los Nueves comenzaron, pues, a tocar gaitas y caramillos; los Ochos y los Sietes, trompas y guitarras, y los Doses y los Treses se pusieron a alborotar, ebrios con sus tambores.

La racha desordenada de aquella música barrió como un ciclón todos los suspiros y los tristores. ¡Qué torrente de risas y palabras

derramó! Hubo declaraciones atrevidas y negativas burlonas, chismorreo y bromas y despropósitos. Era como el abrirse y cerrarse, como el brillar y el cantar de millones de hojas y de ramas en lo más hondo de una selva virjen, a una ventolina del verano.

La Reina de Corazones, vestida de grana como una rosa, estaba sentada silenciosamente en su secreto tocador, oyendo la algarabía de la música y de la fiesta, que le llegaba en el viento. Cerró sus ojos y tuvo un sueño de amor. Y al abrirlos vió que el Príncipe estaba en el suelo ante ella, levantando los ojos a su cara. Ella se tapó sus ojos con las manos y se encojió temblorosa y aturdida, loca por dentro de alegría.

El Príncipe pasó aquel día paseando solo, orilla del mar alborotado. No se le caía del pensamiento aquella mirada de sobresalto de la Reina, aquel encojimiento tímido; y su corazón latía descompasadamente de esperanza.

Por la noche, toda la juventud, risueña y alegremente vestida, esperaba en filas apretadas a las puertas del palacio. El salón del trono estaba iluminado con lámparas májicas y festoneado de flores de primavera. La Reina de Corazones entró despacio, y todos se levantaban para saludarla. Con una guirnalda de jazmines en la mano, se detuvo ante el Prín-

cipe, bajos los ojos. En su humilde cortedad, apenas podía levantar la guirnalda al cuello del Amigo que ella había elegido; pero el Príncipe bajó la cabeza y la guirnalda cayó sola en su sitio. Toda la juventud había esperado con impaciencia silenciosa la elección de la Reina, y cuando la elección estuvo hecha, la concurrencia se ajitó en un tumulto de júbilo. Y la algazara era tal, que se oía en toda la Isla y hasta en los barcos que iban por el mar. Nunca se había levantado semejante gritería en el Reino de las Cartas.

Y llevaron al Príncipe y a su novia al trono, y los sentaron, y los coronaron como Reyes de la antigua Isla de las Cartas.

La Reina Pesarosa de la isla lejana del otro lado del mar, vino al Reino de su hijo, en un barco colgado de oro. Y los ciudadanos ya no viven allí de acuerdo con las Leyes, sino que son buenos o malos, o las dos cosas a la vez, según les da la Real Gana.

Para no alterar el cuento, ha sido necesario conservar a las Cartas los nombres de la baraja inglesa. *N. de la T.*

7
LA DEVOTA

I

EN una época en que mi impopularidad con una parte de mis lectores había llegado al nadir de su gloria, y mi nombre se había convertido en el sol de los periódicos, que jiraban en torno de él por el espacio, en una perpetua rotación de oprobio, sentí necesidad de retirarme a algún lugar tranquilo y de olvidar mi propia existencia.

Tengo una casa de campo a algunas leguas de Calcuta, donde puedo esconderme sin que me molesten. Aquella jente no ha formulado todavía conclusiones en cuanto a mí. Saben que no voy a holgar, ni tras los placeres, porque nunca ultrajo el silencio de la noche aldeana con los ruidos disipados de la ciudad. Tampoco me miran como un asceta, pues en lo poco que de mí conocen, entrevén no sé qué comodidad; ni como un viajero, que aunque

soy por naturaleza vagabundo, mis correrías por los campos son sin objeto. Ni siquiera saben con seguridad si estoy casado o no, porque nunca me han visto con mis hijos. De modo, que como no pueden clasificarme en ninguna especie animal o vejetal de las que conocen, me han dejado, hace tiempo, solo y en paz.

Pero hace poco he sabido que hay en la aldea una persona que está profundamente interesada por mí. Nos conocimos en una tarde bochornosa de julio. Había llovido toda la mañana, y el aire estaba mojado todavía y pesado de niebla, como los ojos después del llanto.

Yo estaba echado perezosamente, mirando una vaca pintada que pacía en la ladera del río. El sol de la tarde jugaba con su pelo reluciente, y la sencilla hermosura de este vestido de luz me hacía maravillarme, en mi indolencia, del deliberado malgastar el dinero del hombre que monta talleres de sastrería para privar a su propia piel de su natural vestidura.

Mientras yo miraba y musitaba indolente, vino una mujer de mediana edad y se postró ante mí, tocando el suelo con su frente. Traía en su vestido varios ramos de flores, uno de los cuales me ofreció juntando las manos. Y al

dármelo me dijo: "Esta es una ofrenda a mi Dios."

Se fué. Yo me había quedado tan sorprendido de oírla, que apenas pude darme cuenta de cómo era. El suceso fué bien sencillo, pero dejó una profunda huella en mi alma; y al volver de nuevo a mirar la vaca de la ladera, que mascaba la suculenta hierba y respiraba hondo, su goce de la vida me pareció lleno de misterio. Los lectores pueden reírse de esta tontería; pero lo cierto es que mi corazón se había llenado de recojimiento, y adoré la pura alegría de vivir, que es la vida misma de Dios. Y arranqué un tierno retoño de un mango, y se lo di a comer a la vaca en mi mano, seguro y satisfecho de haber complacido a Dios.

Al año siguiente, volví a la aldea en febrero. El invierno se rezagaba, y yo agradecía al sol de la mañana el calor que me daba entrando en mi cuarto. Estaba yo escribiendo, cuando mi criada vino a decirme que una devota del culto de Vishnu deseaba verme. Le dije distraído que subiera, y seguí escribiendo. La Devota entró y me saludó tocando mis pies. Y vi que era la misma mujer que había conocido, un breve momento, el año antes.

Pude verla mejor. Había pasado ya de la

edad en que uno pregunta si una mujer es hermosa.

Su estatura era mayor que la corriente y fuerte su cuerpo, aunque algo encorvada por su constante actitud veneradora. No era nada tímida, y lo más llamativo de sus facciones eran sus ojos que parecían tener un magnetismo que acercaban lo lejano. Y al entrar, parecía empujarme con sus grandes ojos.

"¿Qué es esto?", preguntó. "¿Por qué me has traído ante tu trono? Yo te quería entre los árboles. Allí estabas mucho mejor, y aquel era el verdadero lugar para encontrarte."

Ella debía haberme visto pasear, sin que yo la viese, por el jardín; pero últimamente yo me había resfriado y no había podido salir. Y por fuerza tenía que quedarme en casa y hacer mi homenaje al ocaso desde la azotea. Después de un silencio, la Devota me dijo: "¡Dime algunas palabras buenas, Dios mío!"

Yo no estaba preparado para esta súbita petición, y le contesté: "Ni doy ni recibo palabras buenas. Me basta abrir los ojos y mirar en silencio, y así puedo, a la vez, oír y ver, aunque nada se diga. Te estoy mirando y es lo mismo que si te oyera."

La Devota se puso muy excitada mientras yo le hablaba, y exclamó: "Dios me habla, no sólo con su boca, sino con todo su cuerpo."

Le dije: "Cuando callo, oigo con todo mi cuerpo. Me he venido de Calcuta para escuchar esta voz."

La Devota siguió: "Sí, lo sé, y por eso vengo a sentarme a tu lado."

Antes de despedirse, volvió a saludarme tocando mis pies. Pude ver que estaba apenadísima porque mis pies no estaban desnudos. Ella hubiese querido que lo estuvieran.

A la mañana siguiente, salí temprano y me senté en mi azotea. Sobre la arboleda, hacia el sur, se veía el campo llano, desolado y frío. El sol se alzaba sobre el cañaveral de levante, tras los árboles de la aldea. El camino salía, de pronto, de la sombra profunda de la arboleda negra; iba serpenteando de aldea en aldea, por el horizonte lejano, y se perdía luego en la niebla gris.

Aquella mañana era difícil decir si el sol se había levantado. Una bruma blanca se enredaba aún a la copa de los árboles. Y vi a la Devota caminando por la borrosa aurora, como un fantasma de niebla del crepúsculo matutino, cantando a su Dios al son de sus platillos.

La niebla espesa se levantaba, y el sol, como un abuelo bondadoso de la aldea, se vino a sentar entre el trabajo que comenzaba en casas y campos.

Me había yo sentado ante mi mesa a ver

si acallaba a mi insaciable editor de Calcuta, cuando oí ruido de pasos en la escalera. La Devota, canturreando bajo, como para sí misma, entró y se inclinó ante mí. Yo alcé mi cabeza de mis papeles.

Me dijo: "Dios mío, ayer tomé como alimento sagrado las sobras de tu comida."

Le pregunté sobresaltado por qué había hecho eso.

Me respondió: "Esperé a tu puerta, al anochecer, mientras cenabas, y cuando se llevaban tu plato, cojí una poca de comida."

Me sorprendí de lo que decía porque todos sabían en la aldea que yo había estado en Europa y había comido con europeos. Yo era, sin duda alguna, vejetariano; pero la santidad de mi cocinero no quedaría muy bien parada en una investigación, y los ortodoxos consideraban mi comida impura. La Devota, notando mi sorpresa, exclamó: "¿Y a qué iba yo a venir para nada, Dios mío, si no pudiese comer lo que tú comes?"

Le pregunté qué dirían los de su misma casta. Me contestó que ya había publicado la noticia por toda la aldea; que los de su casta habían movido un poco la cabeza, pero convenían en que ella debía seguir su propio camino.

Averigüé que la Devota venía de una bue-

na familia del país, y que su madre, que estaba desahogada, quería tener en su casa a su hija, pero que ella prefería ser mendiga. Le pregunté cómo se ganaba la vida, y me dijo que sus creyentes le dejaban un pedazo de tierra y que su comida la mendigaba de puerta en puerta. "La comida que yo gano pidiendo", añadió, "es divina".

Pensando yo lo que dijo, comprendí lo que quería decir: que cuando conseguimos alimento difícil, como limosna, recordamos que su dador es Dios; pero que cuando lo recibimos regularmente en nuestra casa, como cosa natural, estamos inclinados a considerarlo como derecho nuestro.

Yo tenía muchas ganas de preguntarle por su marido; pero como ella no lo nombró nunca, ni siquiera indirectamente, no le pregunté.

Supe también que la Devota no tenía ningún respeto por la parte de la aldea donde vivía la jente de castas nobles. "Nunca dan" dijo, "un céntimo para el servicio de Dios, y, sin embargo, tienen casi todo el campo de Dios. Los pobres, en cambio, lo adoran y se mueren de hambre."

Le pregunté por qué no se iba a vivir entre esa jente descreída para ayudarles a una vida mejor. "Eso", le dije con cierta unción, "sería la forma más alta de adoración divina".

Yo he oído sermones así, de vez en cuando, y me gusta un poco repetirlos para beneficio público cuando la ocasión se me presenta.

A la Devota no le hizo aquello la menor impresión. Levantó sus grandes ojos redondos a los míos, y mirándome fijamente, dijo: "Quieres decir que puesto que Dios está entre los pecadores, cuando sirves a ellos sirves a Dios, ¿no?"

"Sí", contesté, "eso es".

"Es claro", añadió ella un poco impaciente, "que Dios está con ellos, si no, ¿cómo sería posible que ellos siguieran viviendo? Pero ¿qué me importa eso a mí? Mi Dios no está con ellos, ni puedo yo adorarlo entre ellos, porque yo no lo encuentro allí. Yo lo busco donde puedo encontrarlo."

Mientras hablaba, me hacía reverencia. Lo que en realidad quería decir era esto: la doctrina de la omnipresencia de Dios no nos sirve, sola, para nada. Que Dios está en todas partes, es una verdad abstracta e intanjible, y, por tanto, irreal para nosotros. Donde lo vemos, allí es donde está en realidad para nuestra alma.

No necesito decir que ella, al envolverme en su devoción, no lo hacía conmigo como individuo. Yo no era para ella más que un vehículo de su adoración divina, y no podía yo

aceptarla o rechazarla, pues esto no era mío, sino de Dios.

Cuando volvió la Devota, me encontró de nuevo entretenido con mis libros y papeles.

"¿Qué estabas haciendo?", me dijo visiblemente malhumorada. "¿Es posible que mi Dios te obligue a esos viles trabajos? ¡Siempre que vengo has de estar leyendo o escribiendo!"

"Dios emplea a su gente inútil", le respondí, "que de otro modo caería forzosamente en el mal; y tenemos que hacer las cosas menos necesarias de la vida, para evitar que algo malo nos suceda."

La Devota me dijo que no podía soportar los obstáculos que diariamente encontraba a mi alrededor. Si ella quería verme, mis criados no la permitían subir en el acto. Si me quería tocar los pies en el culto, siempre se lo estorbaban mis calcetines. Y cuando anhelaba tener una sencilla conversación conmigo, se encontraba perdido mi pensamiento en un páramo de cartas.

Esta vez, antes de dejarme, unió sus manos y me dijo: "Dios mío, esta mañana he sentido tus pies en mi pecho. ¡Qué frescos estaban desnudos! Los tuve largo rato sobre mi cabeza, en adoración, y esto me colmó todo el ser. Y después de eso, ¿quieres decirme de qué sirve que yo venga a ti mismo? ¿Por qué vine?

¡Dímelo de veras, Dios mío! ¿Fué sólo por embelesamiento?"

Yo tenía esa mañana unas flores en el florero de mi mesa, y mientras ella estaba conmigo, entró el jardinero a cambiarlas por otras más frescas. La Devota miró lo que hacía. "¿Ya", exclamó, "ya no quieres esas flores? ¡Pues dámelas a mí!"

Puso enternecida las flores en el hueco de sus manos, y las miraba largamente, inclinando su cabeza a ellas. Después de un momento de silencio, la levantó y me dijo: "Tú no miras nunca estas flores, y por eso se pasan para ti. Si tú las miraras bien adentro, tu leer y tu escribir se irían en el viento."

Ató las flores en el extremo de su vestido y se las puso en actitud de adoración en su cabeza, diciendo reverente: "¡Déjame llevarme conmigo a mi Dios!"

Mientras ella hacía esto, yo estaba pensando que las flores no reciben en nuestras casas la debida recompensa enamorada de nuestras manos. En los floreros, son como niños malos que han sido castigados a estar de pie en sus bancas.

La Devota vino otra vez aquella misma tarde, y se sentó a mis pies en la azotea. "Esta mañana" dijo, "regalé las flores de puerta en puerta, cantando el nombre de Dios. Beni, el

jefe de la aldea, se echó a reír de mi devoción, y me dijo: "¿A qué malgastas tanta devoción en él? ¿No sabes que se reniega de él en todo el país? ¿Es verdad eso, Dios mío? ¿Es verdad que son malos contigo?"

Por un instante me sentí sobrecojido. Fué una impresión súbita, de pensar que las manchas de tinta de imprenta podían llegar tan lejos.

La Devota siguió: "Beni creía que iba a apagar la llama de mi devoción. Pero esto no es una llamita, sino un incendio. ¿Y por qué te maldicen, Dios mío?"

Le dije: "Porque lo merezco. Yo soy un codicioso, y me paso las horas entretenido en robar en secreto los corazones de la jente."

La Devota dijo: "Y ya ves por ti mismo qué poco valen esos corazones. Los tienen llenos de veneno. Esto te curará de tu codicia."

"Cuando un hombre", contesté, "es de corazón codicioso, siempre está espuesto a ser vencido. Su misma codicia abastece de veneno a sus enemigos."

"Nuestro Dios misericordioso", replicó ella, "nos echa fuera el veneno, con los azotes de su propia mano; y el que sufre los azotes de Dios hasta el fin, se salva."

II

Aquel anochecer, la Devota me contó la historia de su vida. Mientras la contaba, las estrellas de la tarde salieron y se pusieron detrás de los árboles.

"Mi marido es un hombre muy sencillo. Algunos creen que es tonto, pero yo entiendo que la jente que escucha con sencillez es la que comprende la verdad. El llevaba bien casa y negocios. Como sus necesidades eran escasas y sus gustos pocos, podía arreglárselas, con cuidado, con lo que tenía. Nunca se mezclaba en otros asuntos, ni trataba de entenderlos.

"Sus padres se murieron a poco de casarnos, y nos quedamos solos. Pero mi marido necesitaba que alguien estuviera siempre por encima de él. Me da vergüenza confesar que tenía por mí no sé qué reverencia y que me consideraba superior. Pero yo estoy segura de que él puede comprenderlo todo mejor que yo, aunque yo tenga más conversación.

"El reverenciaba sobre todos a su Gurú Takur *; y no sólo lo reverenciaba, sino que lo amaba. Y amor como el suyo no se ve mucho. Guru Takur era más joven que mi marido y ¡tan hermoso!

* Padre espiritual.

"Mi marido había jugado con él, de niños, y desde entonces le había entregado su corazón y su vida. Takur sabía lo injenuo que era, y se burlaba de él sin compasión. Y él y sus otros compañeros le hacían, por divertirse, jugarretas que mi marido sobrellevaba con gran paciencia.

"Cuando yo me casé, Guru Takur estaba estudiando en Benares, y mi marido pagaba todos sus gastos. Cuando él volvió a nuestra aldea, tenía ya dieciocho años.

"A los quince años, yo había tenido un hijo. Como era yo tan joven, no sabía cuidarlo. Me gustaba el chismorreo y me pasaba horas y horas perdidas con mis amigas de la aldea. Si tenía necesidad de quedarme en casa para cuidar del niño, ¡me ponía de un mal humor! ¡Ay, vino mi Dios a mi vida, pero yo no le tenía preparados sus juguetes! ¡Vino al corazón de la madre, pero el corazón de la madre se escondía! ¡Y me dejó, enfadado, y desde entonces lo busco por todo el mundo!

"El niño era la alegría de su padre, a quien mi abandono y mi olvido le daban verdadera pena; pero su alma era silenciosa, y nunca pudo dar espresión a su dolor.

"Lo maravilloso era que, a pesar de mi neglijencia, el niño me quería más que a nadie. Parecía temer que un día me fuera y lo dejase,

y aun cuando yo estuviese a su lado, me vijilaba con una mirada inquieta. Como yo estaba tan poco con él, su deseo de tenerme era un doloroso afán. Cuando yo me iba, cada día, al río, él se ajitaba y me tendía sus bracitos para que me lo llevase conmigo.

"Pero la casa de los baños era mi sitio de tertulia con mis amigas, y a mí me fastidiaba cargar con la criatura.

"Fué una mañana de los primeros días de agosto. Un paño de nubes había cubierto el mediodía, vuelta tras vuelta, en su mojada vestidura ceñida. Dije a la criada que cuidase del niño, y yo bajé al río. El niño gritó tras de mí cuando me iba.

"En la casa de baños aun no había nadie. Yo era la mejor nadadora de la aldea, y me fuí nadando hasta la mitad del río, que venía muy lleno con las lluvias, a alguna distancia de la orilla.

"Oí gritar desde tierra: "¡Madre!" Volví la cabeza y vi a mi niño que bajaba la escalerilla llamándome. Le grité que no se moviera, pero él no hizo caso, y seguía, riendo y llamando. Mis pies y mis manos se contraían en mi espanto. Cerré los ojos horrorizada para no ver más. Cuando los abrí, en las escaleras resbaladizas, la risa de mi niño se había desvanecido ya para siempre.

"Alcancé la orilla. Levanté del agua en mis brazos al niño, al niño de mi alma, que tantas veces me había pedido en vano que lo trajera conmigo. Ahora lo cojía, ¡pero ya no miraba mis ojos ni me decía: Madre!

"Mi Dios niño había venido a mí, y yo le había tenido siempre abandonado. Toda mi neglijencia comenzó a golpearme, sin tregua, el corazón. Cuando mi niño estaba vivo, yo lo había dejado solo, yo no había querido llevarlo conmigo. Y hoy que está muerto, su recuerdo se abraza a mí y no me deja.

"Sólo Dios sabe el dolor que aquello fué para mi marido. Si me hubiese castigado por mi culpa, habría sido mejor para los dos. Pero él sólo sabía sufrir en silencio, y no podía nunca dar voz a su pena.

"Estaba yo casi loca de dolor cuando Guru Takur volvió. Antiguamente, la relación entre él y mi marido había sido una amistad de muchachos. Ahora, la veneración de mi marido por su santidad y sabiduría no tenía límites. Era tal su respeto por él, que apenas podía hablar en su presencia.

"Mi marido suplicó a su Guru que procurase consolarme. Guru Takur comenzó a leerme y a explicarme las escrituras. Yo creo que aquello no hacía mucha impresión en mi pensamiento; todo su valor estaba para mí en

la voz del que las decía. Dios hace que la bebida de la vida divina entre más profundamente en el corazón, bebida por los hombres en la voz humana. No tiene mejor vaso que éste, y él mismo bebe esta bebida divina en el mismo vaso.

"El amor y la veneración de mi marido por su Guru llenaba nuestra casa, como llena el incienso el sagrario del templo. Y demostrándoselos, tenía paz. Yo veía a mi Dios en la forma del Guru, el cual venía a comer con nosotros todas las mañanas. Mi primer pensamiento al despertarme, era el de su comida, dádiva sagrada de Dios. Y mientras yo se la preparaba, mis dedos cantaban de alegría.

"Viendo mi marido mi devoción por su Guru, creció en respeto por mí. Notaba la impaciencia de su Guru por explicarme las escrituras, y pensaba que él no podía merecer igual consideración que yo por causa de su estupidez, pero que su mujer lo recompensaba.

"Se pasaron en esta felicidad cinco años, y toda mi vida se habría pasado así; pero bajo la superficie, algún robo se estaba cometiendo secretamente. Yo no podía darme cuenta de ello; el Dios de mi corazón sí se dió cuenta. Y llegó un día en que, en un instante, toda nuestra vida se trastornó.

"Era una mañana de verano, y yo venía del

baño, toda mojada, por el sendero sombrío. Al volver el camino, me encontré, bajo el mango, a mi Guru Takur. Llevaba la toalla al hombro y repetía unos versos en sánscrito, camino de su baño. Me daba vergüenza de que me viese cómo iba, ceñida toda por mi ropa mojada, y traté de pasar aprisa sin que él me viera, pero él me llamó por mi nombre.

"Yo me detuve, bajando los ojos, ocultándome en mí misma. El me miró fijamente y me dijo: "¡Qué hermoso cuerpo tienes!"

"Todos los pájaros del mundo parecían romper a cantar en las ramas, sobre nosotros. Todos los arbustos del sendero parecían arder de flores. Parecía que todo, en tierra y cielo, se derramara, en un desenfreno de embriagadora alegría.

"No sé cómo llegué a casa. Sólo recuerdo que me precipité en el cuarto de Dios; pero el cuarto parecía vacío. Ante mí, las mismas estrellitas de luz que habían danzado ante mis ojos en el sendero sombrío, al volver del baño aquella mañana, danzaban vibrando.

"Guru Takur llegó más tarde a comer y le preguntó a mi marido por mí. Me buscó por todas partes, pero no me encontró.

"¡Ay, ya la tierra era otra para mí! ¡Ya no era igual para mí la luz del sol! ¡Y llamé

a mi Dios despavorida, y él volvió su cara de mí!

"No puedo decir cómo pasó aquel día. Por la noche, yo tenía que estar con mi marido, mas la noche es oscura y silenciosa. Con la noche, el pensamiento de mi marido empezaba a lucir como las estrellas en el crepúsculo. Yo le había oído hablar, en la oscuridad, de muchas cosas, sorprendida de ver qué profundamente comprendía.

"Algunas veces, con el trabajo de la casa, me retrasaba por la noche, antes de acostarme. Mi marido me esperaba sentado en el suelo, sin acostarse. En esas ocasiones, nuestra conversación solía ser sobre nuestro Guru.

"Aquella noche, yo entré en mi cuarto muy tarde y encontré a mi marido dormido en el suelo. Sin molestarle, me acosté a sus pies con la cabeza vuelta a él. Mientras él dormía, estiró los pies y me dió en el pecho. Este fué su último don.

"A la mañana, cuando mi marido se despertó, yo estaba sentada a su lado. Por la ventana se veía, sobre el follaje espeso del árbol del pan, el primer carmín pálido de la aurora, en la orilla de la noche. Era tan temprano, que todavía los cuervos no habían empezado a graznar.

"Me incliné y toqué los pies de mi marido

con mi frente. El se incorporó sobresaltado, como si despertara de una pesadilla, y me miró atónito en los ojos. Le dije: "He decidido dejar el mundo, y no puedo ser tuya por más tiempo. Me voy de tu casa."

"Mi marido pensó tal vez que soñaba todavía, y no me respondió.

"¡No; escúchame!", le rogué con dolor infinito; "¡escúchame y comprende! ¡Has de casarte con otra mujer! ¡Yo tengo que irme!"

"Dijo mi marido: "¿Pero qué disparates, qué locuras estás diciendo? ¿Quién te ha dicho que dejes el mundo?"

"Le respondí: "Mi Guru Takur."

"Mi marido estaba todo sorprendido. "¡Guru Takur!", exclamó. "¿Cuándo te ha dicho eso?"

"Ayer por la mañana", contesté, "que me lo encontré volviendo del río."

"Tembló un poco su voz, y se volvió a mí, y me dijo, mirándome en los ojos: "¿Y por qué te manda eso?"

"No lo sé", respondí, "pregúntaselo a él, y él te responderá, si puede."

"Dijo mi marido: "Pero es posible dejar el mundo, siguiendo en él. No necesitas dejar mi casa. Yo hablaré sobre esto con mi Guru."

"Tu Guru", le dije, "puede aceptar tu deseo; pero mi corazón no dará nunca su con-

sentimiento. Desde ahora, el mundo se ha acabado para mí."

"Calló mi marido, y nos quedamos sentados en el suelo, en la oscuridad. Cuando amaneció, me dijo: "Vamos los dos a verlo."

"Le dije, uniendo mis manos: "¡No lo volveré a ver nunca!"

"Me miró fijamente. Yo bajé los ojos. El no habló más. Comprendí que había leído algo en mi pensamiento, y que estaba pensando en lo que allí decía.

"No ha habido en el mundo más que dos personas que me quisieran más que a nada: mi niño y mi marido. Y ese amor era mi Dios, y no admitía falsedad. Uno de ellos me dejó; al otro lo dejé yo. Y ahora, no quiero más que verdad, sólo verdad."

La Devota se inclinó hasta tocar mis pies, se levantó y, saludándome, se fué.

8
OJOS

I

SIENDO yo muy joven todavía, di a luz un niño muerto y estuve a punto de morir también. Fuí mejorando poco a poco; pero mi vista se me empezó a cansar.

En aquella época mi marido estudiaba medicina, y no recibió mal la ocasión que se le presentaba de hacer experiencias en mí. Conque empezó a tratarme los ojos.

Mi hermano mayor, que se estaba preparando, por entonces, para sus exámenes de leyes, vino a casa un día y se asustó de verme.

"¿Pero qué estás haciendo?", le dijo a mi marido. "¿No ves que le estás echando a perder los ojos a Kumo? Debieras consultar al momento con un buen especialista."

Mi marido le respondió molesto: "¿Y qué le va a hacer un buen especialista que yo no

le haga? Es un caso bien sencillo, y cualquiera sabe los remedios que necesita."

Mi hermano dijo desdeñosamente: "Sin duda, te crees que no hay diferencia ninguna entre ti y un profesor de tu facultad."

Ya enfadado, contestó mi marido: "Si tú te casaras y surgiera una disputa sobre la propiedad de tu mujer, me figuro que no aceptarías mi consejo como lejista. Por lo tanto, déjame en paz, que yo soy médico y sé lo que hago."

Mientras ellos reñían, yo estaba pensando que siempre es la pobre hierba la que sufre cuando dos reyes se hacen la guerra. En aquella disputa, yo era la que pagaba.

Verdaderamente, a mí también me parecía muy injusto que una vez que mi familia me había dado en matrimonio, viniera a mezclarse en lo que no le importaba. Y a fin de cuentas, mi alegría y mi dolor eran cosa de mi marido y no de ellos.

Desde aquel día, por esta pequeñez de mis ojos, las relaciones entre mi marido y mi hermano se pusieron muy tirantes.

Una tarde, mientras mi marido estaba fuera, mi hermano trajo, con gran sorpresa mía, un médico. El médico me vió los ojos cuidadosamente, y dijo, muy serio, que si aquello se seguía descuidando, podía ser muy grave.

Recetó unas medicinas, y mi hermano mandó por ellas en seguida. Cuando el médico se hubo ido, yo le rogué a mi hermano que no se metiera en nada, porque yo estaba segura de que nada bueno podía resultar de las tapadas visitas de otro médico.

Me sorprendí de mi misma por aquel valor que tuve de hablar así a mi hermano, a quien hasta entonces había respetado tanto. Creo que él también se sorprendió de mi atrevimiento. Se quedó callado, y luego me dijo: "Está bien, Kumo, no volveré a llamar al médico; pero estas medicinas que te ha mandado, tienes que tomarlas." Y se fué.

El boticario mandó luego las medicinas. Yo cogí todo, botellas, polvos y receta, y lo eché al pozo.

Lo de mi hermano había picado a mi marido, que empezó a tratarme los ojos con más dilijencia que nunca. Probó toda clase de remedios. Me vendé los ojos como me dijo, me puse unas gafas de color, me eché unos colirios, tomé unos polvos. Hasta bebí todo el aceite de hígado de bacalao que él quiso, a pesar de las náuseas que me daba.

Siempre que volvía del hospital, él me preguntaba ansioso cómo me encontraba. Yo le respondía: "Mucho mejor." Y llegué a ser perita en ilusión. Cuando la agüilla de mis ojos

aumentaba, me consolaba con la idea de que era bueno echar fuera tanto humor vicioso, y si el flujo decrceía, me entusiasmaba de la habilidad de mi marido.

Pero, pasado algún tiempo, mi sufrimiento se hizo insoportable. No veía apenas, y me dolía la cabeza sin parar, día y noche. Noté que mi marido empezaba a preocuparse y que estaba buscando un pretexto para que viniese un médico. Así, pues, yo le dije indirectamente algo para que lo llamara. Comprendí que esto le aliviaba mucho, y aquel mismo día trajo a un médico inglés. No sé lo que hablarían; pero sí saqué en claro que el sahib había tratado con severidad a mi marido.

El se estuvo callado largo rato después de haberse ido el médico. Le cojí sus manos y le dije: "¡Qué hombre tan bruto y tan grosero! ¡Cuánto más valdría que hubieses llamado a un médico indio! ¿Tú crees que ese hombre sabe mejor que tú lo que yo tengo?"

Mi marido siguió callado. Luego dijo entrecortándose: "Kumo, hay que operarte los ojos."

Me mostré indignada de que él hubiese tardado tanto en decírmelo. "Tú lo sabías hace mucho tiempo", le dije, "y has querido ocul-

tármelo. Pero ¿te figuras que soy tan niña que me asuste de una operación?"

Oyéndome, recobró su buen humor. "Hay pocos hombres", contestó, "tan heroicos, que no rehuyan una operación, por pequeña que sea".

Yo me reía: "Eso es verdad; los hombres sólo son heroicos delante de sus mujeres".

Me miró seriamente y me dijo: "Tienes muchísima razón; los hombres somos enormemente vanos".

Le quité su seriedad con nueva risa. "¿Tú crees que podéis ganarnos siquiera en vanidad a las mujeres?"

Cuando volvió mi hermano, me lo llevé aparte y le dije: "Dada, las medicinas que me mandó tu médico, estoy segura que me habría curado; pero, desgraciadamente, yo equivoqué la bebida con la loción, y desde entonces mis ojos han ido de mal en peor. Y ahora tienen que operarme".

Mi hermano me dijo: "Tú has seguido haciendo lo que quería tu marido, y por eso he dejado de venir a verte".

"No", le respondí, "te aseguro que yo me curaba a escondidas con lo que me dijo tu médico".

¡Ay, cuantas mentiras tenemos que decir las mujeres! Cuando somos madres, menti-

mos para tranquilizar a nuestros hijos; cuando somos esposas, para tranquilizar a los padres de nuestros hijos. ¡Nunca nos vemos libres de la necesidad de mentir!

Mi engaño tuvo el buen efecto de acercar a mi marido y mi hermano. Este se culpaba de haberme hecho engañar a mi marido; y mi marido deploraba no haber seguido desde el primer momento los consejos de mi hermano.

Por fin, con el consentimiento de los dos, vino un médico inglés y me operó el ojo izquierdo. El ojo estaba ya muy débil para soportar la operación, y el último aleteo de la luz se apagó en él. Después, el otro ojo se me perdió poco a poco en la oscuridad.

Un día, mi marido se acercó a mi cama: "No puedo hacerme el fuerte por más tiempo", me dijo. "Kumo, yo fuí quien te cegó".

Sentí que su voz se le ahogaba en llanto, y cojiendo su mano derecha con mis dos manos, le dije: "¡Pero si no hiciste más que tu deber! ¡Tú no has andado sino en lo que era tuyo! Imagínate que hubiese sido un médico desconocido el que me hubiese dejado sin vista; ¿qué consuelo podría yo tener ahora? Pero así, siento que cuanto ha sucedido era lo que me convenía, y mi gran alivio es saber que han sido tus manos las que se han lle-

vado mis ojos. Cuando Ramchandra vió que no tenía más que un loto para adorar a Dios, le ofreció sus dos ojos en lugar del loto. Pues yo he dedicado mis ojos a mi Dios. Desde hoy, siempre que tú veas algo que te dé alegría, tú tienes que contármelo a mí; y yo me mantendré con tus palabras como un regalo divino que te sobrara de tu mirar".

Claro está que yo no quiero decir que le contestara todo esto en aquel instante, porque estas cosas no es posible decirlas en un momento angustioso; pero yo lo pensaba cada día, y cuando me sentía abatida o si, borrosa la luz de mi fervor, sentía compasión de mi mala suerte, me repetía aquellas palabras en mi pensamiento, una a una, como repite un niño una historia que le han contado. Y así conseguía respirar, otra vez, el aire sereno de la paz y del amor.

A mi marido, aquel día, sólo le dije lo bastante para que él viera lo que había en mi corazón.

"Kumo", me dijo, "lo que yo, necio, te hice, ya no tiene remedio; pero haré otra cosa: estaré siempre a tu lado y trataré de aliviar tu ceguera cuanto me sea posible".

"No", le dije yo, "eso no debe ser. No quiero que hagas de tu casa un hospital de

ciegos. La única solución es que tú te vuelvas a casar".

Al tratar yo de explicarle que era necesario que se volviera a casar, me empezó a temblar la voz. Tosí, y trataba de esconder mi emoción, pero él estalló diciendo:

"¡Kumo, yo podré ser necio y pedante y todo lo que tú quieras, pero no villano! ¡Te juro solemnemente por Gopinat, el dios de mi familia, que yo no me volveré a casar nunca; y si lo hiciera, que el más odioso de todos los pecados, el parricidio, caiga sobre mi cabeza!"

¡Ay, yo no debí nunca haberle consentido que hiciese tan terrible juramento! Pero las lágrimas me estaban ahogando, y la alegría me hacía sufrir de tal manera, que no pude decir una sola palabra. Escondí la cara en mi almohada, y sollocé, y sollocé. Al fin, cuando el primer diluvio de mis lágrimas se había pasado, cojí su cabeza contra mi pecho.

"¡Ay!, le dije, ¿por qué has hecho ese juramento tan espantoso? ¿Te crees que yo te dije que te volvieras a casar por tu propio placer miserable? No, no; es que estaba pensando en mí, en que ella podría cumplir con los servicios que te daba yo cuando veía".

"¡Déjate de servicios", dijo él, "que ya lo

harán todo los criados! ¿Te figuras que soy tan loco que vaya a traer a mi casa una esclava para que comparta el trono con mi Diosa?"

Diciendo "Diosa", levantó mi cara entre sus manos y me dió un beso en medio de las cejas. En aquel momento, el tercer ojo, el de la sabiduría divina, se abrió donde él me había besado; y me sentí realmente consagrada.

Y pensé: "Está bien. Ya no podré servirle en el mundo bajo de los cuidados caseros: me elevaré a una rejión más noble, y atraeré sobre él las bendiciones de lo alto. ¡No más mentiras, ni más decepciones! ¡Todas las pequeñeces y las hipocresías de mi vida de antes, quedarán muertas para siempre!"

Durante todo aquel día estuve luchando conmigo misma. La alegría de pensar que después de su solemne juramento era imposible que mi marido volviera a casarse, arraigaba profundamente en mi corazón, y yo no podía arrancármela. Aunque la Diosa nueva que había ocupado su nuevo trono en mí, decía: "Es posible que llegue un día en que a tu marido le convenga quebrantar su juramento y volverse a casar". Entonces, la mujer que había dentro de mí, replicaba: "Puede ser, pero un juramento es un juramento,

y no hay modo de quebrantarlo". Pero la Diosa de mi corazón replicaba: "Esa no es razón para que te sientas triunfante". Y la mujer que había dentro de mí contestaba: "Lo que dices es verdad; pero, sea como sea, él ha jurado..." La historia seguía y seguía. Al fin la Diosa frunció el ceño silenciosamente, y cayó sobre mí la sombra de un espantoso temor.

Mi marido, arrepentido de lo que había dicho, no dejaba que los criados trabajaran por mí, y tenía que hacerlo todo. Al principio sentí un gozo sin límites de depender así de él en cada cosilla. Era un medio de retenerle a mi lado, y mi deseo de que estuviera conmigo se había hecho imperioso desde que me quedé ciega. La parte de presencia suya que habían perdido mis ojos, se la disputaban mis otros sentidos. Y cuando él no estaba a mi lado, me parecía estar colgando en el aire, perdido mi afianzamiento en todas las cosas tanjibles.

En otro tiempo, cuando mi marido volvía tarde del hospital, yo me ponía en mi ventana abierta a mirar al camino, que era la cadena que unía su mundo con el mío. Ahora que con mi ceguera se había roto esta cadena, mi cuerpo todo salía en busca de él. El puente que nos unía había cedido y no

quedaba más entre los dos que el abismo infranqueable. Si él se iba de mí, el precipicio parecía abrirse del todo; y yo no podía hacer más que esperar que él volviera a cruzar de nuevo de su orilla a la mía.

Un afán tan ansioso, un depender tan completo, nunca son buenos. Una esposa es carga bastante para la conciencia de un hombre, y añadir a esta carga mi ceguera, era hacerle la vida insoportable a mi marido. Y juré que sufriría sola, que ya no lo envolvería más en las rondas de mi invasora oscuridad.

En un tiempo increíblemente corto aprendí a hacer todos mis deberes caseros, ayudada por el tacto, el oído y el olfato. A decir verdad, pronto vi que podía arreglármelas mejor que antes, porque la vista nos distrae a menudo en vez de ayudarnos. Y sucedió que cuando estos inquietos ojos míos ya no podían hacer nada, mis demás sentidos se pusieron a lo suyo con tranquilidad y plenitud.

Cuando, a fuerza de constancia, supe hacerlo todo, ya no consentí a mi marido que me supliera más. Al principio, él se quejaba amargamente de que con esto le privaba de su penitencia.

No me convenció. Dijera él lo que dijera, comprendía yo que él sentía un verdadero

alivio con no tener ya mis quehaceres. Servir día tras día a una esposa ciega, no puede ser la vida de un hombre.

II

Mi marido terminó su carrera de médico, y dejó Calcuta para ir a ejercer a un pueblecito. Al llegar al campo, sentí, gozosa, a través de mi ceguera, que había vuelto a los brazos de mi madre.

Yo salí de mi aldea, para ir a Calcuta, cuando tenía ocho años. Habían pasado diez y, en la gran ciudad, el recuerdo de mi casa de la aldea se había ido borrando poco a poco.

Mientras vi Calcuta, con su ajetreo, quitaba de mi vista el recuerdo de mis tempranos días. Pero cuando me quedé ciega, comprendí, por vez primera, que Calcuta sólo sedujo mis ojos, no mi pensamiento. En mi ceguera, las cosas de mi niñez brillaban de nuevo, como van brillando las estrellas, una a una, en el cielo del anochecer, al cabo del día.

Era en los comienzos de noviembre cuando salimos de Calcuta para Jarsingpur. El lugar

me era desconocido; pero los olores y los sonidos del campo se apiñaban, para abrazarme a mi alrededor. El aire de la mañana, fresco de la tierra acabada de arar, el tierno y dulce olor de la mostaza florida, la lejana flauta del pastorcillo, el mismo quejido chirriante de las carretas de bueyes por el camino quebrado de la aldea, llenaban mi mundo de alegría. La memoria de mi vida pasada, con todas sus fragancias y sus ecos inefables, resucitó ante mí, y mis ojos, como estaban ciegos, no podían decirme que me equivocaba. Volví a mi infancia y la viví otra vez, pero mi madre no estaba conmigo.

Veía mi casa y las grandes higueras de la orilla del charco de la aldea. Me imaginaba, con los ojos del pensamiento, a mi abuela viejecita sentada en el suelo, con las finas hebras de pelo sueltas, calentando su espalda al sol, mientras secaba las bolitas de las lentejas para la comida; pero no sé por qué, me era imposible recordar las canciones que ella siempre estaba canturreando con su voz trémula y frájil. Al anochecer, cuando me llegaba el mujir del ganado, casi podía seguir a mi madre andando por los establos, con el farol en la mano. El olor del forraje humedo y el humo picante de la paja quemada se me entraban hasta el corazón. Y, a lo le-

jos, me parecía oír la campana del templo, en la brisa de la ribera.

Calcuta cuaja el corazón con su tumulto y su palabreo. Allí todos los deberes hermosos de la vida pierden su frescura y su inocencia. Recuerdo un día en que una de mis amigas vino y me dijo: "Kumo, ¿y te vas a quedar así? Si a mí me hubiera hecho eso mi marido, yo no hubiera vuelto jamás a pensar en él."

¡Quería que yo me indignase porque él había tardado tanto en llamar un médico! "Ya tengo bastante con mi ceguera", le dije yo. "¿Para qué complicar las cosas dejando que mi odio se desate contra él?"

Cuando oyó esta antigualla de labios de un retaco como yo, mi amiga sacudió la cabeza con gran desprecio y se fué desdeñosa. Pero fuera la que fuera mi respuesta de aquel momento, las palabras de ella dejaron su veneno en mi corazón para siempre.

Ya digo que Calcuta, con su interminable chismorreo, le endurece a uno el alma. Al volver al campo, todas mis primeras creencias y esperanzas, cuanto había sido la verdad de mi niñez, se volvió fresco y alegre de nuevo. Dios vino a mí y me llenó el corazón y la vida. Me incliné ante él y le dije: "Ha sido

bueno que me hayas quitado los ojos. Tú estás conmigo."

¡Yo dije más de lo debido, ay! Todo lo que podemos decir es: "He de serte fiel." Aun cuando nada nos quede, tenemos que seguir viviendo.

III

Pasamos juntos unos meses felices. Mi marido ganó fama como médico, y con la fama vino el dinero.

El dinero es malo. Yo no podía precisar ninguna cosa; pero como los ciegos tienen más finas las percepciones que los demás, iba yo notando que mi marido cambiaba con su fortuna.

De él más joven, tenía un claro sentido de la justicia, y me había hablado muchas veces de su ilusión de ayudar a los pobres cuando tuviese clientela propia. Sentía un noble desprecio por esos médicos que no toman el pulso de un enfermo pobre sin cobrar antes. Pero ahora yo notaba alguna diferencia en él. Se había vuelto extrañamente duro. Una vez que vino una mujer del campo y le rogó, de caridad, que le salvara la vida a su

hija, se negó secamente. Y cuando yo misma le pedí que lo hiciera, lo hizo, pero sin interés y como para salir del paso.

Mientras fuimos menos ricos, a mi marido le repugnaban las habilidades en materia de dinero, y era sumamente escrupuloso en estas cosas. Pero desde que tuvo su buena cuenta en el banco, se pasaba muchas veces las horas enteras discutiendo con algún bribón de administrador, asuntos que se veía claramente que no traerían ningún bien.

¡A lo que ha venido a parar! ¿Qué fué de aquel marido mío que yo conocí antes de estar ciega, el que me besó aquel día entre las cejas y me puso en un sagrario, sobre el altar de una diosa? Los que, en una repentina racha de pasión, caen por tierra, pueden volver a levantarse con un nuevo impulso de bondad. Pero aquellos que día tras día se van dejando secar las fibras de su conciencia, aquellos que se dejan ahogar poco a poco la vida interior por algún parasitismo de afuera, llegan el día menos pensado a una muerte sin remedio.

La separación que causa la ceguera es la más pequeña insignificancia física. Pero ¡ay, qué ahogo encontrar que él ya no está conmigo donde estuvo quella hora en que los dos

sentimos mi ceguera! ¡Esta sí que es separación.

Yo, con mi amor fresco y mi fe inquebrantable, he seguido al amparo del santuario íntimo del corazón. Pero mi marido ha dejado la grata sombra de estas cosas sin edad, que nunca se marchitan. Con su loca sed de oro, está perdiéndose rápidamente en el seco desierto de lo estéril.

Algunas veces sospecho que no son las cosas tan malas como yo creo, que tal vez yo lo exajere todo porque estoy ciega; y que es posible que si yo hubiese tenido buenos mis ojos, hubiera aceptado el mundo como se me ofrecía. Este era al menos el modo de ver de mi marido. Estado de ánimo, fantasías, decía él.

Un día vino un viejo musulmán a casa y le rogó a mi marido que fuera a ver a su nietecita. Oí que el viejo decía: "¡Babu, soy muy pobre, pero ven, que Alá te lo pagará!" Mi marido le respondió fríamente: "Alá no tiene nada que ver con esto. Lo que necesito saber es lo que puedes darme tú".

Al oírlo, yo me preguntaba dentro de mí que por qué Dios no me había dejado sorda a la vez que ciega. El viejo dió un hondo suspiro y se fué. Yo mandé a mi criada que fue-

ra a buscarlo. Salí a la puerta de mi cuarto y le di un poco de dinero.

"Haz el favor de aceptar esto que te doy", le dije, "y ve por un médico bueno para que cure a tu nietecita. Y... reza por mi marido."

En todo aquel día no pude comer nada. Cuando mi marido se levantó de su siesta, me dijo: "¿Qué tienes, que estás tan pálida?"

Estuve a punto de decirle como siempre: "No es nada." Pero los días de decepción se habían acabado, y le hablé claramente.

"He dudado", le dije, "durante muchos días, si debía decirte algo, y me ha sido difícil pensar con exactitud qué era lo que te quería decir. Ahora mismo quizá no pueda explicarte lo que tengo en el pensamiento, pero estoy segura de que tú sabes lo que pasa. Nuestras vidas se han separado".

Mi marido se echó a reír forzadamente, y dijo: "El cambio es ley natural."

Le contesté: "Ya lo sé; pero hay cosas que son eternas."

Entonces se puso serio.

"Hay mujeres", dijo, "que tienen motivo verdadero para estar tristes; sus maridos no ganan dinero o no las quieren; pero tú te aflijes sin razón".

Me hice cargo de que mi ceguera me había

dado el poder de ver un mundo que está por encima de todo cambio. Sí, es verdad, yo no soy como otras mujeres. Y mi marido no me comprenderá nunca.

IV

Nuestras dos vidas siguieron así, aburridas y rutinarias, por algún tiempo. Luego hubo una interrupción en la monotonía. Una tía de mi marido vino a visitarnos.

Lo primero que ella soltó después de nuestro primer saludo, fué esto: "Bueno, Kumo, es un verdadero dolor que te hayas quedado ciega; pero ¿por qué impones tu desgracia a tu marido? Es preciso que le digas que se vuelva a casar."

Hubo un silencio difícil. Si mi marido hubiese contestado cualquier paparrucha, o se le hubiera reído en su cara, todo habría pasado; pero él tartamudeó y dudó, y dijo al fin de una manera nerviosa y tonta: "¿De veras crees eso, tía? ¡No, no debieras hablar así!"

Su tía se volvió a mí: "¿Es verdad que tengo razón, Kumo?"

Yo me reí secamente.

"¿No te parece mejor", le dije, "consultar a una persona más competente que yo? Ningún ladrón pide permiso al hombre a quien va a robar".

"Tienes mucha razón", replicó ella blandamente. "Abinás, hijo mío, luego hablaremos los dos, ¿no te parece?"

Pocos días después, mi marido le preguntó a su tía, delante de mí, si conocía a alguna muchacha de buena familia que pudiera venir a ayudarme en las cosas de la casa. El sabía perfectamente que yo no necesitaba a nadie. Me quedé callada.

"¡Oh, hay muchas!", contestó su tía. "Mi prima tiene una hija que está en la edad de casarse, y todo lo buena que puedas desear. Su familia se pondría loca de contenta si te casaras con ella".

El se rió otra vez con aquella risa falsa y vacilante, y dijo: "¿Pero quién ha hablado de matrimonio?"

"¿Pues tú crees", le preguntó su tía, "que una muchacha decente se va a venir a vivir a tu casa como no sea para casarse contigo?"

El tenía que darle la razón a su tía. Permaneció nerviosamente callado.

Cuando él se fué, yo me quedé sola tras la puerta cerrada de mi ceguera. Llamé a

mi Dios y le dije: "¡Dios mío, salva a mi marido!"

Al salir yo, días después, del santuario familiar, de hacer mi oración matutina, la tía de mi marido me cojió las manos con afecto.

"Kumo", me dijo, "aquí está la muchacha de quien hablábamos el otro día. Se llama Jemáñini, y se alegraría muchísimo de conocerte. Anda, Jema, ven, que te voy a presentar a tu hermana".

Mi marido entraba en aquel momento en el cuarto. Finjióse sorprendido de ver a la muchacha desconocida, e iba a retirarse; pero su tía le dijo: "Abinás, hijo, ¿a dónde te vas? Esta es la hija de mi prima, Jemáñini, que viene a verte. Anda, Jema, salúdalo."

Como si le hubiera cojido por completo de de sorpresa, él comenzó a hacer preguntas a su tía sobre cuándo, y porqué, y cómo había venido la muchacha.

Yo comprendía la vaciedad de todo aquello. Cojí a Jemáñini de la mano y la llevé a mi cuarto. Le acaricié suavemente la cara, los brazos y el pelo, y comprendí que tenía unos quince años y era hermosísima.

Mientras le tocaba la cara, ella se echó

de pronto a reír, y dijo: "¿Pero qué estás haciendo? ¿Me estás hipnotizando?"

Su dulce reír sonoro se llevó en un instante todas las nubes negras que había entre nosotras. Yo eché mi brazo derecho alrededor de su cuello.

"¿No comprendes que estoy queriendo verte?", le dije. Y volví a acariciarle su cara dulce con mi otra mano.

"¿Verme?", dijo con nueva esplosión de risa. "¿Soy acaso algún aguacate de tu huerto, que tienes que palparme toda para ver si estoy tierna?"

De pronto pensé que ella no sabía que yo había perdido la vista.

"Hermana, estoy ciega", le dije.

Se quedó callada. Yo sentía sus grandes ojos jóvenes curioseando mi cara, y sabía que estaban llenos de lástima. Luego se puso pensativa, y dudó, y dijo al fin: "¡Ay, ya lo comprendo todo! Por eso tu marido invitó a su tía a que viniera."

"No", contesté, "no. El no la ha invitado. Ella ha venido porque ha querido".

Jemáñini soltó otra carcajada. "Eso es muy de mi tía", dijo. "¡Qué cosa tan bonita venir sin ser llamada! Pero ahora que ha venido, no conseguirás que se vaya en un poco tiempo. Ya lo verás".

Se cayó y se quedó dudosa. "¿Y por qué me mandaría mi padre a mí?", dijo. "¿Me lo quieres decir?"

La tía había entrado en el cuarto. Jemáñini le dijo: "¿Cuándo piensas irte, tía?"

Esto desconcertó a su tía.

"¡Qué preguntas!", dijo. "No he visto persona tan inquieta como tú. Acabamos de llegar, y ya estás preguntando cuándo nos vamos".

"Todo esto está muy bien para ti", dijo Jemáñini, "porque esta casa es de parientes cercanos tuyos; pero yo, yo no me puedo quedar más tiempo". Y me cojía la mano: "¿Qué dices tú, hermana?"

La apreté contra mi corazón, y no dije nada. La tía no sabía por dónde salir. Sentía que no dominaba la situación, conque se le ocurrió que su sobrina se fuera con ella al baño.

"No; nosotras dos vamos a ir juntas", dijo Jemáñini, cojiéndose a mí. Su tía consintió, temiendo que no conseguiría nada a la fuerza.

Al bajar al río, Jemáñini me preguntó: "¿Por qué no tienes hijos?"

Le respondí sobresaltada: "¡Qué sé yo! Porque mi Dios no me los ha dado. No hay otra razón."

"No; ésa no es razón", dijo, brusca, Jemá-

ñini. "Tú debes haber cometido algún pecado. Mira si no, mi tía; tampoco los tiene, y es por su mal corazón. Pero en el tuyo, ¿qué maldad puede haber?"

Sus palabras me dolían. Yo no sé solución ninguna para el problema del mal. Suspiré profundamente, y dije en el silencio de mi alma: "¡Dios mío, tú sabes la razón!"

"¡Santo Dios!", exclamó Jemáñini. "¿Por qué suspiras así? ¡Nadie me toma en serio!"

Y su risa resonaba por el río.

V

Supe después que los deberes profesionales de mi marido sufrían constantes interrupciones. Se negaba a toda llamada distante, y volvía aprisa de sus visitas más cercercanas.

Antes, sólo podía venir a nuestras habitaciones durante la comida del mediodía y por la noche. Pero ahora, con una ansiedad ridícula por las comodidades de su tía, entraba a visitarla a toda hora. Yo sabía en el acto cuando él entraba en el cuarto de su tía, porque ella gritaba a Jemáñini que le trajera un vaso de agua. La muchacha, al

principio, le hacía caso; después, se negó por completo.

La tía la llamaba con voz dengosa: "¡Jema, Jema, Jemáñini!" Pero la muchacha se me abrazaba con un impulso compasivo. No sé que sentimiento de temor y de pena la hacían callarse. Algunas veces se encojía contra mí como acorralada, sin saber qué le estaban preparando.

Por entonces, mi hermano vino de Calcuta a verme. Yo sabía lo buen observador que él era y qué recto. Temí que mi marido iba a tener que justificarse ante él y que sufrir su acusación; así es que hice cuanto pude para esconder la verdad tras una careta de bulla y alegría. Creo que exajeré, porque aquello no era mi natural.

Mi marido comenzó a inquietarse sin disimulo, y le preguntó a mi hermano cuánto tiempo pensaba estar con nosotros. Luego, ya no pudo contenerse más y estaba con él casi insultante. A mi hermano no le quedó otro remedio que irse. Cuando se iba, me puso la mano en la cabeza y allí la tuvo un rato. Yo noté que le temblaba. Y al darme, callado, su bendición, sentí que se le caía una lágrima.

Recuerdo bien que era un anochecer de abril y que había mercado. La jente que había venido al pueblo, empezaba ya a volverse. Pa-

recía que una tormenta estuviera amenazando por los aires. La humedad del viento y el olor de la tierra mojada lo penetraban todo. Yo nunca tengo encendida la lámpara de mi alcoba cuando estoy sola, no vayan a prenderse mis ropas o a ocurrir cualquier otra cosa mala. Me senté a oscuras en el suelo, y llamé al Dios de mi mundo negro.

"¡Dios mío", le decía, "¡me escondes tu cara y no te puedo ver! ¡Estoy ciega! ¡Me agarro con toda mi fuerza a este timón roto de mi corazón, pero ya me sangran las manos! ¡Las olas son ya demasiado fuertes para mí! ¿Cuánto tiempo me tendrás en esta prueba, Dios mío, cuánto tiempo?"

Dejé caer mi cabeza sobre la cama y comencé a sollozar. Sentí que la cama se movía un poco, y me encontré conmigo a Jemáñini. Ella se cojió a mi cuello, y me secaba las lágrimas en silencio. No sé por qué había estado esperando aquella noche en mi alcoba, por qué se había quedado allí sola, acostada en la penumbra. No me dijo una sola palabra. Puso nada más su mano fresca en mi frente, me besó y se fué.

A la mañana siguiente, Jemáñini le dijo a su tía delante de mí: "Si tú quieres seguir aquí, puedes seguir. Yo me voy a mi casa con nuestra criada."

La tía le dijo que no tenía necesidad de irse sola, que ella se iba también. Y, con sonrisas y afectaciones, sacó, por lo que pude comprender, de un estuche de felpa, una sortija de perlas.

"Mira, Jema", dijo, "qué sortija tan preciosa te ha traído mi Abinás".

Jemáñini le arrancó la cortija de la mano.

"Mira tú, tía", contestó rápida, "mira qué buena puntería tengo". Y tiró el anillo por la ventana al estanque.

La tía, sorprendida, irritada, se puso como un erizo. Vino a mí y me cojió la mano.

"Kumo", me repetía, "no le digas a Abinás lo que ha hecho esta niña caprichosa, porque se enfadaría mucho".

Le aseguré que no tenía que temer, que por mí no habría él de saber una palabra.

Al otro día, antes de salir para su casa, Jemáñini me abrazó y me dijo: "Hermana mía, no me olvides."

Le acaricié su cara despacio, con mis manos, y le dije: "Hermana, los ciegos tienen larga la memoria."

Atraje su cabeza hacia mí, y la besé en el pelo y en la frente. Mi mundo se volvió de pronto gris. Toda la hermosura, la alegría, la tierna juventud que habían anidado junto a mí, se fueron con Jemáñini. Yo andaba a tien-

tas por todas partes, con los brazos tendidos, buscando, buscando en mi mundo vacío.

Mi marido entró. Afectaba sentirse muy aliviado con la marcha de ellas, pero cuanto se le ocurría decir era exajerado y necio. Quería hacerme ver que la visita de su tía le había quitado tiempo y trabajo.

Hasta entonces sólo había existido entre él y yo la valla de mi ceguera. Ahora había otra: este pensado silencio sobre Jemáñini. El finjía completa indiferencia; pero yo sabía bien que tenía correo acerca de ella.

Entraba mayo. Una mañana, mi doncella vino a mi cuarto diciéndome:: "¿Para qué serán esos preparativos que están haciendo en el muelle? ¿A dónde se va el amo?"

Comprendí que algo se venía encima; pero dije a la doncella: "No sé nada."

Ella no se atrevió a decirme más y se fué suspirando.

Aquella noche, ya tarde, mi marido vino donde yo estaba.

"Tengo que ir a ver a un enfermo en el campo", me dijo. "Saldré por la mañana temprano, y quizá tenga que estar fuera dos o tres días."

Me levanté de mi cama, fuí a él y le grité: "¿Por qué mientes?"

El tartamudeó: "¿Qué..., qué mentiras... te he dicho yo?"

Le contesté: "¡A lo que vas es a casarte!"

Se quedó callado. No se oía por el cuarto el más leve ruido. Yo rompí el silencio.

"¡Respóndeme", exclamé. "¡Dime que sí!"

El contestó: "Sí", como un eco débil.

Yo grité alto: "¡No, jamás te lo permitiré! ¡Yo te salvaré de esta ruina inmensa, de este pecado horrible! Si no lo consigo, ¿para qué soy tu mujer?, ¿para qué he adorado en mi vida a mi Dios?"

Se quedó quieto en el cuarto como una piedra. Yo me caí al suelo y me cojí a las rodillas de mi marido.

"¿Qué te he hecho yo?", le pregunté. "¿En qué te he faltado? Dímelo de veras, ¿por qué quieres otra mujer?"

El respondió tranquilo: "Te diré la verdad. Te temo. Tu ceguera te ha encerrado en una fortaleza donde yo no puedo entrar. Para mí no eres ya una mujer. Me impones como mi Dios. No me es posible vivir mi vida diaria contigo. Yo necesito una mujer, sólo una mujer vulgar a quien yo pueda reñir, sonsacar. mimar..."

"¡Ay, ábreme el corazón, y ve! ¿Qué soy yo sino una mujer como otra cualquiera?", le dije. "¿Qué soy más que la misma muchacha que

era cuando me casé contigo, una niña que necesita creer, confiar, adorar?"

No sé exactamente todo lo que dije. Sólo recuerdo bien esto: "Si soy esposa leal, que Dios me sirva de testigo de este juramento: ¡Tú nunca cometerás esa acción infame! ¡Nunca quebrantarás tu juramento! ¡Antes de tal sacrilegio sea yo viuda, o muera Jemáñini!"

Me caí al suelo desmayada. Cuando volví en mí, aún era de noche, y los pájaros estaban callados todavía. Mi marido se había ido.

Estuve todo el día sentada en el santuario de la casa, rezando. Al oscurecer, una terrible tormenta lo conmovió todo con truenos, relámpagos y lluvia. Acurrucada ante el altar, yo no rogué a Dios que salvara a mi marido de la tormenta, aunque él debía estar en peligro por el río. Sólo pedí que, fuese de mí lo que fuese, librara a mi marido de aquel pecado horrendo.

Pasó la noche. Todo el día siguiente estuve también rezando. Por la tarde sacudieron y golpearon la puerta. Cuando la puerta cedió al fin, me encontraron tendida en el suelo, sin sentido, y me llevaron a mi cuarto.

Volviendo en mí, oí que alguien me susurraba al oído: "Hermana."

Me hallé acostada en el cuarto, con mi ca-

beza en la falda de Jemáñini. Al mover mi cabeza, crujieron sus sedas de novia.

¡Dios mío, Dios mío, mi oración no había sido escuchada! ¡Había caído mi marido!

Jemáñini inclinó su cabeza y me dijo con dulzura: "Hermana mía, vengo a pedirte que bendigas nuestro matrimonio."

Todo mi ser se endureció como el tronco de un árbol herido por el rayo. Me incorporé y dije dolorosamente, no sé cómo: "¿Por qué no he de bendecirte? ¿Qué mal has hecho tú?"

Jemáñini se echó a reír con su risa alegre. "¿Mal?", dijo. "Cuando tú te casaste estaba todo bien. Ahora que me caso yo, lo llamas mal."

Traté de sonreír para responder a su risa, y dije con el pensamiento: "No es mi oración lo definitivo en el mundo, sino Su voluntad. ¡Que caigan los golpes sobre mí, pero que dejen intactas mi fe y mi esperanza en Dios!"

Jemáñini se prosternó y tocó mis pies. "Sé feliz", le dije, bendiciéndola, "y que disfrutes de dichas sin fin".

Pero Jemáñini no tenía bastante con eso. "Hermana mía", dijo, "¿sólo me vas a bendecir a mí? ¿No quieres completar nuestra dicha? ¡Que estas santas manos tuyas acepten también en tu hogar a mi marido! ¡Deja que te lo traiga!"

Le dije: "Tráelo."

Oí entonces unos pasos conocidos y una pregunta: "¿Cómo estás, Kumo?"

Me incorporé de repente, me incliné hasta el suelo y grité: "¡Dada!"

Jemáñini se echó a reír.

"¿Pero todavía lo llamas Dada? ¡Valiente disparate! ¡Llámalo hermano menor, y tírale de las orejas, y búrlate de él porque se ha casado conmigo, tu hermanita pequeña!"

Lo comprendí todo. Mi marido había sido salvado de aquel pecado horrible. No había caído.

Yo sabía que mi hermano tenía resuelto no casarse nunca; y desde que mi madre había muerto, no existía ya su sagrado deseo que le pidiera el matrimonio. Pero ahora, por la gran necesidad de su hermana, lo había hecho. ¡Sí, se había casado por mi amor!

Llágrimas de alegría brotaron de mis ojos y se derramaron por mis mejillas. Quería contenerlas, pero no podía. Mi hermano, dulce, me acariciaba el pelo entre sus dedos. Jemáñini se cojía a mí, riendo siempre.

Estuve despierta en mi cama casi toda la noche, esperando, escitada y ansiosa, que volviera mi marido. No podía yo pensar cómo so-

portaría él aquella vergüenza y aquella desilusión.

De madrugada, la puerta se abrió despacio. Me senté en mi cama y escuché. Eran los pasos de mi marido. Mi corazón latía loco. El se acercó a mi cama y cojió mi mano en la suya.

"Tu hermano", me dijo, "me ha salvado. Un torbellino de locura me arrastraba al abismo. Se había apoderado de mí un frenesí, del que no me parecía poder escapar. Sólo Dios sabe lo que pesaba sobre mí al embarcarme. Cuando bajó la tormenta por el río y cubrió el cielo, en medio de mi espanto, tenía en mi corazón un secreto deseo de ahogarme y desenredar así mi vida del laberinto en que yo mismo la había metido. Al llegar a Mazvagaña, me dieron la noticia, que fué mi libertad. Tu hermano se había casado con Jemáñini. No podré explicarte qué alegría y qué vergüenza sentí oyéndolo. Corrí de nuevo a embarcarme. En aquel instante de propia revelación, comprendí que sólo podía ser feliz contigo, que eres una diosa."

Yo reía y lloraba, diciendo: "¡No, no, no! ¡Ya no quiero más ser diosa! ¡No soy más que tu mujer, la más vulgar de las mujeres!"

"También yo quiero decirte una cosa, Kumo. No me avergüences más llamándome tu Dios."

Al día siguiente, resonaron por el pueblecillo las alegres caracolas. Y nadie hizo la menor alusión a aquella noche de delirio en que todo estuvo a punto de perderse.

9
LOS BABUS DE NAYANJORE

I

EN otro tiempo, los Babus de Nayanjore tenían fama de ricos propietarios y brillaban por su derroche de príncipes. Le arrancaban la orilla a sus muselinas de Dacca para que no les lastimase la piel; se complacían en gastar miles de miles de rupias en las bodas de un gatito; y en no sé qué ocasión memorable, se cuenta que para hacer día la noche, encendieron infinitas luminarias y derramaron hilos de plata por el cielo, a fin de semejar la luz del sol. Todo esto era allá en el año de la nana; luego, la descendencia de los antiguos Babus de hábitos señoriales no pudo ya continuar así. Como una lámpara con demasiadas torcidas, el aceite se fué pronto en luces, y al fin la luz se apagó.

Kailas Babu, nuestro vecino, es la última pavesa de esta magnificencia extinguida. Sien-

do él niño todavía, su familia estaba ya casi arruinada. Cuando murió su padre, hubo un estallido deslumbrador de derroche funerario, y después la insolvencia. Tuvieron que vender cuanto tenían, para pagar la deuda; y el poquillo de dinero contante y sonante que les quedó no bastaba para seguir con los antiguos esplendores.

Así, pues, Kailas Babu dejó Nayanjore y se vino a Calcuta. Su hijo no vivió mucho tiempo en este mundo de glorias marchitas. Y al morir, dejó una sola hija.

En Calcuta, somos vecinos de Kailas Babu. La historia de nuestra familia es precisamente la contraria de la suya. Mi padre hizo su fortuna por su propio esfuerzo, y su orgullo fué no gastar nunca un céntimo más de lo necesario. Vestía como los trabajadores y sus manos eran también como las de ellos. Nunca se le hubiera ocurrido conseguir el título de Babu por el gusto de lucir derrochando, y yo, su hijo único, no le debo más que gratitud. Me dió la mejor educación, y así pude abrirme camino en el mundo. Yo no siento vergüenza ninguna de confesar que lo que soy me lo debo a mí mismo. Los flamantes billetes de banco de mi caja de hierro, me son mucho más queridos que el mejor árbol jenealójico en un vacío arcón familiar.

Quizá fuese por esto por lo que me molestaba tanto ver a Kailas Babu firmando cuantiosos cheques contra el crédito de aquel banco fracasado de su vieja reputación de Babu. Yo creo que él, como mi padre se había ganado su fortuna con sus propias manos, me miraba con cierta condescendencia.

Debía yo haber comprendido que yo era el único que se indignaba con él. Verdaderamente, hubiera sido difícil encontrar un viejo más inofensivo. No dejaba pasar la menor ocasión, alegre o triste, de demostrar con pequeños cumplidos su cortesía; se unía a todas las ceremonias y procesiones relijiosas de sus vecinos; su sonrisa familiar daba por igual el parabién a jóvenes y a viejos; y su amabilidad al interesarse por este o el otro detalle casero, era infatigable. Los amigos con quienes se encontraba en la calle, tenían que soportar una larga serie de preguntas así: "Querido amigo, ¡cuánto gusto de verte! ¿Estás bien? Y Shashi, ¿cómo está? ¿Y Dada? ¿Sabes lo que acaban de decirme? Que el hijo de Madu está con calentura. ¿Has oído algo? ¿Y Jarí Charán Babu? Hace mucho que no le veo. Espero que estará bueno. ¿Y a Rakal, que le pasa? ¿Y las..., y las..., y las señoras?"

Kailas Babu era intachablemente pulcro en su vestir, aunque su ropa fuese poca y triste.

Todos los días sacaba cuidadosamente sus camisas, sus chalecos, sus chaquetas y sus pantalones, y los tendía al sol, con la colcha de su cama, la funda de su almohada y la esterilla que tenía para sentarse. Cuando se había ventilado todo, lo sacudía, lo cepillaba y lo colgaba de nuevo. Algunos mueblecitos daban decencia a su pobre cuarto, y parecían indicar que había otros guardados para cuando hiciesen falta. A menudo, por estar fuera el criado, cerraba un rato la casa y se planchaba su ropa blanca él mismo, y hacía otras humildes tareas. Luego, abría la puerta y recibía de nuevo a sus amistades.

Aunque Kailas Babu, como he dicho, se había quedado sin sus fincas, conservaba todavía alguna que otra cosilla heredada. Tenía un tarro de plata para rociar perfumes, una caja de filigrana para polvo de rosas, una bandejita de oro, un valioso chal antiguo y un viejo traje de ceremonia con su turbante centenario; todo lo cual había podido librar, con grandes apuros, de las garras de los prestamistas; siempre que venía a pelo, él lo sacaba todo con gran aparato, tratando así de salvar la dignidad, famosa en el mundo, de los Babus de Nayanjore. Era en el fondo el más humilde de los hombres, pero consideraba un sagrado deber jerárquico hacer gala en su conversación diaria

de su orgullo de familia. Sus amigos fomentaban esta debilidad suya con un bondadoso buen humor, divirtiéndose con ello grandemente.

Pronto todo el vecindario le llamó Takur Dada *. Iban a verle en tropel, y se estaban con él horas y horas. Para que no tuviese que hacer gasto alguno, cualquiera de sus amigos le llevaba tabaco, y le decía: "Takur Dada, prueba este tabaco que he recibido esta mañana de Gaya, a ver qué te parece."

Takur Dada lo probaba, y decía: "Es escelente." Y se ponía a contar de cierto esquisito tabaco que fumaban ellos en los viejos días de Nayanjore y que costaba a onza la onza.

"Tal vez", solía añadir, "tal vez le gustaría a alguno de vosotros probarlo. Voy a buscar ahora mismo un poquito que me queda."

Sabían todos que si lo aceptaban, se habría perdido la llave del armario, o si no Ganesa, su viejo criado, lo habría escondido en alguna parte.

"No es posible saber", añadía, "dónde ponen las cosas los criados, cuando andan con ellas. ¡Por vida de Ganesa! No os podéis figurar lo tonto que es; pero me da lástima despedirlo."

Ganesa, por el buen nombre de la casa, siem-

* Abuelo.

pre estaba dispuesto a cargar con todas las culpas, sin la menor protesta.

Entonces, cualquiera de los presentes decía: "No importa, Takur Dada. Haz el favor de no molestarte. Con este tabaco que estamos fumando nos podemos arreglar perfectamente. El otro sería, sin duda, demasiado fuerte."

Takur Dada sentía un gran alivio, se sentaba de nuevo en el suelo, y seguía hablando.

Cuando se iban las visitas, Takur Dada las acompañaba hasta la puerta, y, ya en el escalón, decía: "Bueno, ¿y cuándo vendréis todos a cenar conmigo?"

Uno de nosotros contestaba: "Ya vendremos, Takur Dada, ya vendremos cualquier día de estos."

"Bueno", seguía él, "bueno; mejor será esperar a que llueva, porque ahora hace demasiado calor, y una comida como la que yo os pienso dar, nos sentaría mal a todos".

Llegadas las lluvias, todos teníamos buen cuidado de no recordarle la promesa. Si la cosa venía sola, alguien observaba amablemente que era muy incómodo andar por las calles con aquel agua, que sería mucho mejor esperar a que hubiese pasado. Y así continuaba el juego.

Su triste casa era demasiado pequeña para su rango, y solíamos dolernos con él del asunto. Le asegurábamos que comprendíamos sus

dificultades, que era casi imposible encontrar en Calcuta una casa medio decente. En realidad, sus amigos le habían buscado casa adecuada para él año tras año; pero, claro está, ninguno había sido tan tonto que la hubiese encontrado. Takur Dada solía decir, con un gran suspiro de resignación: "Bueno, bueno, tendré que seguir aquí." Y añadía con una sonrisa bondadosa: "De todos modos, ya sabéis que yo no podría vivir lejos de mis amigos. Esto, en realidad, me recompensa de todo."

No sé por qué estas cosas me molestaban mucho. Yo creo que la razón era que cuando un hombre es joven, la estupidez le parece el peor de los crímenes. Y no es que Kailas Babu fuese tonto, no. Todos le consultaban en sus negocios corrientes. Pero en tratándose de Nayanjore, cuanto decía era una simpleza; y como, por un induljente afecto divertido, nadie contradecía sus imajinaciones locas, él no les ponía límite. Si alguno relataba ante él la gloriosa historia de Nayanjore, asentía a las más absurdas y exajeradas fantasías con la mayor gravedad. Jamás dudaba, ni aun en sueños, que los demás pudiesen creer lo que él decía.

II

Cuando me paro a analizar mis pensamientos y mis sentimientos sobre Kailas Babu, comprendo que había una razón más honda para mi antipatía. Me explicaré.

Aunque soy hijo de rico y podía haber perdido el tiempo en mis estudios, saqué muy joven, y a fuerza de trabajar, mi título de doctor en la Universidad de Calcuta. Mi conducta era intachable; mi apariencia, tan hermosa, que si yo me llamase guapo, podría decirse que yo estaba prendado de mí mismo, pero nunca que era mentira.

No cabía duda de que, entre los jóvenes de Bengala, yo era mirado por los padres como un excelente partido. Comprendiéndolo así, decidí sacar la mayor ganancia posible en el mercado del matrimonio. Me veía elijiendo la hija única de un hombre rico, maravillosamente bella y educada a la perfección. Las proposiciones me llovían de todas partes, con ofrecimientos de sumas considerables. Yo las pesaba con inflexible imparcialidad en la balanza sutilísima de mi egoísmo, y nunca encontraba mujer digna de ser mi compañera. Como el

poeta Bhabavuti, llegué al convencimiento de que:

en el tiempo infinito y en el ilimitado espacio de este
[mundo,
quizás naciera al fin una que igualase a mi gracia
[soberana;

pero en estos míseros tiempos modernos y en este pobre rincón de la Bengala de hoy, era dudoso que existiera aún ser tan extraordinario.

Entre tanto, mis alabanzas eran cantadas con diversa melodía y arte distinto por cien padres calculadores.

Me gustaran o no sus hijas, la reverencia que ellos me ofrecían no me era desagradable, y yo la consideraba como debida a mi bondad. Se dice que los dioses, aunque nieguen sus favores a los mortales, les exijen adoración ferviente; y si éstos no lo hacen así, se incomodan. Esta exijencia divina estaba bastante desarrollada en mí.

Ya he dicho que Takur Dada sólo tenía una nieta. Yo la había visto mil veces, y jamás caí en la tontería de creerla bonita, y mucho menos de pensar que ella pudiera ser mi pareja. Sin embargo, me parecía seguro que el día menos pensado Kailas Babu me la ofrecería con la debida devoción, como un tributo a mi

altar. Realmente, y este era el secreto de mi antipatía, yo empezaba a molestarme de que no me la hubiese ofrecido aún.

Yo había oído decir que él contaba a sus amigos que los Babus de Nayanjore jamás pedían gracia alguna; y que aunque la muchacha se quedara sin casar, él no quebrantaría esta tradición de familia. Esta arrogancia suya me molestaba grandemente. Mi indignación ardió sin llama algún tiempo; pero como yo era tan bueno, no decía nada y lo sufría todo con la mayor paciencia.

De igual modo que el relámpago viene con el trueno, en mí, un destello de buen humor solía unirse al refunfuño de la cólera. Era imposible, naturalmente, que yo castigase al viejo sólo por desahogarme, y durante mucho tiempo yo no hice nada; pero un día se me metió de pronto en la cabeza una idea tan agradable, que no pude resistir a la tentación de ponerla en práctica.

He contado antes, que muchos de los amigos de Kailas Babu solían adularlo en su vanidad hasta lo infinito. Uno de ellos, que era antiguo empleado del gobierno, le había dicho que siempre que veía al Chota Lord Sajib, éste le preguntaba qué sabía de los Babus de Nayanjore, y que el Chota Lord había dicho que las únicas familias respetables de toda Bengala, eran

la del Maharajah de Burvan y la de los Babus de Nayanjore. Cuando Kailas Babu oyó esta mentira monstruosa, se sintió sumamente complacido, y repetía el cuento a cada instante. Y siempre que se encontraba con jente al empleado del gobierno, le preguntaba entre otras cosas:

"Bueno, bueno, y ¿cómo está el Chota Lord Sajib? ¿Dices que muy bien? ¡Cuánto me alegro! Y mi querida Mem Sajib, ¿está también buena? ¿Y los niños? ¡Qué gusto saber que siguen todos tan buenos! No dejes darles memorias mías cuando los veas".

Kailas Babu hablaba constantemente de ir a ver el Sajib. Pero vendrían y se irían muchos señores Chota y muchos señores Bora, y bajaría mucha agua por el Hoogly, antes de que la carroza milenaria de los Nayanjore pudiese estar en condiciones de ir al Palacio del Gobierno.

Un día, llamé aparte a Kailas Babu y le dije en voz baja: "Takur Dada, ayer estuve en la recepción, y habiendo nombrado el Chota Lord casualmente a los Babus de Nayanjore, le dije que Kailas Babu había venido a Calcuta. No puedes figurarte lo resentido que está de que no hayas ido a visitarle. Me dijo que iba a dejarse de etiquetas y que pensaba venir a verte particularmente esta misma tarde".

Otro cualquiera se hubiese dado cuenta en el acto de que aquello era una broma, y Kailas Babu mismo, si se hubiese dicho a otro, habría comprendido la verdad. Pero después de todo lo que le había contado su amigo el del gobierno, y de sus propias exajeraciones, le parecía lo más natural del mundo que el subgobernador viniese a visitarlo. La noticia lo puso muy nervioso. Cada detalle de la visita en perspectiva lo alteraba, especialmente su ignorancia del inglés. ¿Cómo se podría arreglar esta dificultad? Yo le dije que no la había, que era muy aristocrático desconocer el inglés, y además que el subgobernador llevaba siempre consigo un intérprete; y, sobre todo, que había dicho que la visita sería particular.

A eso del mediodía, cuando nuestros vecinos estaban unos trabajando y otros durmiendo, un coche de dos caballos se detuvo a la puerta de Kailas Babu. Dos lacayos de librea subieron la escalera, y anunciaron en voz alta que el Chota Lord Sajib había llegado. Kailas Babu lo estaba ya esperando, vestido con su antiguo traje de ceremonia y tocado de su turbante ancestral. Tenía con él a Ganesa, a quien había puesto el mejor traje suyo. Cuando oyó anunciar la llegada del Chota Lord Sajib, Kailas Babu corrió anhelante y tembloroso a la puerta, e hizo pasar al visitante, que era un

amigo mío disfrazado. Le hacía saludo tras saludo, andando para atrás, como Dios le daba a entender, e inclinándose profundamente a cada paso. Había tendido su antiguo chal de familia sobre la dura silla de madera, y rogó al Sajib que tomara asiento. Entonces pronunció un altisonante discurso en urdu, la antigua lengua cortesana de los sahibs, y ofreció al visitante, sobre su bandeja de oro, una sarta de mohurs de oro, últimos restos de su perdida fortuna. Ganesa, el viejo criado de familia, con la espresión de respeto rayana en el espanto, estaba de pie detrás del Sajib, remojándolo con el pulverizador de esencia y tocándole, con gran cuidado, de vez en cuando, con la caja de filigrana del polvo de rosas.

Kailas Babu espresó repetidamente su sentimiento de no poder recibir a su señoría el Baadur con toda la inmemorial magnificencia propia de su palacio de Nayanjore. Allí sí podía haberlo acojido con la debida ceremonia, pero en Calcuta él no era más que un estraño, un transeúnte, un pez fuera del agua, como quien dice.

Mi amigo, con su sombrero de copa puesto, asentía gravemente. No necesito decir que, según la costumbre inglesa, debió haberse quitado el sombrero al entrar; pero no se atrevía a quitárselo temiendo ser conocido. Y Kailas

Babu y su criado parecían sublimemente ajenos a esta descortesía.

Después de la entrevista, que duró unos diez minutos y que consistió principalmente en reverencias, mi amigo se levantó para despedirse. Los dos lacayos, según estaba concertado de antemano, se llevaron aparatosamente la sarta de mohurs y la bandeja de oro, el viejo chal, el pulverizador de plata y la caja de filigrana del polvo de rosas, y lo colocaron todo, con gran pompa, en el coche, cosa que Kailas Babu consideró como costumbre corriente de los Chota Lord Sajibs.

Yo, desde un cuarto inmediato, lo estaba viendo todo. Ya me dolía el costado de tanto aguantar la risa, y al fin, no pudiéndome contener, me fuí corriendo al cuarto último. De pronto, en un rincón, vi a una jovencita, que sollozaba como si se le fuera a romper el corazón. Al verme riendo de aquel modo, se puso en pie en un arranque de indignación, y, clavando sus grandes ojos negros relampagueantes en los míos, me dijo con una voz que se le anegaba en lágrimas: "¿Qué mal te ha hecho mi abuelo para que hayas venido a engañarlo de este modo? ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué...?"

No pudo más. Ocultó su cara entre sus manos, y rompió en sollozos.

Se me fué la risa. A mí no se me había ocurrido que aquello pudiese ser sino una broma graciosa a más no poder, y, de pronto, descubría que había causado el dolor más terrible a aquel corazón tierno. Lo feo de mi crueldad se levantó ante mí, condenándome. Y me fuí cabizbajo, sin decir nada, como un perro pateado.

Hasta entonces, Kusum, la nieta de Kailas Babu, había sido para mí cosa de poco valor en el mercado del matrimonio, una mujer que esperaría en vano la llegada del marido. Pero ahora veía, sorprendido, que en aquel rincón de aquel cuarto latía un verdadero corazón.

Pasé la noche sin dormir, ajitado de pensamientos. El día siguiente, muy temprano, llevé todo lo robado a casa de Kailas Babu, con la idea de entregarlo secretamente a Ganesa. Esperé fuera, y no viendo a nadie, subí al cuarto de Kailas Babu. Desde el corredor oí a Kusum que preguntaba cariñosamente a su abuelo: "Dada mío, dime todo lo que el Chota Lord Sajib te dijo ayer. ¡Anda, y no te olvides de nada, que me da mucha alegría volverlo a oír todo otra vez!"

Dada no necesitaba más. Radiante de orgullo, relataba todas las alabanzas que el Sajib había hecho, amablemente, de las antiguas familias de Nayanjore. La muchacha estaba sen-

tada ante él, mirándolo y oyéndolo arrobada, dispuesta, por amor a su abuelo, a hacer su papel hasta el fin.

Mi corazón se conmovió profundamente, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Mientras Takur Dada estuvo embelleciendo con su palabra la maravillosa visita del Chota Lord Sajib, aguardé callado en el corredor. Cuando salió del cuarto, entré con las cosas robadas, la puse a los pies de la muchacha, y me volví sin decir nada. El mismo día, más tarde, volví a ver a Kailas Babu. Según nuestras feas costumbres modernas, yo nunca había hecho reverencia alguna al anciano al entrar en su cuarto; pero entonces lo saludé humildemente hasta tocarle los pies. Sin duda él pensó que aquella desusada finura mía era debida a la visita del Chota Lord Sajib; y muy halagado por ello, sus ojos brillaban con una bondadosa severidad. Sus amigos habían venido todos, y él se había puesto a contarles, una vez más, y con gran lujo de detalles, la historia de la visita del subgobernador, adornando su relato con las más vivas fantasías. La entrevista estaba ya convirtiéndose en una cosa épica, tanto por la calidad como por la lonjitud.

Cuando se fueron los demás, hice mi proposición al anciano, de la más sencilla manera. Le dije que aunque yo no podía aspirar a per-

tenecer por mi matrimonio a una familia tan ilustre, sin embargo, etc., etc.

Al pedirle a Kusum, el viejo me abrazó, loco de alegría: "Soy un hombre pobre", dijo, "y nunca podía haber esperado tan buena suerte".

Fué la única vez de su vida que Kailas Babu confesó su pobreza. Y también la única que olvidó, aunque sólo por un momento, el orgullo inmemorial de los Babus de Nayanjore.

10
¿VIVA O MUERTA?

I

KADAMBINI, la viuda de la casa de Saradsánkar, el zemíndar * de Ranijat, no tenía parientes por parte de padre. Uno tras otro, todos se le habían ido muriendo. En la familia de su marido tampoco había nadie a quien pudiera llamar verdaderamente suyo, pues no había tenido hijos. Su único amor era el hijo de su cuñado Saradsánkar, a quien había criado, porque la madre estuvo enferma mucho tiempo, después de haberlo dado a luz. Cuando una mujer hace las veces de madre con un hijo de otra, su amor es muy fuerte, porque no tiene derecho sobre él, quiero decir, ningún derecho de parentesco, sino sencillamente el del amor; y el amor no puede probar con documentos su derecho ante la socie-

* Propietario de tierras.

dad, ni desea probarlo, conformándose con adorar con doble pasión el tesoro inseguro de su vida. Así, pues, todo el amor imposible de la viuda se concentró en la criaturita.

Una noche de Sraban, Kadámbini murió repentinamente. Su corazón, quién sabe por qué, dejó de palpitar. El mundo siguió su marcha en todas partes. Sólo en aquel tierno pechito, que sufría de amor, el reloj del tiempo se detuvo para siempre.

Para que la policía no viniese a molestar, cuatro de los criados bramines del zemíndar se llevaron, sin ceremonia alguna, el cadáver para quemarlo. El lugar donde se quemaban los muertos en Ranijat, estaba muy lejos del pueblo. Había en él una choza junto al estanque, una enorme higuera, y nada más. Antiguamente, un río, seco ahora del todo, pasaba por allí, y una parte de su cauce había sido cavada como estanque, para el cumplimiento de los ritos funerarios. La jente creía que el estanque era parte del río, y le tenía gran reverencia.

Los cuatro hombres entraron el cuerpo en la choza y se sentaron a esperar que trajeran la leña. Cómo tardaban tanto, dos de ellos, Nitain y Gurúcharan, se cansaron y se fueron a ver por qué nó la traían. Bidu y Banamali se quedaron velando el cuerpo.

La noche de Sraban estaba oscura, y pesadas nubes pendían del cielo sin estrellas. Los dos hombres, sentados en la sombra, callaban. De nada les sirvieron los fósforos ni la lámpara. Los fósforos, húmedos, no ardían a pesar de todos sus esfuerzos, y la lámpara se había apagado. Después de un largo silencio, uno de ellos dijo: "Hermano, mejor sería ir por un poco de tabaco, que se nos olvidó con la prisa".

Contestó el otro: "Yo iré en una carrera y traeré todo el que haga falta".

Comprendiendo por qué Banamali quería irse, * Bidu dijo: ¡"Sí, claro está y mientras, me quedaré yo aquí solito!"

Callaron de nuevo. Cada minuto les parecía un siglo. Maldecían, en su pensamiento, a los dos que se habían ido por la leña, que estarían seguramente sentados en algún sitio agradable, charlando. Sólo se oía en el silencio el incesante rumor de las ranas y de los grillos del estanque. De pronto, creyeron que la cama de la muerta se sacudía levemente, como si el cadáver se hubiese revuelto. Bidu y Banamali murmuraron temblando: "Ram, Ram". Entonces se oyó un hondo suspiro, y los dos vi-

* Se supone que el lugar de la cremación está frecuentado por espectros.

jilantes salieron huyendo despavoridos hacia la aldea.

Habrían corrido cosa de una legua, cuando encontraron a sus compañeros, que volvían con un farol. Lo que habían hecho era fumar, y no sabían una palabra de la leña. Sin embargo, aseguraron que ya estaba derribado un árbol y que en cuanto lo destrozaran la traerían. Bidu y Banamali les contaron lo ocurrido en la choza, pero Nitai y Gurúcharan se burlaron de ellos y los colmaron de insultos por haber abandonado así su deber.

Los cuatro volvieron de prisa a la choza. Desde la puerta, vieron que no estaba allí el cadáver. Sólo la cama vacía. Los cuatro se quedaron mirándose. ¿Se lo habría llevado un chacal? Pero por ninguna parte quedaba un vestigio de ropa. Salieron, y en el fango de la puerta de la choza, vieron que había recientes huellas diminutas de unos pies de mujer. Como Saradsánker no era tonto y no creería probablemente en un cuento de aparecidos, los cuatro decidieron, después de discutirlo mucho, que lo mejor sería decir que el cuerpo había sido quemado.

Al amanecer, cuando los hombres que traían la leña llegaron, los otros les dijeron que como tardaban tanto, habían quemado el cadáver sin esperar más; que después de tanta busca, en-

contraron leña por la choza. No era fácil que los otros dudaran, porque un cadáver no es objeto tan valioso que quiera nadie robarlo.

II

No hay quien ignore que la vida, a veces, aunque no dé señal de ello, está secretamente presente, y que puede volver a un cuerpo muerto en apariencia. Kadámbini no había muerto. No fué más sino que la máquina de su cuerpo se había parado de pronto, sin saberse por qué.

Cuando volvió en sí, una espesa oscuridad la rodeaba. Pensó que no estaba acostada donde siempre. Llamaba: "¡Hermana!", pero nadie le respondía en la sombra. Al incorporarse, recordó, pasmada de espanto, su cama mortuoria, el dolor súbito de su pecho, aquel comienzo de su ahogo. Su cuñada, la mayor, estaba calentando leche para el niño. De pronto, ella se sintió desfallecer y cayó sobre la cama, diciendo con voz ahogada: "Hermana, no sé lo que tengo. Tráeme al niño". Después, todo se hizo negro, como cuando se nos vuelca el tintero sobre el libro, en el colejio. Su conciencia, su memoria, todas las letras del libro del mundo, se hicieron en un momento informes. No

podía recordar si el niño, con dulce voz de amor, la llamó "Tita" por última vez o no; si, al dejar el mundo familiar, para el infinito viaje desconocido de la muerte, había recibido el regalo de una apasionada despedida, ese óbolo que da el amor para la tierra silenciosa. Al principio, tal vez creyó que aquel oscuro lugar solitario era la Casa de Yama, donde nada se ve, ni se oye, ni se hace, y todo es vela eterna. Pero al sentir el frío viento húmedo que entraba por la puerta y el croar de las ranas, recordó lúcidamente, en un punto, todas las lluvias de su corta vida, y sintió su parentesco con la tierra. Centelleó entonces un relámpago y apareció a su luz el estanque, la higuera, la llanura inmensa, los árboles lejanos. Recordaba que había venido algunas veces, con la luna llena, a bañarse allí, y lo terrible que le había parecido la muerte, una vez que vió un cadáver en el lugar de la cremación.

Lo primero que se le ocurrió fué volver a su casa, pero pensó al punto: "¿Cómo puedo volver, si estoy muerta? Atraería sobre todos la desgracia. Yo he abandonado ya el reino de la vida y no soy más que mi propio fantasma. Si no, ¿cómo podía haberme salido del bien guardado zenana * de Saradsánkar, haber ve-

* Habitaciones reservadas a las mujeres.

nido a este lugar distante de la cremación a medianoche? Y además, si mis ritos funerarios no se hubiesen ya consumado, ¿dónde están los hombres que habían de quemarme?" Al recordar el momento de su muerte, en la casa alegre de Saradsánkar, ¡se sentía tan sola en aquel sitio de los muertos, lejano, desierto y oscuro! Seguramente ella no pertenecía ya al mundo de los vivos. Ahora era un ser de espanto, de mal augurio, su propio espectro.

Pensando así, todas las ataduras que la ligaban al mundo saltaron. Sintió que tenía fuerza maravillosa, libertad infinita, que podía hacer lo que quería, ir donde quisiera. Enloquecida por esta sujestión, salió de la choza como una racha de viento y se detuvo en el lugar de la cremación. No le quedaba rastro de timidez ni de temor.

Pero a medida que iba andando, andando, sus pies se le cansaban, se le rendía todo el cuerpo. Ante ella estaba el llano inmenso. Aquí y allá se hundía en agua hasta la rodilla, por los arrozales.

A la primera luz del alba, oyó piar unos pajarillos en los bambús, junto a las casas aun lejanas. Un gran terror se apoderó de ella. No podía adivinar qué nueva relación sería la suya con la tierra y con los vivos. Mientras

estuvo en la llanura y en el campo de los muertos, envuelta en la oscura noche de Sraban, no había sentido miedo alguno, libre ciudadana de su propio reino. Pero ahora, en el día, las casas de los hombres la atemorizaban. Hombres y fantasmas se temen mutuamente, porque sus tribus habitan distintas orillas del río de la muerte.

III

Sus ropas estaban apegotadas de barro. Su nocturno caminar, entre pensamientos estraviados, le había dado aspecto de loca. Realmente, su aparición era para amedrentar a cualquiera, y los niños pudieran apedrearla o huir de ella espantados. Por fortuna, quien primero la vió fué un caminante, el cual se le acercó y le dijo: "Madre, pareces mujer decente. ¿A dónde vas sola y de ese modo?"

Kadámbini, sin poder fijar sus ideas, se quedó mirando en silencio al caminante. No le era posible pensar que pertenecía aún a este mundo, que pareciese mujer decente, que un caminante le hiciera preguntas.

El hombre le dijo otra vez: "Vente con-

migo, madre. Yo te llevaré a tu casa. Dime donde vives."

Kadámbini se quedó pensativa. Volver a casa de su suegro, era absurdo. Y ella no tenía casa paterna. De pronto, se acordó de Yogmaya, su amiga de la infancia. No la había visto desde su adolescencia, pero habían seguido escribiéndose, con riñas, como es de suponer, porque Kadámbini deseaba hacer evidente que su cariño por Yogmaya no tenía límites, mientras que su amiga se quejaba de no ser bien correspondida. Y las dos estaban seguras de que si alguna vez volvían a encontrarse en la vida, serían inseparables.

Dijo, pues, al caminante: "Quiero ir a casa de Srípati, en Nisíndapur."

El iba a Calcuta, y Nisíndapur, aunque algo desviado, le cojía de camino; conque llevó a Kadámbini a casa de Srípati, y las dos amigas se volvieron a ver. Al principio no se reconocían, pero poco a poco, cada una fué recordando las facciones infantiles de la otra.

"¡Qué alegría!", dijo Yogmaya. "¡Creí que nunca había de volverte a ver! ¿Pero cómo ha sido esto, hermana? ¿Cómo te ha dado permiso la familia de tu suegro?"

Kadámbini permaneció callada. Luego dijo: "Hermana, no me preguntes por mi suegro.

Dame el peor rincón de tu casa, y trátame como a una criada, que yo haré tu trabajo."

"¿Pero qué estás diciendo?", exclamó Yogmaya. "¿Tú mi criada, tú que eres mi mejor amiga..., mi... mi...?" Y así sucesivamente.

Entonces entró Srípati. Kadámbini se quedó mirándolo fijamente un rato, y luego salió despacio. Ni se cubrió la cabeza, ni mostró la menor molestia, ni el más lijero respeto. Yogmaya, temiendo que Srípati no acojiera bien a su amiga, comenzó a hacerle una relación complicada; pero Srípati, que jeneralmente asentía a cualquier cosa que dijera Yogmaya, cortó en seco el cuento, dejándola llena de incertidumbre.

Kadámbini se quedó allí, pero no podía identificarse con su amiga, porque la muerte las separaba. Mientras su existencia le fuese dudosa y perdurase su conocimiento, ella no podía sentir intimidad con los demás. Miraba a Yogmaya y se quedaba murmurando pensamientos: "Ella tiene marido y ocupaciones, y vive en un mundo lejano del mío. Ella comparte cariño y deberes con los de este mundo, y yo soy una vana sombra. Ella es de la tierra, y yo de la eternidad."

Yogmaya estaba también inquieta, sin explicarse la razón. La mujer ama poco el misterio, porque, aunque lo incierto puede tras-

mutarse en poesía, en heroísmo, en saber, no se puede aprovechar para los deberes caseros. Así, cuando una mujer no comprende una cosa, la destruye, la olvida o la hace apta para su servicio propio; y si no logra confinarla en ninguna de estas formas, le toma odio. Mientras más abstraída estaba Kadámbini, más irritada se ponía Yogmaya con ella, preguntándose qué preocupación pesaría sobre aquel entendimiento.

Después surgió otro conflicto: Kadámbini se asustaba de sí misma y no podía huirse. Los que tienen miedo de fantasmas, temen a lo que pueda estar detrás de ellos y en lugares en donde no se ve; pero el terror más grande de Kadámbini estaba dentro de ella misma. A medianoche, sola en su cuarto, gritaba; en la velada, si veía su sombra a la luz de la lámpara, todo su ser se estremecía. Su miedo llenó de miedo a todos los de la casa. Los criados y Yogmaya misma comenzaron a ver sombras.

Una madrugada, Kadámbini salió llorando de su dormitorio y jimió a la puerta de Yogmaya que le abrieran. "¡Hermana, hermana", decía, "déjame que me acueste a tus pies! ¡No me hagas dormir sola!"

La indignación de Yogmaya fué tan grande como su miedo. De buena gana hubiera

echado de su casa a Kadámbini en aquel mismo instante; pero el buenazo de Srípati consiguió a duras penas tranquilizar a su huéspeda, y la puso en la habitación de al lado.

Al otro día, Srípati fué llamado inesperadamente a las habitaciones de su mujer. Yogmaya le riñó: "¿Y te llamas hombre? De modo que una mujer se escapa de casa de su suegro, se te mete en la tuya, se pasa un mes en ella, y no se te ocurre decirle la menor indirecta para que se vaya, ni se te oye la menor protesta... Haz el favor de explicarme qué significa esto. ¡Todos los hombres sois iguales!"

La mayor parte de los hombres profesan un cariño tan poco razonable a sus mujeres, que con él dan motivo a que se les quite la razón. Aun cuando Srípati estaba dispuesto a tocar el cuerpo de Yogmaya y a jurar que sus buenos pensamientos hacia la desamparada y hermosa Kadámbini no excedían un punto de lo debido, le era imposible probarlo con su comportamiento. El pensaba que la familia del suegro de Kadámbini debía haber tratado mal a la infeliz viuda, y que ella no la pudo soportar más y se vió obligada a refugiarse en casa de su amiga. No teniendo ella padre ni madre, ¿cómo había él de des-

ampararla? Y diciendo esto a su mujer, procuró desentenderse del asunto, pues no era su intención angustiar a Kadámbini con preguntas desagradables.

Su mujer entonces inventó otros medios de ataque contra su calmoso marido, hasta que éste comprendió que su amor a la paz le imponía avisar al suegro de Kadámbini. Una carta podía no dar resultado satisfactorio; de modo que resolvió ir él mismo a Ranijat y obrar con arreglo a lo que sucediera.

Así, pues, Srípati se fué. Yogmaya, por su parte, dijo a Kadámbini: "Amiga mía, no me parece bien que sigas aquí más tiempo. ¿Qué diría la jente?"

Kadámbini, muy seria, miró con fijeza a Yogmaya y le dijo: "¿Y qué tengo yo que ver con la jente?"

Yogmaya se quedó pasmada. Luego respondió con acritud: "¡Si tú no tienes nada que ver con la jente, nosotros si tenemos que ver! ¿Cómo quieres que expliquemos el secuestro de una mujer de otra casa?"

Dijo Kadámbini: "¿Y dónde está la casa de mi suegro?"

"¡Maldito sea!", pensó Yogmaya, "¿qué irá a decir esta desgraciada!"

Lentamente, Kadámbini fué h a b l a n d o: "¿Qué tengo yo que ver con vosotros? ¿Soy

acaso de esta tierra? Vosotros reís, lloráis, amáis, cojéis cada uno lo vuestro y os aferráis a ello; yo, solo miro. Vosotros sois humanos; yo, una sombra. ¡No puedo comprender por qué me retiene Dios en este mundo vuestro!"

Eran tan extrañas sus miradas y sus palabras, que Yogmaya comprendió algo de lo que quería decir, aunque no todo. Y viendo que no era posible despedirla ni preguntarle más, se fué de allí, preocupada con sus pensamientos.

IV

Serían las diez de la noche cuando Srípati volvió de Ranijat. La lluvia torrencial inundaba la tierra. Parecía que ya nunca dejaría de llover, que no terminaría más la noche.

Yogmaya le preguntó: "¿Qué hay?"

"Voy ahora mismo. Tengo mucho que contar." Diciendo esto, Srípati se mudó de ropa y se sentó a comer. Luego se echó a fumar un poco. Todo era duda en su pensamiento.

Su mujer contuvo un buen rato su curiosidad; pero, al fin, se fué al diván de él y le preguntó: "¿Qué te han dicho?"

"Que estás completamente equivocada."

Yogmaya se picó. Una mujer nunca se equivoca, y si se equivoca, el hombre sensato no debe darse por entendido. Más le vale echar la equivocación sobre sus propios hombros. Saltó Yogmaya: "¿Y puedo saber en qué?"

Srípati respondió: "Esta mujer que tieñes en tu casa no es Kadámbini."

Al oír esto, Yogmaya se sintió muy fastidiada, especialmente porque era su marido el que lo decía. "¿De modo que no conozco yo a mi amiga? ¡Tendré que preguntártelo a ti! ¡Cuidado que eres listo!"

Srípati dijo que no era necesario discutir ahora su listeza, y que podía probar lo dicho porque era indudable que Kadámbini había muerto.

Yogmaya contestó: "Estoy segura de que has metido la pata. ¿A que has ido a otra casa a preguntar? Y no te habrás enterado de lo que te han dicho... ¿Quién te mandaría a ti ir? Escribe, y así se aclarará todo."

Srípati se resintió mucho de la desconfianza de su mujer sobre su habilidad ejecutiva, y fué sacando a relucir, sin resultado alguno, toda clase de pruebas. Era medianoche y aún estaban discutiendo. Ya habían llegado los dos a un acuerdo en lo de despedir a Kadámbini; pero Srípati creía que su huéspeda había estado engañando todo el tiempo a su mujer

con su pretendida amistad, y Yogmaya, que era una prostituta; y ninguno de los dos quería darse por vencido. Sus voces se fueron haciendo recias, olvidados de que Kadámbini dormía junto.

El decía: "No seas así, mujer; te digo que lo oí con mis propios oídos." Y ella contestaba furiosa: ¿"Y qué me importa a mí eso? ¿Acaso no tengo yo ojos?"

Por fin, Yogmaya terminó: "Bueno, pues dime cuándo murió." Pensaba así cojer a su marido, porque ella tenía cartas de Kadámbini.

El dijo la fecha de la muerte, que había sido el día antes de la llegada de la huéspeda. El corazón de Yogmaya se estremeció, y el mismo Srípati se alteró un poco.

Entonces la puerta se abrió de pronto, y una racha de viento húmedo apagó la lámpara. Tras él se entró la sombra y llenó toda la casa. Kadámbini estaba allí. Sería la una, y la lluvia rebotaba fuera.

Kadámbini dijo: "Amiga yo soy Kadámbini, pero estoy muerta."

Yogmaya dió un grito de espanto y Srípati se quedó sin habla.

"Pero aparte de estar muerta", siguió Kadámbini, "no te he hecho mal alguno. No me quieren los vivos ni los muertos. ¡Ay!, ¿a

dónde iré?" Y llorando como para despertar al Creador dormido en la negra lluvia de la noche, repitió: "¡Ay!, ¿a dónde iré?"

Diciendo esto, Kadámbini dejó a su amiga desmayada en la casa oscura y salió al mundo, buscando su lugar.

V

Es difícil saber cómo Kadámbini llegó a Ranijat. Al principio no se presentó a nadie, y pasó todo el día en un templo ruinoso, desfallecida de hambre. La tarde de lluvia se iba poniendo, antes de su hora, negra como la pez. Cuando todos, apretándose en las casas, esperaban medrosos la tempestad inminente, salió Kadámbini. Al llegar a la casa de su suegro, se le saltaba el corazón; se echó un velo espeso por la cara y entró. Creyéndola una criada, los porteros la dejaron pasar. La lluvia caía a torrentes y aullaba el viento.

La mujer de Saradsánkar estaba jugando a las cartas con su hermana viuda. En la cocina había una criada, y el niño, enfermo, dormía en la alcoba. Kadámbini, procurando no ser vista, entró en el cuarto del niño. Ella

misma no sabía a qué había vuelto a casa de su suegro. Sentía sólo un afán inmenso de ver otra vez al niño, sin pensar qué vendría después.

En la alcoba encendida vió al niño, que dormía apretando sus puñitos, afilado el cuerpo por la calentura. Mirándolo, su corazón se puso seco y sediento. ¡Si pudiera estrechar el cuerpecito doliente contra su pecho! Pensó en seguida: "Yo no existo, y nadie me vería. Esa madre no piensa más que en la jente, en la charla y en las cartas. Cuando yo estaba con el niño, ella, libre, no se preocupaba de él en absoluto. ¿Quién lo cuidará ahora como yo lo cuidaba?"

El niño dió una vuelta y gritó medio dormido: "¡Tita, dame agua!" "¡Hijo mío! ¡No había olvidado a su tita!" Kadámbini, escitada, febril, fué por agua, y cogiendo al niño contra su pecho, se la fué dando.

Mientras estaba dormido, el niño no sintió estrañeza alguna al tomar el agua de la mano acostumbrada; pero cuando Kadámbini, colmando su anhelo largamente esperado, lo besó y comenzó a mecerlo para que no se despertara, el niño abrió los ojos y le dijo abrazándola: "¿Tú te moriste, tita?"

"Sí, mi vida."

"¿Y has vuelto, verdad? ¡No te mueras otra vez!"

Antes de que pudiera contestarle, vino la catástrofe. Una de las criadas, que entraba con una taza de sago, la dejó caer, y ella misma rodó al suelo. Con el ruido, la madre dejó sus cartas, y al entrar en la alcoba, se quedó rijida como un poste, sin poder hablar ni huir. Viéndolo, el niño también sintió miedo, y se echó a llorar. Lloraba: "¡Vete, tita; vete, vete!"

Kadámbini comprendió entonces que no había muerto. El cuarto conocido, las cosas de antes, el mismo niño, el mismo amor, la volvieron a su vivir, sin cambio ni diferencia entre ella y lo demás. En casa de Yogmaya comprendió que estaba muerta su amiga de la infancia; en la alcoba del niño, supo que la tita no estaba muerta, ni cosa que se le pareciese. Dijo angustiosamente: "¿Por qué me temes, hermana? ¿No ves que soy la misma de antes?"

Su cuñada no pudo más y cayó desmayada. Saradsánkar vino a la zenana, y juntando las manos, le dijo lastimeramente a Kadámbini: "¿Por qué has hecho esto? ¡No tengo más hijo que Satis! ¿A qué te apareces a él? ¿No somos tus parientes? Desde que te fuiste, la calentura se ha ido comiendo al niño día tras

día. A toda hora te llama: "¡Tita, tita!" Tú has dejado el mundo, rompe los lazos de esta maya *, que ya te haremos los funerales."

Kadámbini no podía con tanto sufrimiento. Gritó: "¡No estoy muerta! ¡No estoy muerta! ¡Qué haré yo para que te convenzas de que estoy viva! ¡Estoy viva! ¡Estoy viva!" Cojió del suelo una jarra de cobre, y se golpeó la frente con ella. La sangre corrió. "¡Mira", gritaba, "mira cómo estoy viva!"

Saradsánkar se había quedado inmóvil como una estatua. El niño chillaba asustado. Las dos mujeres seguían desmayadas en el suelo.

Entonces Kadámbini, gritando: "¡No estoy muerta, no estoy muerta!", bajó los escalones del pozo del zenana y se echó en él de cabeza. Saradsánkar oyó el golpe desde arriba.

La lluvia torrencial siguió cayendo toda la noche y toda la madrugada. Al mediodía siguiente aún llovía. Kadámbini había tenido que probar, muriendo, que no estaba muerta.

---

* Afecto ilusorio que liga un alma a este mundo.

11

"¡TE CORONAMOS REY!"

CUANDO Nabendu Sékar se casó con Arúnleka, el Dios de las bodas sonreía detrás del fuego del sacrificio. ¡Ay, lo que es diversión para los dioses no siempre lo es para nosotros, pobres mortales!

Purnendu Sékar, el padre de Nabendu, era bien conocido entre los altos dignatarios ingleses del gobierno. Había llegado, en el viaje de la vida, hasta las orillas de la Raibajaduría, remando con dilijencia en el salaam *. Guardaba lo bastante para mayores avances; pero al cumplir los cincuenta y cinco años, fija aún su dulce mirada en el nebuloso pico del Rajalato, se encontró de pronto transportado a esa rejión donde los hombres terrenos y las condecoraciones no son nada; y su cuello, cansado del salaam, halló descanso eterno en la pira funeraria.

---

* Reverencia.

La ciencia moderna dice que la fuerza no se destruye, sino que, convertida en otra fuerza, se aplica a otro punto. Así la fuerza del salaam de Purnendu, esclava constante de la voluble Fortuna, descendió de los hombros del padre a los de su digno hijo: y la juvenil cabeza de Nabendu Sékar comenzó a moverse de arriba abajo, ante las puertas de los altos dignatarios ingleses, como una calabaza mecida por el viento.

Las tradiciones de la familia en que Nabendu había entrado por el matrimonio, eran completamente distintas de las de la suya; y Pramatanat, el hijo mayor, se había ganado el cariño de sus parientes y el respeto de sus amigos, que alzaban sus ojos a él como a un perfecto ideal.

Pramatanat era bachiller, y además tenía sentido común; pero no desempeñaba alto cargo alguno, ni cobraba ningún sueldo espléndido, ni ejercía la menor influencia con la pluma. Ninguno de los de arriba le tendía la mano, porque los ingleses deseaban tenerlo lejos, tanto como él quería estarlo de los ingleses; y así, su resplandor estaba limitado a la esfera de la familia y los amigos, y fuera de ellos nadie lo admiraba.

Sin embargo, Pramatanat había estado, en cierta ocasión, tres años en Inglaterra. La

bondadosa acojida que allí tuvo lo enterneció tanto que, olvidando la pena y la humillación de su país, volvió a él vestido a la europea, lo que al principio apenó un poco a sus hermanos y hermanas. Después comenzaron a pensar que la indumentaria europea a nadie le sentaba mejor que a él, y llegaron, poco a poco, a compartir su orgullo y su dignidad.

Al volver de Inglaterra, Pramatanat resolvió enseñar al mundo a tratar a los angloindios como iguales. Los paisanos nuestros, pensaba Pramatanat, que creen imposible tal hermandad, a menos que nos arrodillemos ante ellos, sólo demuestran una absoluta falta de respeto por sí mismos y una gran injusticia para los ingleses.

Trajo cartas de presentación de muchos personajes ingleses de la isla, con lo cual consiguió que lo recibiera bastante bien la sociedad angloindia. De vez en cuando, disfrutaba con su mujer de la hospitalidad inglesa en tés, comidas, deportes y festivales. Su buena suerte le embriagó, y comenzaba ya a producirle no sé qué agradable hormigueo en toda la sangre de sus venas.

Por entonces, se inauguraba una nueva línea férrea, y muchas personas de la localidad, vanidosos favorecidos del beneficio ofi-

cial, fueron invitados por el subgobernador a hacer el primer viaje, Pramatanat entre ellos. A la vuelta, un sarjento de la policía europea expulsó, con gran insolencia, de uno de los coches a varios caballeros indios. Pramatanat, que estaba en el coche también, vestido a la europea, iba a salir con ellos, pero el sarjento le dijo: "Usted no necesita moverse, caballero. Le suplico que siga en su asiento."

Un instante, Pramatanat se sintió halagado por aquel respeto especial que se le demostraba; pero cuando partió de nuevo el tren, los rayos opacos del sol poniente sobre los arados campos oscuros, le pareció que tendían una llama de vergüenza por toda su patria. Sentado junto a la ventanilla del coche solo, sentía como si entreviera los ojos bajos de la tierra madre, escondida detrás de los árboles; y, perdido en su sueño, lágrimas ardientes corrían por sus mejillas, y su corazón se partía de rabia.

Recordaba el cuento de aquel burro que iba tirando, por las calles, de la carroza de un ídolo. Los transeúntes se inclinaban ante el ídolo hasta tocar el polvo con sus frentes, y el pobre burro se creía que toda aquella veneración era para él. "La única diferencia", se decía Pramatanat, "entre el burro y

yo, está en que yo he comprendido hoy que el respeto recibido no es por mí, sino por la carga de mis hombros."

Al llegar a su casa, Pramatanat llamó a todos los niños de la familia, y encendiendo una gran hoguera, tiró en ella todos sus trajes europeos, uno a uno. Los niños bailaban alrededor del fuego, y cuanto más subían las llamas, más grande era su algazara. Después Pramatanat dejó su sorbito de té y sus pedacitos de tostada de las casas angloindias, y se quedó de nuevo solo en el castillo de su casa, mientras sus amigos insultados inclinaban, de puerta en puerta inglesa, como antes, sus cabezas enturbantadas.

Por una ironía del destino, el pobre Nabendu Sékar se había casado con la hija segunda de esta casa. Ella y sus hermanas estaban bien educadas y eran muy guapas, y Nabendu consideraba que había hecho un magnífico negocio, aunque fué también solícito en hacer ver a la familia de su mujer que ellos también lo habían hecho, y extraordinario. Como por equivocación solía dar a sus cuñadas cartas que su difunto padre había recibido de europeos, y cuando los labios de cereza de las muchachas sonreían sarcásticos, asomando la punta de un puñal reluciente a su vaina de felpa grana, el desdi-

chado comprendía su necedad y se sentía arrepentido.

Labañaleka, la hermana mayor, sobrepujaba a todas en hermosura e injenio. Una vez que encontró ocasión favorable, puso sobre la chimenea del dormitorio de Nabendu dos pares de botas inglesas pintarrajeadas de bermellón, y arregló, alrededor de ellas, flores, pasta de sándalo, incienso y dos velas encendidas, según la manera que prescriben los ceremoniales. Cuando Nabendu entró, dos de sus cuñadas se le pusieron una a cada lado, y le dijeron con burlona gravedad: "¡Reverencia a tus dioses, y que sus bendiciones te hagan próspero!"

La hermana tercera, Kiránleka, se pasó unos cuantos días bordando con seda roja, sobre un chadar *, cien nombres ingleses de los más vulgares, como Jones, Smith, Brown, Thomson, etc., y cuando hubo terminado, le regaló aquel navamali ** a Nabendu Sékar, con gran aparato.

La cuarta, Sasánkaleka, muy niña aún y, por tanto, insignificante, le dijo: "Hermano, yo te haré una sarta de cuentas para que repitas con ellas los nombres de tus dioses...

---

* Trozo de tela.

** Chadar con los nombres de los dioses indios que se lleva en los ejercicios religiosos.

los Sahibs." Sus hermanas le riñeron: "¡La impertinente de la niña!"

Sentimientos de vergüenza y de ira alternaban en el corazón de Nabendu Sékar; pero él no podía renunciar a la amistad de sus cuñadas, sobre todo la mayor, que era hermosísima. La miel no era menor que la hiel, y Nabendu gustaba a la vez la dulzura de aquélla y la amargura de ésta. La mariposa herida zumba en torno de la flor, ciega de encono, pero no puede irse.

A Nabendu le subyugaba de tal manera la amistad de Labañaleka, que comenzó a negar su afán de dignidades europeas. Si iba a adular al Burra Sahib, hacía ver que iba a oír un discurso del Sr. Surendranat Báneryi, y cuando iba a la estación a cumplimentar al Chota Sajib, que volvía de Darjiling, le contaba a su cuñada que había ido a esperar al menor de sus tíos.

Para el infeliz era una dura prueba verse entre los fuegos encontrados de sus sahibs y sus cuñadas, las cuales juraban secretamente que no cejarían hasta que aquéllos quedasen derrotados.

Se supo por entonces que el nombre de Nabendu iba a ser incluído en la lista de honor que se preparaba con motivo del Cumpleaños, y que con esto subiría el primer pel-

daño de la escalera del Paraíso, pues lo iban a nombrar Raibajadur. El pobrecillo no tenía valor para dar la feliz noticia a sus cuñadas. Una noche, sin embargo, en que la luna de otoño bañaba la tierra con sus rayos traviesos, Nabendu sintió tan lleno su corazón, que no pudo contenerse más y le contó la noticia a su mujer. Al otro día, la señora Nabendu se fué en su palanquín a casa de su hermana mayor, y con voz ahogada en lágrimas, se lamentó de su mala suerte.

"¡No le va a salir un rabo porque le hagan Raibajadur, hija!", le dijo Labaña. "¿Por qué has de sentirte tan humillada?"

"¡Ay, no, no, hermana mía!", contestó Sarunleka. "¡Yo me resigno a cualquier cosa menos a ser una Raibajadurní!" Era el caso, que entre sus amistades había un tal Bhutnath Babu, que era Raibajadur, y esto explicaba su profunda aversión por este cargo.

Con voz tranquilizadora, Labaña dijo a su hermana: "No te apures tú, hermana, que yo haré lo que pueda para evitarlo."

Babu Nílratan, el marido de Labaña, era abogado en Buxar. A fines de otoño, Nabendu recibió una invitación de Labaña para que les hiciera una visita, y Nabendu salió para Buxar muy complacido.

La entrada del invierno en aquella provin-

cia occidental había dotado a Labañaleka de nueva salud y hermosura, pintando de una rosa ardiente sus pálidas mejillas. Parecía ahora un junco de kasa, cargado de flor, a la orilla solitaria de un arroyo, en el día claro de otoño. A los ojos fascinados de Nabendu, aparecía más bien como una mata florida de malati, derramando gotas brillantes de rocío a la luz de la mañana.

Nunca se había sentido Nabendu más feliz. La exuberancia de su propia salud y el estímulo de la agradable presencia de su hermosa cuñada, lo ponían tan lijero que hubiese podido andar por los aires. Frente al jardín, el Ganjes le parecía como si fluyera interminablemente a rejiones desconocidas, en la forma de sus locos pensamientos.

Cuando, al amanecer, volvía de su paseo por la orilla del río, los dulces rayos del sol invernal daban a su cuerpo esa grata sensación de calor que sienten los amantes cuando se abrazan. Algunas veces, al regresar a casa, encontraba a su cuñada entretenida en guisar. Se le ofrecía como pinche y demostraba su escasa habilidad y su ignorancia a cada instante. Pero no parecía desear mejorarse con la práctica y la atención, sino que, por el contrario, disfrutaba gustosísimo de las riñas de su cuñada. Siempre hacía todo

lo posible para hacer ver que era tan inútil como un niño de teta, mezclando especias, manejando la sartén, o regulando el calor a fin de que las cosas no se quemasen y era debidamente recompensado con sonrisas lamentables y con refunfuños.

A mediodía se hartaba de la rica comida que le ponían delante, incitado por su buen apetito y por las cariñosas persuasiones de su cuñada.

Luego se ponía a jugar a las cartas, en lo que demostraba igual torpeza. Hacía trampas, espiaba la mano de su contrario, discutía, pero jamás ganaba un solo juego y, lo que es peor, no se daba nunca por vencido. Y aunque todos los días se burlaban de él, él permanecía incorrejible.

Sólo en una cosa había cambiado por completo, al menos por el momento; había olvidado que las sonrisas de los sahibs eran la meta de su existencia, y empezaba a comprender lo feliz y digno que puede uno llegar a ser ganándose el cariño y la estimación de los que nos rodean.

Además, Nabendu se movía ahora en un medio nuevo. El marido de Labaña, Babu Nílratan, abogado prestijioso, era reprochado por muchos porque se negaba a cumplimentar a los altos empleados europeos, a cuyos

reproches Nílratan contestaba siempre lo mismo: "No, gracias; si no son bastante finos para devolverme mi visita, la finura que yo les regale es una pérdida de la que nunca me podré resarcir. Las arenas del desierto son, sin duda, muy blancas y relucientes, pero yo prefiero mil veces sembrar en la tierra negra, donde puedo poner mi esperanza."

Nabendu comenzó a tener ideas semejantes, sin pensar en su porvenir. Su candidatura para la Raibajaduría prosperaba en el terreno cuidadosamente preparado por su difunto padre y por él mismo en otros días, y no necesitaba nuevo riego. ¿No había él acaso construído dispendiosamente un magnífico hipódromo en una ciudad que era centro a la moda de los europeos?

La apertura del Congreso se acercaba, y Nílratan recibió una demanda de sus jefes para que reuniera suscriptores. Nabendu, libre de cuidados, estaba jugando alegremente a las cartas con su cuñada, cuando Nílratan Babu se le acercó, de pronto, con un boletín de suscripciones en la mano, y le dijo: "¿Quieres suscribirte?"

Como de costumbre, la cara de Nabendu mostró espanto. Labaña, con aire preocupado e inquieto, le dijo: "¡No hagas eso nun-

ca! ¡Tu hipódromo se arruinaría para siempre!"

Nabendu, atolondrado, repuso: "¿Te figuras que eso me quita el sueño?"

"No publicaremos tu nombre en los periódicos", añadió Nílratan tranquilizador.

Labaña, aparentando seriedad e interés, dijo: "No sería prudente... Las cosas corren de boca en boca..."

Nabendu replicó con vehemencia: "¡Nada perdería mi nombre porque apareciera en los periódicos!" Y diciéndolo, le quitó el boletín a Nílratan y se suscribió por mil rupias, confiando, en su interior, que los periódicos no darían la noticia.

Labaña se golpeaba la frente con la mano, diciendo entrecortada: "¿Qué..., qué..., qué has hecho?"

"¡Nada malo!", contestó Nabendu jactancioso.

"Pero..., pero...", decía despacio Labaña. "El Sajib guardián de la estación de Seldah, el ayudante del almacén de Whiteaway, el Sais-sajib de Hart Bros., van a enfadarse contigo y no vendrán ya a tu banquete del Puya, a beber champaña en tu honor. ¡Piénsalo bien, Nabendu; mira que estos caballeros no te van ya a dar más palmaditas en la espalda cuando te encuentren!"

"¡Y que me partirán con eso el corazón!", gritó Nabendu rabioso.

Pasaron unos días, y una mañana, cuando Nabendu estaba tomando su té y hojeando su periódico, llamó su atención una carta firmada con una X. X le daba las gracias efusivamente por su donativo, y declaraba que era inestimable el prestigio del Congreso con la adquisición de un hombre como él.

¡Ay, pobre padre Purnendu Sékar! ¿Fué para aumentar el prestigio del Congreso para lo que trajiste a este hijo miserable al mundo?

La nube de su infortunio tenía vueltas de plata. Era evidente que él no sería un cualquier cosa cuando el Comité angloindio por un lado y el Congreso por otro, estaban disputándoselo pacientemente, ansiosos de atraparlo. Así, pues, Nabendu, radiante de alegría, fué con el periódico a su cuñada, y le enseñó la carta. Como si le cojiese de sorpresa, Labaña esclamó asustada: "¡Qué fastidio! ¡Todo lo han de decir! ¿Quién será éste que te quiere tan mal? ¡Valiente fresco! ¡Valiente desvergonzado!"

Nabendu se echó a reír, y dijo: "Bueno, bueno; no digas esas cosas, Labaña; yo lo perdono gustoso y lo bendigo."

Un par de días después, Nabendu recibió por correo un periódico anticongresista de

los angloindios. Traía una carta firmada por *Uno que lo sabe,* que contradecía la noticia de días antes. "Los que tienen el gusto de conocer a Babu Nabendu Sékar", decía el escritor, "no pueden prestar crédito a este absurdo libelo. Tan imposible es que él se haga congresista como que un leopardo cambie de color. Nabendu es hombre de verdadero valer, no un fracasado candidato gubernamental, ni un abogadillo picapleitos; no es de esos que por haber estado unos días en Inglaterra vuelven imitando el vestir y las maneras inglesas, e intentan, a toda costa, entrar en la sociedad angloindia para quedarse luego atrás chasqueado. No, no hay razón alguna para que Babu Nabendu Sékar, etcétera, etc."

¡Padre Purnendu Sékar, buena reputación te habías labrado entre los europeos antes de morir!

Nabendu enseñó también a su cuñada esta carta. Bien claro se decía en ella que él no era un pobre diablo, sino un hombre de verdadero valer.

Labaña exclamó, con la misma finjida sorpresa de la otra vez: "¿Cuál de tus amigos la habrá escrito? ¿Será el revisor de billetes, el comerciante de cueros, o el tambor mayor del fortín?"

"Yo creo que debes rectificar", dijo Nílratan.

"¿Tú crees que es necesario?", repuso Nabendu creciéndose. "¿Tendré que contradecir cada cosilla que quieran decir de mí?"

Labaña inundaba el cuarto con una lluvia de risa. Desconcertado, Nabendu dijo: "¿Pero qué sucede?" Ella seguía riendo sin poder contenerse, y su esbelta figura juvenil se balanceaba de un lado a otro. El torrente de su burla echó al fin por tierra a Nabendu, que dijo con voz lastimera: "¿Es que te figuras que tengo miedo a rectificar?"

"¡Ay, no, hijo mío!", contestó Labaña; "estaba pensando que no desistirás nunca de salvar ese hipódromo tuyo que tanto promete. Mientras hay vida, hay esperanza, ¿verdad?"

"¿Tú crees que es eso lo que me procupa? Pues tú verás", dijo Nabendu desesperado. Y se puso a escribir su rectificación. Cuando la hubo concluído, Labaña y Nílratan la leyeron de cabo a rabo, y dijeron: "No nos parece bastante fuerte la respuesta. Hay que contestar en firme, ¿no te parece?" Y se comprometieron amablemente a revisar la nota, que decía: "Cuando uno que está unido a nosotros por vínculos de sangre, se vuelve nuestro enemigo, es mil veces más peligroso que el peor estraño. Los soberbios angloin-

dios son para el gobierno de la India peores que los rusos y aun que los mismos patanos vecinos... Ellos son la barrera infranqueable que dificulta para siempre la unión amistosa entre el Gobierno y el pueblo. El Congreso ha abierto camino franco, que llevará a una mejor intelijencia entre gobernantes y gobernados, a pesar de los abrojos que los periódicos angloindios han sembrado por todas partes, etcétera, etc.".

Nabendu temía en su interior el mal que esta carta pudiera acarrearle; pero al mismo tiempo se sentía inflado por la escelencia de su escrito, que él, encariñado, creía suyo. Se publicó, pues, la carta, como era debido, y durante algunos días estuvieron apareciendo en diversos periódicos comentarios, discusiones y réplicas, y los aires pregonaron que Nabendu se había hecho Congresista, y la cifra de su suscripción.

Echada ya el alma atrás, Nabendu hablaba ahora como el más fiero patriota. Labaña se seguía riendo por dentro, y se decía: "Sí, sí, ¡todavía tienes que pasar por la prueba del fuego!"

Una mañana, mientras Nabendu, antes de darse su baño, se había untado el pecho con aceite, y probaba varios artificios para llegar con él a lo más inaccesible de su espalda, l

entró el criado una tarjeta, nada menos que del Magistrado del distrito. ¡Santo cielo! ¿Qué haría? No era posible que recibiera al Magistrado Sajib así como estaba, todo untado de aceite, y saltando y sacudiéndose como un pez-koi listo para la sartén, terminó aprisa su baño, se metió en la ropa como pudo y salió desalado a las habitaciones esteriores. El criado le dijo entonces que el Sajib acababa de irse, cansado de esperar. La parte de culpa que en esta intervención dramática cupiera a Labaña, y la del criado, es un problema esquisito, propio para ser resuelto por la ética matemática.

El corazón de Nabendu se estremecía de dolor en su pecho, como el rabo recién cortado de una lagartija. Todo aquel día estuvo enfurruñado lo mismo que una lechuza.

Labaña, sin el menor asomo de su guasa interna en la cara, le preguntaba con voz aflijida: "¿Pero qué tienes? ¿Estás enfermo?"

Nabendu se esforzaba por sonreír y encontrar respuesta humorística. "¿Qué enfermedad puede existir", acabó al fin, "dentro de tu reino, Diosa de la Salud?"

Pero la sonrisa se borró al punto. Pensaba: "Primero, me suscribí para el tesoro del Congreso; luego, publiqué una carta desti-

nada en un periódico y, al fin, como si no fuera bastante todavía, el Majistrado Sajib me hace el honor de visitarme, y yo lo hago esperar. ¡Lo que estará diciendo de mí! ¡Ay, padre Purnendu Sékar, qué ironía del destino! ¡Hacerme parecer lo que no soy!"

A la mañana siguiente, Nabendu se vistió sus mejores ropas, se puso su reloj y su cadena, y se encasquetó un gran turbante en la cabeza.

"¿Dónde vas tan guapo?", le preguntó su cuñada.

"Negocios urjentes...", replicó Nabendu. Labaña no dijo más.

Cuando Nabendu llegó a la puerta del Magistrado, abrió su tarjetero.

"Ahora no es posible que lo vea usted", le dijo, fríjido, el ordenanza.

Nabendu sacó un par de rupias de su bolsillo. El ordenanza *salameó* en el acto, y dijo: "Somos cinco, caballero." Entonces Nabendu sacó un billete de diez rupias, y se lo dió.

El Majistrado, que estaba escribiendo, en bata y babuchas, lo hizo entrar. Nabendu lo *salameó*. El Majistrado le indicó una silla con el dedo y, sin levantar los ojos del papel, le preguntó: "¿En qué puedo servirle, Babu?"

Nabendu, manoseando nerviosamente la cadena de su reloj, dijo con voz vacilante:

"Como ayer tuvo usted la amabilidad de ir a verme a mi casa, señor..."

El Sajib frunció el ceño, y levantando sólo un ojo del papel, le contestó: "Pero, Babu, ¿qué está usted diciendo? ¿Yo a su casa?"

"Perdón, señor", balbuceó Nabendu; "sin duda ha habido alguna equivocación, alguna confusión..." Y calado de sudor, salió tropezando y sin saber cómo, del cuarto. Por la noche, mientras daba vueltas en la cama, una distante voz de ensueño le repetía insistentemente al oído: "¡Babu, eres un completo idiota!"

Camino de su casa, Nabendu llegó a la conclusión de que el Majistrado le había negado lo de la visita porque estaba ofendido con él; conque le dijo a Labaña que había salido a comprar agua de rosas. No había terminado de decirlo, cuando se presentaron seis chuprasis con la insignia de la Recaudación, y después de *salamear* a Nabendu se quedaron sonriendo como unos tontos.

"Vendrán a detenerte por lo de tu suscripción", murmuró Labaña con una leve sonrisa.

Los chuprasis exhibieron una docena de filas de dientes, y contestaron: "Bakshish *, Babu Sajib".

---

* Aguinaldo.

Nílratan salió de una de las habitaciones y dijo iracundo: "¡Bakshish! ¿Por qué?"

Riendo siempre, los chuprasis contestaron: "El Babu Sajib ha ido a ver al Majistrado y hemos venido por bakshish".

"No sabía yo", dijo Labaña, "que el Majistrado vendiera ahora agua de rosas. La frescura no fué nunca el distintivo de su cargo".

Nabendu trató de conciliar el cuento de su compra con su visita al Magistrado, y dijo una sarta de palabras incoherentes que nadie pudo entender.

Nílratan contestó a los chuprasis: "No hay razón para que se os dé bakshish; de modo que os podéis ir".

Nabendu, encojido, dijo: "Son pobres... ¡Qué más da que les demos algo!", y sacó un billete. Nílratan se lo quitó de la mano, diciendo: "Otros lo necesitan más. Yo los socorreré por ti".

Nabendu se quedó muy triste por no poder contentar a aquellos servidores espectrales del iracundo Siva. Cuando se iban, con el rayo en los ojos, Nabendu les miró lánguido y triste, como diciéndoles: "Ya sabéis bien, caballeros, que yo no tengo la culpa".

El Congreso iba a reunirse aquel año en Calcuta. Nílratan se trasladó allí con su mu-

jer, a fin de asistir a las sesiones. Nabendu se fué con ellos.

Al llegar a Calcuta, el partido del Congreso rodeó a Nabendu, y, con una alegría y un entusiasmo sin límites, lo vitorearon, lo colmaron de honores, lo elevaron hasta los cielos. Todo el mundo dijo que si los hombres más significados como Nabendu no se sumaban a la causa, no había esperanza de salvación para la patria. Nabendu no tenía inconveniente en pensar lo mismo, y surjió de su caos de error y confusión en forma de cabecilla. Cuando entró en el Congreso el primer día, todos los asistentes se pusieron de pie y gritaron con voz aguda y estrafalaria: "¡Viva!, ¡Viva!, ¡Viva!", oyendo lo cual, la madre patria se sonrojó de vergüenza hasta el arranque de las orejas.

Para el Cumpleaños de la Reina, el nombre de Nabendu no apareció en la lista de Raibajadures. Pero aquella noche fué invitado por Labaña. Cuando llegó Nabendu, su cuñada, con gran pompa y ceremonia, le regaló un vestido de honor y le puso, con su propia mano, la señal roja dé sándalo en medio de la frente.

Cada una de las otras hermanas le colgó una guirnalda de flores tejidas por ellas. Arúnleka, su mujer, vestida con un sari rosa, y

deslumbrante de joyas, le esperaba en una habitación contigua, roja de sonrisa y de vergüenza. Fueron sus hermanas, y, dándole otra guirnalda, insistieron en que tenía también que hacer su papel en la ceremonia; pero ella no quiso, y la guirnalda principal esperó pacientemente el secreto de la medianoche, ansiosa del cuello de Nabendu.

Las hermanas dijeron a Nabendu: "¡Hoy te coronamos Rey! Este honor no se hará a nadie más que a ti en el Indostán".

Sólo Nabendu sabe si esto lo consoló, aunque nosotros lo dudamos. Creemos que en realidad él será Raibajadur algún día, y que "El Inglés" y "El Adelantado" publicarán artículos que partirán los corazones, lamentando su muerte, cuando ésta llegue. Pero entre tanto, demos tres vivas a Babu Parnendu Sékar: "¡Viva!, ¡Viva!, ¡Viva!"

12
LA RENUNCIACION

I

ERA noche de luna llena, a principios del mes de Falgun. La brisa de la primavera nueva lo penetraba todo, cargada del perfume de las flores del mango, y el trino melodioso del infatigable papiya *, escondido en lo espeso de un viejo lichi del estanque, colmaba el dormitorio insomne de la familia de Mukeryi. Jemanta, tan pronto retorcía inquieto, con los dedos, un rizo de su mujer, como le golpeaba su churi con el brazalete, hasta hacerlo tintinear, como tiraba de la guirnalda de flores de su cabeza y se la dejaba colgando de la cara. Su humor era el de una brisa del anochecer que jugara en torno de un favorito arbusto en flor, abriéndolo suavemente por todas partes para despertarlo.

* Pájaro cantor, de los más dulces de Bengala. Los escritores angloindios le han puesto "el pájaro del ataque cerebral", lo que es pura fantasía.

Pero Kusum seguía sentada sin moverse, hundiendo los ojos por la ventana abierta, en la profundidad, alumbrada de luna, de la lejanía infinita; y las caricias de su marido se perdían.

Por fin, Jemanta le cojió las dos manos a su mujer, y, sacudiéndoselas suavemente, le dijo: "¿Por dónde andas, Kusum? Estoy seguro de que si tuviera la paciencia de buscarte con un telescopio de largo alcance, sólo vería de ti una manchita. ¡Te has alejado tanto! ¡Ay, acércate más a mí, vida mía! ¡Mira qué hermosa está la noche!"

Kusum volvió los ojos del vacío, miró a su marido, y dijo despacio: "Yo sé una mantra * que en un instante desvanecería esta noche de luna y primavera".

"Pues si la sabes", rió Jemanta, "te ruego que no la digas. En cambio, si sabes otra que haga tener a cada semana tres o cuatro sábados y alargar las noches hasta las cinco de la mañana, dímela, que me gustaría oírla".

Y diciendo esto, intentó atraer a su mujer un poquito hacia sí. Kusum, librándose del abrazo, le dijo: "Esta noche quiero decirte aquello que prometí revelarte cuando me fuera a morir, porque esta noche sé que podría so-

---

* Sarta de palabras májicas.

portar cualquier castigo que quisieras darme".

Estaba Jemanta a punto de hacer un chiste a propósito de castigos, recitando un verso del Jayadeva, cuando un roce de chinelas furibundas se oyó acercarse rápidamente. Eran los pasos de Jarijar Mukeryi, el padre de Jemanta. Este, no sabiendo qué ocurría, se puso alarmadísimo.

De pie, en la puerta, Jarijar rujió: "¡Jemanta, echa a tu mujer de la casa!"

Jemanta miró a su mujer y no vió sorpresa alguna en su rostro. Ella no hizo más que esconder su cara entre las manos, deseando, con toda su alma, que en aquel instante pudiera tragársela la nada. El papiya seguía cantando, melodioso y sutil, en la brisa del sur, y nadie lo oía ya. Las bellezas de la tierra son incontables; pero ¡ay, qué fácilmente se disipan!

II

Volviendo a entrar en el cuarto, Jemanta preguntó a su mujer: "¿Es verdad?"

"Sí", contestó Kusum.

"¿Por qué no me lo has dicho antes?"

"Muchas veces quise, y nunca pude; soy una desdichada".

"Pues dímelo todo ahora".

Con voz firme y clara, Kusum contó, gravemente, su historia. Pasó descalza por el fuego, con lento paso valeroso, y sólo ella supo que se abrasaba. Cuando terminó, se levantó Jemanta y salió del cuarto.

Kusum creyó que su marido se había ido para siempre, y le pareció tan natural la cosa, como cualquier lijero incidente de la vida diaria; ¡tan seco y apático se había vuelto su entendimiento durante aquellos instantes! La vida y el amor le parecían completamente vanos y falsos; el recuerdo mismo de las protestas amorosas que su marido le había hecho en los pasados días, sacaba a sus labios una sonrisa agria, dura y sin alegría, como un cuchillo agudo que le cortara de través el corazón. Tal vez estaba pensando que este amor, que en apariencia llenaba la vida, que arrastraba tras sí tanto sentimiento y tanta verdad, que hacía la más breve ausencia tan esquisitamente dolorosa, y la unión de un momento tan intensamente dulce, que parecía ilimitado en su cantidad e infinito en su duración; que este amor cuyo fin no podía ser imajinado ni en futuros nacimientos, no era el amor. ¡Qué débil sostén el suyo! ¡En cuanto intervenía el sacerdocio, el "eterno" amor ya era sólo polvo! No hacía más que un momento que Jemanta le

había suspirado: "¡Qué hermosa está la noche!"; y aún la noche no había concluído, y el mismo papiya seguía cantando, y la misma brisa del sur entraba en el cuarto, conmoviendo las cortinas del lecho, y la misma luna yacía en él, junto a la ventana abierta, dormida como una heroína hermosa que rindiera la alegría; pero ya todo era irrealidad. Y el amor, más falso que ella misma.

III

Por la mañana, Jemanta, deshecho de aquella noche sin sueño, y con aire de loco, se fué a casa de Peari Sankar Gosal. Peari Sankar le preguntó: "¿Qué traes, hijo?"

Jemanta, llameando de pronto como una gran hoguera, respondió con voz temblona: "¡Has manchado nuestra casta! ¡Has traído la destrucción sobre nosotros! ¡Ya lo pagarás!" No pudo seguir. Se ahogaba.

"Y tú has preservado mi casta, ¿no? ¿Tú has impedido mi destierro de la comunidad y me has dado palmaditas cariñosas en la espalda?", dijo Peari Sankar con una sonrisilla sarcástica.

Jemanta deseaba que su furor de bramín

pudiera en un momento reducir a cenizas a Peari Sankar, pero su ira sólo le quemaba a él. Peari Sankar seguía sentado inalterable, como si estuviera en el mejor de los mundos.

"¿He he hecho yo mal alguno nunca?", le preguntó Jemanta con voz rota.

"Contéstame tú a esta pregunta", dijo Peari Sankar. "Mi hija, mi única hija, ¿qué daño había hecho a tu padre?... Tú eras entonces muy joven, y probablemente no te enteraste de nada. Pues oye, y no te alborotes, que es muy gracioso lo que voy a contarte".

"Cuando mi yerno Nabakanta se escapó a Inglaterra con las joyas de mi hija, tú eras un niño todavía. Quizá recuerdes la conmoción del pueblo, cuando, cinco años más tarde, él volvió de abogado; o tal vez no te diste cuenta de ello porque estuvieras en la escuela de Calcuta... Tu padre, arrogándose la jefatura de la comunidad, declaró que si yo enviaba a mi hija a casa de su marido, habría de renunciar a ella para siempre y no consentirle que pisara más el umbral de mi puerta. Me eché a los pies de tu padre y le imploré: "¡Hermano, perdóname sólo por esta vez! ¡Yo haré tragar a mi yerno boñiga, y lo haré pasar por el prayaschitam, pero vuélvelo a recibir en la casta!" Tu padre no accedió. Yo no había de renegar de mi propia hija y, despidiéndome de mi pue-

blo y de mi familia, me fuí a Calcuta. Allí también me persiguió la desventura. Tenía yo hechos todos los preparativos para la boda de mi sobrino, y tu padre alborotó a la familia de la muchacha y deshizo la boda. Entonces juré solemnemente, por la sangre de bramín que corría por mis venas, que me vengaría. ¿Lo vas comprendiendo? Pero espera un poquito más. Te divertirá la historia, que es interesante".

"En Calcuta, al lado de tus habitaciones, vivía un tal Bípradas Chateryi, que ya ha muerto el pobrecillo. Con él estaba una muchacha viuda llamada Kusum, huérfana desamparada de un caballero Kayesta. La muchacha era preciosa, y el viejo bramín la guardaba celosamente de la mirada codiciosa de los estudiantes. Pero para una muchacha no es cosa difícil burlar la vigilancia de su tutor. Kusum subía diariamente a la azotea a tender su ropa, y yo creo que tú pensaste que la tuya era el lugar más a propósito para estudiar. Yo no puedo decir si os hablabais desde vuestras azoteas, pero lo cierto es que la conducta de la muchacha despertó las sospechas del viejo. Ella empezó a descuidar sus deberes caseros y, como Parbati * con sus devociones,

* La mujer de Siva, el Destructor.

comenzó poco a poco a perder el sueño y el apetito. En las veladas, lloraba algunas veces amargamente delante del viejo, sin razón aparente para ello".

"Se descubrió, al fin, que teníais frecuentes entrevistas desde los tejados, y tú acabaste por dejar de ir al Instituto, pensando que la azotea, y a mediodía, era el mejor sitio para estar con un libro en la mano, enamorado, repentinamente, del estudio "solitario".

"Bípradas vino a pedirme consejo, y me lo contó todo. "Tío", le dije, "tú estás deseando, hace mucho tiempo, ir en peregrinación a Benares. Pues lo mejor es que vayas ahora y dejes a la niña a mi cargo, que yo cuidaré de ella".

"El se fué. Yo llevé a la muchacha a casa de Srípati Chateryi, a quien hice pasar por padre suyo. Lo que luego ocurrió, ya tú lo sabes. Ahora, después de habértelo contado todo, ¡qué aliviado me siento! Parece una novela, ¿no? Yo pienso escribirla y publicarla, pero no sé escribir. Tengo entendido que mi sobrino lo hace bien, y me parece que le voy a decir que escriba la historia por mí. Sería bueno que tú le ayudaras, porque el desenlace del cuento no me es bien conocido".

Sin prestar atención a las últimas palabras

de Peari Sankar, Jemanta le preguntó: "¿Kusum se opuso a la boda?"

"Mira", dijo Peari Sankar, "es bastante difícil saberlo. Ya tú sabes, hijo mío, lo que son las cabezas de las mujeres. Cuando dicen "no", están diciendo "sí". Los primeros días después de haber sido trasladada a su nuevo hogar, estaba como loca por no poderte ver. Tú parece que llegaste a descubrir su nueva vivienda, pues solías equivocar tu camino cuando ibas al Instituto y te entretenías frente a la casa de Srípati; y tus ojos no parecían buscar precisamente el Colejio Presidencial, pues se clavaban en las rejas de una casa particular, a través de las cuales sólo insectos y jóvenes corazones lunáticos pueden pasar. Yo sentía pena por los dos comprendiendo que tus estudios se habían interrumpido seriamente, y que la tristeza de la muchacha la tenía en un estado lastimoso".

"Un día llamé a Kusum y le dije: "Oye, hija mía, yo soy un viejo y no debes tener vergüenza de mí. Sé quién es el que tu corazón desea y también que él está loco por ti. Yo desearía que os casarais". Al oír esto, Kusum se deshizo en lágrimas y se echó de pronto a correr. En los siguientes días visité a Srípati varias veladas, y, llamando a Kusum, discutía con ella asuntos relacionados contigo. Pronto lle-

gué a imponerme a su timidez. Cuando le dije que haría todo lo posible por casaros, me preguntó: "¡Pero eso es imposible!" "No te preocupes", le contesté, que yo diré que eres una joven bramín". Después de pensarlo mucho, me rogó que averiguara si tú lo aprobarías. "¡Vaya un capricho!", le dije. "El está enamorado de ti. ¿A qué complicar la cosa? Cuando os hayáis casado, todo parecerá bien. Además, que, como no hay el menor peligro de que esto se sepa nunca, ¿a qué hacer desdichado a un hombre para toda la vida?"

"Ignoro si Kusum aprobaba o no el proyecto. A ratos lloraba; otras veces, se quedaba silenciosa. Si yo decía: "Bueno, dejaremos el asunto", no podía contenerse. Así las cosas, te mandé a Srípati con la proposición de matrimonio. Tú consentiste sin titubear, y todo se arregló".

"Pocos días antes del de la boda, Kusum se puso tan terca en la negativa, que me fué muy difícil volver a convencerla. "¡Vamos a dejarlo", me decía constantemente. "Anda, no seas tonta", le reñía yo. "¿Cómo vamos a volvernos atrás, ahora que todo está arreglado?"

"¡Pues di que me he muerto!", me suplicaba. "¡Mándame a otra parte!"

"¿Y él, qué haría entonces?", dije. "¿Quieres que ahora que está en el séptimo cielo,

esperando que el deseo tan largamente acariciado se realice mañana, le mande a decir que te has muerto? Seguramente mañana tendría yo que darte la noticia de su muerte, y por la noche me anunciarían la tuya a mí. ¿Crees, criatura, que soy capaz de cometer el asesinato de una muchacha y de un bramín, a mis años?"

"Se celebró felizmente la boda en un momento favorable, y yo me vi libre de un deber agobiante que tenía conmigo mismo. Y ahora, otra vez, todo lo sabes tú mejor que nadie".

"¿Y no pudiste, ya que el mal irreparable estaba hecho, haber guardado el secreto?", estalló Jemanta, después de un corto silencio. "¿Por qué me lo has dicho?"

Peari Sankar repuso con la mayor serenidad: "Verás. Cuando yo supe que todo estaba preparado para la boda de tu hermana, dije: "Bueno, he manchado la casta de un bramín; pero eso fué sólo por cumplir mi deber. Ahora que está en peligro la casta de otro bramín, es claro que mi deber es impedir la catástrofe". De modo que les escribí diciéndoles que yo podía probar que tú habías tomado por mujer a la hija de un sudra".

Haciendo un esfuerzo supremo por dominarse, Jemanta dijo: "Y si yo abandono aho-

ra a la muchacha, ¿le darás tú sustento y albergue?"

"Yo he cumplido mi deber", replicó Peari Sankar tranquilamente. "No tengo obligación ninguna de cargar con esposas desechadas." Y luego: "¡A ver!, que traigan un vaso de leche de coco, con hielo dentro, y *pan*, para Jemanta Babu".

Jemanta se levantó, y se fué antes de que le trajeran aquel gracioso regalo.

IV

Era quinta noche de luna menguante, y todo estaba negro. No se oía cantar pájaro alguno. El lichi del estanque parecía un manchón de tinta sobre el fondo, algo menos profundo, del cielo. Ciego, el viento del sur vagaba en la oscuridad, como un somnámbulo. Las estrellas, con sus ojos fijos, trataban de agujerear la sombra, ansiosas de sondar algún misterio profundo.

No había en el dormitorio luz alguna. Jemanta estaba sentado junto a la ventana abierta, al lado de la cama, mirando la sombra. Kusum, echada en el suelo, abrazaba los pies de su marido, descansando la cara sobre ellos.

Era el tiempo como un mar absolutamente silencioso. El destino parecía haber pintado definitivamente aquel único cuadro en el fondo de la noche negra: el aniquilamiento total; en medio, el juez, y a sus pies, la culpable.

Se oyó otra vez el ruido de las babuchas, y Jarijar Mukeryi dijo desde la puerta: "¡Basta ya! ¡No puedo permitirlo más! ¡Echa a esa mujer de la casa!"

Kusum, al oírlo, abrazó los pies de su marido con el fuego de una vida entera, los cubrió de besos y, tocándolos humilde con su frente, se apartó.

Jemanta se levantó, fué a su padre y le dijo: "Padre; yo no la abandono."

"¿Qué está usted diciendo?", rujió Jarijar. "¡Mire usted que perderá su casta!"

"No me importa la casta", dijo Jemanta tranquilo.

"Entonces", replicó el padre, "también renuncio a ti!"

13
EL VENDEDOR DE CABUL

MI hija Mini, que tiene ahora cinco años, no puede estarse callada. Yo creo firmemente que en lo que lleva de vida no ha dejado un solo instante de hablar. Su madre se molesta muchas veces por esto y le riñe para que se calle. Yo no. No me parece natural ver a Mini callada, y no puedo sufrir que lo esté mucho tiempo. Así, siempre que hablo con ella, lo hago animadamente.

Una mañana, por ejemplo, en que yo estaba en medio del capítulo diecisiete de mi nueva novela, mi hija Mini entró en el cuarto y, cojiéndome la mano, me dijo: "Padre, Ramdayal, el portero, llama a un cuervo un kuervo; qué tonto es, ¿verdad?"

Antes de que yo pudiese explicarle las diferentes lenguas y pronunciaciones de este mundo, ya ella se había internado por las aguas de otro mar: "Oye, padre; Bola dice que hay

un elefante en las nubes, que echa agua por la trompa, y que por eso llueve."

Y mientras yo buscaba alguna respuesta a lo último, se puso a correr preguntándome: "Padre, ¿tú qué eres de madre?"

"Es mi hermanita", me susurré involuntariamente a mí mismo; pero, poniéndome serio, logré responder: "Vete a jugar con Bola, Mini, que estoy trabajando."

La ventana de mi cuarto da a la calle. La niña se había sentado a mis pies, junto a mi mesa, y jugaba tocando el tambor suavemente sobre sus rodillas. Yo me enfrasqué, de nuevo, en mi capítulo diecisiete, en el cual Protap Singh, el héroe, había cojido en los brazos a Kanchanlata, la heroína, y se disponía a huir con ella por el balcón del tercer piso del castillo, cuando de repente, Mini dejó de jugar y corrió a la ventana gritando: "¡Un Cabuleño! ¡Un Cabuleño! *. Un Cabuleño iba pasando, en realidad, por la calle. Llevaba el suelto ropón mugriento de los de su raza, y un alto turbante, un saco a la espalda y cajas de uvas en la mano.

No sé lo que se figuró mi hija al ver a aquel hombre, que empezó a llamarlo a gritos. Yo pensé: "¡Ay, lo que es si él entra, mi capítulo

* Vendedor de Cabul.

diecisiete no se acabará en la vida!" En este momento el Cabuleño se volvió y miró a la niña, la que al darse cuenta, huyó despavorida en busca de su madre. Mini creía ciegamente que el hombre llevaba dentro del saco dos o tres niñas, por lo menos, como ella. El Cabuleño entró en la casa y me saludó sonriendo.

Tan decisiva era la situación de mi héroe y de mi heroína, que mi primer impulso fué comprarle algo al Cabuleño, ya que había sido llamado, para que se fuera pronto. Le compré, pues, alguna cosilla, y él se puso a hablarme de Abderrahman, de los rusos, de los ingleses y de la política de la frontera.

Cuando se iba, me dijo: "¿Y la niñita, señor?"

Yo, pensando que era bueno curar a Mini de aquellos absurdos temores, hice que la trajeran.

Mini se puso junto a mi silla, y miraba al Cabuleño y a su saco. El le ofreció nueces y pasas, pero ella no cayó en la tentación, y se apretaba a mí, con más miedo que antes.

Este fué el primer encuentro de ellos dos.

Pocos días después, una mañana, iba yo a salir de casa, cuando vi atónito que Mini estaba sentada en un banco del lado de la puerta, hablando y riendo, con el gran Cabuleño a sus pies. En toda su vida, mi hija quizá no había

encontrado a nadie que la escuchara con tanta paciencia, a no ser su padre; y tenía el extremo de su sarito lleno de almendras y pasas, regalo de su amigo. "¿Por qué les has dado eso?", le dije al Cabuleño. Y sacando una moneda de ocho anas se la di. El aceptó el dinero sin protestar, y se lo echó en el bolsillo.

Pero ¡ay!, al volver yo, una hora más tarde, ví que la desdichada moneda había ocasionado daños por dos veces su valor, pues el Cabuleño se la había dado a Mini, y la madre, echándole el ojo al redondo objeto reluciente, se lo quitó a la criatura, preguntándole: "¿Quién te ha dado esa moneda?"

"Me la dió el Cabuleño", dijo Mini alegremente.

"¿Que te la dió el Cabuleño", esclamó su madre escandalizada. "¿Y por qué se la has tomado?"

Yo entraba entonces, y librando a Mini de un desastre inminente, me puse a hacer averiguaciones.

Según supe, no era esta sola la vez que ellos se habían visto. El Cabuleño había sabido vencer el temor de la niña, con un paciente soborno de nueces y almendras, y ahora los dos eran grandes amigos.

Se daban curiosas bromas, con las que gozaban grandemente. Ella se sentaba frente a

él, y, mirando con toda su diminuta dignidad al jigantesco cuerpo de su amigo, le preguntaba hecha un rizo de risa: "¡Cabuleño, Cabuleño, dime qué tienes en tu saco!" Y él, con el acento gangoso de los montañeses, respondía: "¡Un elefante!"

Tal vez esto no sea un gran motivo de diversión; pero ¡lo que gozaban ellos con la ocurrencia! Para mí, la charla de mi niña con aquel hombre hecho y derecho, tenía en ella algo de fascinador.

El Cabuleño, para no ser menos, le preguntaba a su vez: "¿Bueno, niña, y cuándo vas a ir a casa de tu suegro?"

La mayor parte de las niñas de Bengala saben, desde que nacen, de la casa de su suegro; pero nosotros, que somos un poco modernistas, le habíamos callado estas cosas a nuestra hija; de modo que Mini, al oír la pregunta del Cabuleño, debió quedarse algo perpleja. Pero ella no lo quiso demostrar, y salió del paso con este rodeo: "¿Tú vas allí?"

Entre hombres de la clase del Cabuleño, es bien sabido que "casa del suegro" tiene un doble sentido, que es "cárcel", porque en ésta se nos cuida bien sin que nos cueste nada. El sanote del vendedor tomaba en este sentido la pregunta de mi hija, y, enseñando su puño a algún invisible guardia, le gritaba: "¡Ay, que

paliza le voy a dar a mi suegro!" Mini, al oír esto, rompía en grandes carcajadas, figurándose ya maltrecho al infeliz pariente. Y su formidable amigo reía con ella.

Eran mañanas de otoño, el momento del año en que los antiguos reyes salían en busca de conquistas; y yo, que no podía moverme de mi rinconcito de Calcuta, echaba a vagar mi pensamiento por el mundo. Con sólo oír el nombre de otro país, mi corazón se iba a él; y si veía un extranjero por las calles, me quedaba preso en una red de sueños, con las montañas, los valles y los bosques de su tierra distante, con su casita en aquellos fondos, con la libre y fácil vida de los silvestres campos lejanos. Quizá sea que como llevo una existencia tan vejetativa, los viajes se me representan con más viveza que a otros. La noticia de un viaje sería para mí como un rayo... Viendo al Cabuleño, me trasladaba, al punto, al pie de sus montañas de picos secos, llenas todas de estrechos barrancos que se retuercen por las imponentes alturas. Veía la caravana de camellos cargados de mercancías, y los mercaderes, con sus turbantes, sus antiguas y raras armas de fuego y sus lanzas, camino de las llanuras. Veía..., pero en este instante, la madre de Mini se ponía por medio, suplicándome que tuviera mucho cuidado con aquel hombre.

La madre de Mini es, desgraciadamente, muy medrosa. En cuanto oye el menor ruido en la calle, o ve que viene alguien hacia la casa, piensa siempre que deben ser ladrones, o borrachos, o culebras, o tigres, o la malaria, o cucarachas, o gusanos, o un marinero inglés. De nada le sirve la experiencia, y siempre está lo mismo. El Cabuleño le daba miedo, y ella me rogaba a cada instante que no lo perdiese de vista.

Yo me echaba a reír bondadosamente, pero ella se revolvía contra mí, seria, y me hacía solemnemente preguntas como ésta: "¿Es que no roban a los niños? ¿No era verdad entonces que en Cabul había esclavos? ¿Era un disparate pensar que aquel hombrón pudiera llevarse a la niña, tan chiquita?"

Yo le respondía que tal vez no fuese imposible, pero que no era probable. Ella no se convencía, y continuaba inquieta. Sin embargo, como su temor era injustificado, no me parecía bien decirle al Cabuleño que no viniera. Y la amistad de él y de mi niña seguía libremente.

Todos los años, hacia mediados de enero, Ramun, el Cabuleño, tenía la costumbre de volver a su país; y cuando este momento se acercaba, él andaba arriba y abajo, muy atareado, cobrando de casa en casa lo que le de-

bían. Aquel año, a pesar de sus ocupaciones, siempre encontraba ocasión para venir a ver a Mini, y cualquiera que no estuviese enterado de las cosas, hubiera creído que los dos tramaban alguna conspiración, pues él, si no podía venir por la mañana, se presentaba al oscurecer.

A mí mismo me asustaba un poco, a veces, encontrar de pronto a aquel hombrazo en el rincón de un cuarto oscuro, con aquellas ropas sueltas, todo lleno de alforjas. Pero cuando Mini corría a él, diciendo entre risas: "¡Cabuleño, Cabuleño!", y los dos amigos, de tan diferente edad, volvían a sus bromas y a sus carcajadas, al punto me tranquilizaba.

Una mañana, días antes de la partida del Cabuleño, estaba yo corrijiendo pruebas en mi cuarto. Aun hacía fresco, y el leve calor de los rayos del sol que, a través de mi ventana, llegaban a mis pies, me era amable. Serían las ocho, y los paseantes tempraneros volvían a sus casas con las cabezas cubiertas. De pronto, oí gritos en la calle, y, asomándome, vi que dos policías llevaban atado a Ramun, rodeado de chiquillos. Las ropas del Cabuleño estaban manchadas de sangre, y uno de los policías llevaba un cuchillo. Salí de prisa, los paré y les pregunté qué pasaba. Por lo que unos y otros me dijeron, pude sacar en claro que un vecino

que le debía a Ramun un chal de Rampuri, negaba que se lo hubiese comprado, y que, habiendo pasado de las palabras a los hechos, Ramun lo había herido. En el calor de la escitación, el preso comenzó a insultar a su enemigo con toda clase de nombres, cuando, de pronto, en la galería de mi casa, apareció Mini, gritando como de costumbre: "¡Cabuleño! ¡Cabuleño!" La cara de Ramun se iluminó al verla. Aquel día no llevaba el saco bajo el brazo, y no podía engañarla con lo del elefante. Entonces ella le preguntó: "¿Vas a casa de tu suegro?" Ramun se echó a reír y dijo: "Sí; allí voy, niña." Pero viendo que la respuesta no había hecho reír a Mini, levantó sus manos atadas y dijo: "¡Ay, de buena gana le hubiese dado a ese viejo de mi suegro, pero me han atado los manos!"

Ramun, acusado de homicidio frustrado, fué condenado a varios años de cárcel. El tiempo pasó y nos fuimos olvidando de él. Seguimos trabajando siempre en lo mismo y en el mismo lugar, y rara vez se nos ocurría pensar en el un día libre montañés, ahora preso. Hasta mi alegre Mini, vergüenza me da decirlo, se olvidó de su antiguo amigo. Nuevas amistades llenaron su vida, y a medida que ella iba creciendo, pasaba mayor tiempo con otras muchachas; tanto, que ya no encontraba ocasión de

venir, como antes, al cuarto de su padre, y apenas nos veíamos.

Pasaron los años. Llegó una vez más el otoño, y nos ocupábamos en los preparativos para la boda de Mini, que había de celebrarse en las Fiestas de Puya. Con la vuelta de Durga a Kailas, la luz de nuestro hogar también se iría a la casa del marido, dejando la del padre en sombra.

Era alegre la mañana. Tras las lluvias, una sensación de baño erraba por el aire, y los rayos del sol parecían oro puro. Tan vivos eran, que los sórdidos muros de ladrillo de las callejas de Calcuta deslumbraban con una hermosa claridad. Desde el amanecer, las gaitas de la boda habían comenzado a sonar, y, a cada cadencia suya, me saltaba el corazón. El jemido de aquella melodía bhairavi, parecía agrandar mi pena por la separación que llegaba, pues Mini iba a casarse aquella noche.

La casa estaba llena de bullicio y de idas y venidas. Se estaba preparando en el patio un dosel sostenido por varas de bambú. En los aposentos y galerías se colgaban candelabros tintineantes. La prisa, la ajitación no acababan nunca. Yo estaba sentado en mi cuarto, repasando las cuentas, cuando de pronto alguien saludó respetuosamente, y llegó frente a mí. Era Ramun, el Cabuleño. Al prin-

cipio, no caí en quien fuese, pelado como venía, sin su saco, sin aquel vigor de antes; pero sonrió, y le conocí al punto.

"¿Cuándo has venido, Ramun?", le pregunté.

Contestó: "Anoche me soltaron de presidio."

Sus palabras sonaron mal en mis oídos. Nunca antes había hablado yo con un hombre que hubiese herido a otro, y mi corazón se encojió pensando, contrariado, el mal agüero con que el día empezaba.

"Estoy ocupado con la fiesta", le dije. "¿No te sería igual venir otro día?"

Se volvió para irse, pero al llegar a la puerta, vaciló y me dijo: "¿Y no podría ver a la niña un momento?" El pensaba que Mini seguía siendo la misma niña que antes, y se la figuraba ya corriendo hacia él, como en otros días, y gritando: "¡Cabuleño! ¡Cabuleño!" Se había figurado, también, que hablarían y reirían juntos, como antiguamente. En recuerdo de los pasados tiempos, traía, cuidadosamente envueltas en papel, algunas almendras, pasas y uvas, que le habría dado algún campesino, pues su pequeño caudal se lo habían dispersado.

Le dije otra vez: "Es que hay fiesta en la casa, y hoy no podrás ver a nadie."

Su cara se puso tristè. Me miró un momento, nostáljico, me saludó y se fué.

Sentí pena, y ya iba a llamarlo, cuando él volvía, y dándome su regalo me dijo: "Traía estas cosillas para la niña, señor. ¿Se las quieres dar?"

Las tomé y fuí a pagarle; pero él me cojió la mano diciendo: "¡Qué bueno eres, señor! ¡No me olvides..., ni me des nada! Tú tienes una niña y yo tengo otra, muy lejos. Cuando yo traigo alguna cosa a tu niña, no es por dinero, sino porque pienso en la mía."

Al decir esto, metió la mano en su gran ropón, sacó un pedacito sucio de papel, lo desdobló cuidadoso y lo alisó con sus manos sobre mi mesa. Vi que el papel tenía la huella de una manita; no un retrato, ni un dibujo; sólo aquella manita untada de tinta y apretada sobre el papel. Cuando, años atrás, él venía a Calcuta a vender sus mercancías por las calles, esta señal de su niña estaba siempre al lado de su corazón.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Olvidé que él era un pobre vendedor cabuli y que yo era... No, ¿qué era yo más que él? Padres los dos.

La huella de la mano de su niña Parbati, que estaría allá lejos en su distante hogar de la montaña, me hizo pensar en mi hija. Mandé llamar en el acto a Mini de sus aposentos interiores. Me pusieron muchas dificultades,

pero yo no quise escuchar. Mini, vestida con el traje de seda roja de la boda, con la pasta de sándalo en su frente, y toda adornada como un novia, llegó tímidamente ante mí.

El Cabuleño se quedó sorprendido ante tal aparición. ¡No era posible renovar la antigua amistad! Luego, le sonrió y le dijo: "Mini, ¿vas a casa de tu suegro?"

Ahora Mini comprendía el sentido de la palabra suegro, y no pudo contestarle como en otros días. La pregunta le sonrojó; y estaba ante él, bajos sus ojos de novia.

Recordé el día en que el Cabuleño y Mini se vieron por vez primera, y me dió tristeza. Ella se fué. Ramun suspiró hondo y se sentó en el suelo. De pronto, pensó que su hija habría también crecido durante aquellos años, y que su amistad con ella tendría que comenzar de nuevo. Seguramente no la encontraría como la dejó, y además, ¿qué no podría haber ocurrido en aquellos ocho años?

Sonaban las gaitas de la boda, y el dulce sol de otoño fluía a nuestro alrededor. Ramun seguía sentado en la calleja, mirando las secas montañas del Afganistán.

Le di un billete y le dije: "Anda, vete a ver a tu hija, Ramun; vete a tu pueblo; y que la dicha de vuestro encuentro traiga buena suerte a Mini."

Tuve que suprimir algunas de las fiestas. No pude pagar las luces eléctricas ni la banda militar, con lo que las señoras se disgustaron mucho; pero la boda de mi hija fué feliz para mí, sabiendo que en una tierra lejana, un padre, largos años perdido, iba a ver de nuevo a su única hija.

FIN

I N D I C E

1. Las piedras hambrientas... 7
2. La victoria 31
3. Una vez hubo un rey 43
4. La vuelta al hogar 57
5. Mi señor, el niño 69
6. El reino de las cartas 85
7. La devota 101
8. Los ojos 121
9. Los babus de Nayanjore 155
10. ¿Viva o muerta? 173
11. "¡Te coronamos rey!" 193
12. La renunciación 215
13. El vendedor de cabul 229

COLECCION
ECONOMICA
LIBROS DE BOLSILLO
BUENOS
BONITOS
BARATOS
M. M.